nº64 • Invierno 2004 • 2,60 Euros (Spain only)

muy ESPECIAL

DOSSIER

AMOS DEL MUNDO

Los diez emperadores más destacados

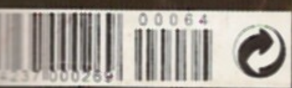
www.muyinteresante.es

Valerio Manfredi, escritor:

"Los romanos tendrían hoy mucho que enseñarnos"

La Roma clásica

• Un pueblo de ingenieros • Así vivían los esclavos • El final del Imperio • Qué hemos heredado de los romanos • La verbena de los dioses • Vida cotidiana en la capital del mundo • Romamanía hoy • Las mejores recetas de cocina romanas...



Printed in Spain. Canarias: 2,75 € (sin IVA), incluido transporte
Alemania 6 € • Austria 5,80 €

SUMARIO



AYUNTAMIENTO DE FORTUNA

De fiesta latina

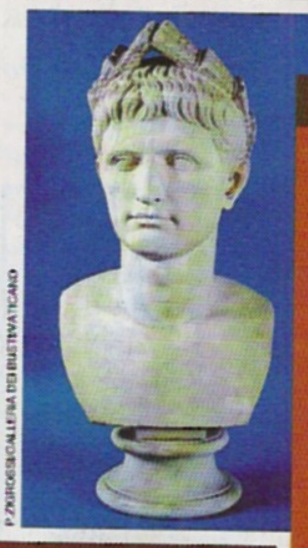
En algunas localidades españolas como Fortuna (Murcia), todavía se celebran festejos que evocan la colonización romana. Sus habitantes se reúnen disfrazados ante la Cueva Negra (derecha), que fue un lugar de culto íbero y romano. **Pág. 82**



YADEGAR ASISI

Un día en el Circo

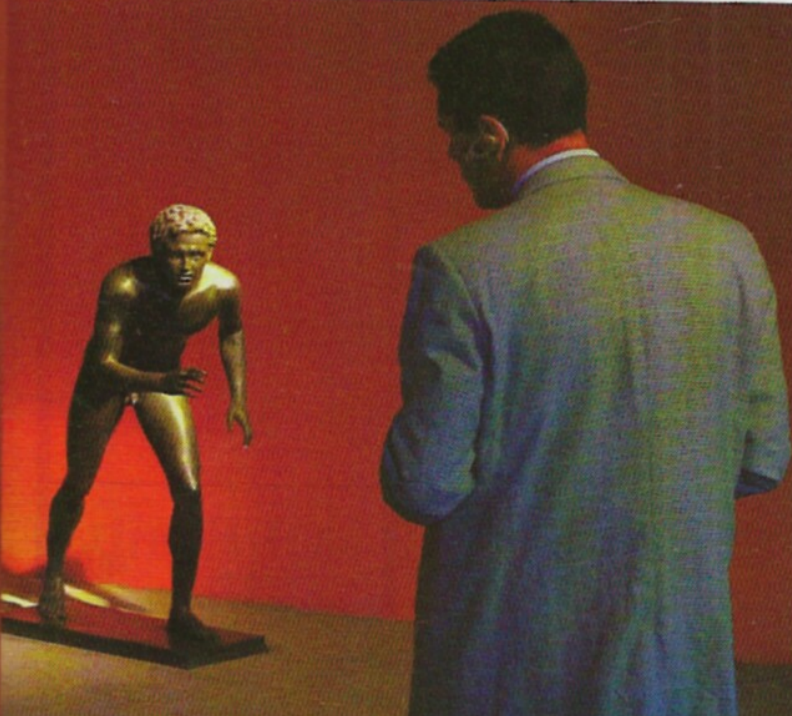
Cuando había carreras de cuádrigas, el Circo Máximo (izquierda) se llenaba de público ávido por apostar a favor de su equipo, al que distinguían por el color de la túnica que vestían. **Pág. 24**



P.ZIGROSSI/GALLERIA DEI BUSTI/VATICANO

DOSSIER

Aunque muchos de ellos fueron divinizados en vida, los emperadores romanos (a la izquierda, Augusto) eran tan humanos como sus súbditos. Sus flaquezas y virtudes nos aproximan a ellos. Presentamos a los diez amos del mundo más destacados de la Roma clásica. Pág. 50



COVER

Bajo la ceniza

Los romanos aportaron obras artísticas de tanta belleza como la estatua de bronce conocida como "El luchador" (izquierda, admirada por un visitante), hallada en la llamada Villa de los Papiros de Herculano. **Pág. 88**



CORDON PRESS

Moda imperial

Más de quince siglos después de su desaparición, la estética de los césares sigue fascinando. Diseñadores de moda como Dolce e Gabbana visten a sus modelos con túnicas y las calzan con sandalias romanas (derecha). **Pág. 44**

QUERIDOS LECTORES:

Mucho que aprender de Roma



José Pardina,
DIRECTOR (jpardina@gyj.es)

Roma era un estilo de vida. Y ningún romano, ni siquiera el emperador, estaba por encima de otro", afirma en la entrevista Valerio Manfredi, gran admirador de la Antigüedad clásica grecolatina. Con las últimas aportaciones de los historiadores (Julio César no pronunció palabra al morir; nadie raptó a las sabinas; quizás Nerón no fuera un pirómano...), nos adentramos con este número monográfico en aquel milenio prodigioso de la humanidad, muchas de cuyas realizaciones siguen hoy vivas y presentes porque son parte fundamental de nuestra cultura: desde la lengua y las leyes, hasta la huella de sus fabulosas obras de ingeniería. Otras, como sus recetas de cocina, han desaparecido, pero nosotros las hemos recuperado para ustedes. Que les aprovechen.





¿Qué portada elegimos?
El pasado noviembre las colgamos en nuestra web (www.muyinteresante.es) y sometimos el asunto a votación. Eran las portadas que más nos gustaban en la redacción, pero no acabábamos de decidirnos. Así que optamos por consultar a los internautas. Los resultados fueron contundentes: ganó el busto de Caracalla, con un 59%; perdió el legionario de la procesión (41%). Gracias a todos los que votaron.

Han colaborado:



J. J. Storch de Gracia
Profesor de Arqueología de la Universidad Complutense de Madrid, es colaborador habitual de MUY y sus Especiales.



Alberto Porlan
Filólogo, novelista, poeta y autor del ensayo "Los nombres de Europa". Acaba de concluir el largometraje "Las cajas españolas".



Palma Lagunilla
Jefa de redacción de MUY ESPECIAL, es madrileña y licenciada en Historia del Arte por la Autónoma de Madrid.



Carlos G. Wagner
Preside el Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Escritor, profesor universitario y doctor en Historia Antigua.



José A. Peñas
Dibujante e ilustrador, infografista, experto en animación 3-D, ingeniero agrícola... También fue concursante de "50 x 15".

FOTO DE PORTADA: Heiner Müller-Elsner/Contacto

MUY ESPECIAL

Nº 64 INVIERNO de 2004

La Roma clásica

DIRECTOR
José Pardina (jpardina@gyj.es)
JEFA DE REDACCIÓN
Palma Lagunilla (plagunilla@gyj.es)
ARTE Y DISEÑO
Javier González (jagonzalez@gyj.es)
DOCUMENTACIÓN GRÁFICA
Manuela Arias (marias@gyj.es)
HAN ESCRITO EN ESTE NÚMERO:
José Ignacio Aguirre, Abraham Alonso, Antonio Barrera, Laura Castaño, Marina Castiñeira, Carlos González Wagner, Óscar López Fonseca, Palma Lagunilla, Óscar Lucas, José Angel Martos, Diego Montes, Luis Otero, Alberto Porlan, Jacobo Storch
REDACCIÓN
Marqués de Villamagna, 4. 28001 Madrid
Tel: 91 436 98 00 y 91 436 98 30
Fax: 91 575 91 28
E-mail: mespecial@gyj.es
Suscripciones: suscripciones@gyj.es
UNA PUBLICACIÓN DE



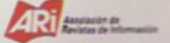
G Y J ESPAÑA EDICIONES, S.L., S. EN C.
PRESIDENTE: Axel Ganz
CONSEJERO DELEGADO:
Carsten R. Moser
DIRECTOR GERENTE: Markus Kley
PRODUCCIÓN: José Manuel Hernández
DISTRIBUCIÓN: Víctor de la Traba
ADMINISTRACIÓN: Higinio Hijós
PLANIFICACIÓN: Sonia Fuentes
INFORMÁTICA:
Isidro Sánchez-Mayoral
MARKETING Y COMUNICACIÓN:
Isabel Colomino
MARKETING ON LINE: Marisa Moya

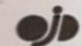
PUBLICIDAD
DIRECTORA: Elena Sánchez-Fabrés
SUBDIRECTOR MADRID:
Jesús González
JEFE DE GRUPO MADRID:
Santiago Brioso
JEFA DE PUBLICIDAD MADRID:
Asunción Esteban
COORDINACIÓN: Marita Azcue
Marqués de Villamagna, 4
28001 Madrid
DELEGACIÓN BARCELONA:
Luis Garcés (subdirector),
Esperanza Fiallo (jefa de grupo),
Javier Muñoz (jefe de publicidad)
y Carlos Gil (coordinador)
Tel: 93 240 10 00 Fax: 93 200 72 69
Travesera de Gracia, 56 08006 Barcelona
DELEGACIÓN VALENCIA:
Ramón Medina Mora
Tel: 96 391 01 91 Fax: 96 391 01 41
Quart, 2 puerta 2
46001 Valencia
PUBLICIDAD INTERNACIONAL:
Silvia Dudda
Tel: 91 436 97 62

DISTRIBUCIÓN:
G y J España Ediciones, S.L., S. en C.
Marqués de Villamagna, 4.
28001 Madrid
Tel: 91 436 98 93
PRECIO DEL EJEMPLAR:
2,60 euros (IVA incluido)
CANARIAS: 2,75 euros (sin IVA), incluidos gastos de transporte
CEUTA Y MELILLA: 2,60 euros (sin IVA), incluidos gastos de transporte
DEPÓSITO LEGAL: M-33426-1980

FOTOMECÁNICA: Gama Color S. A.
IMPRESIÓN: Ruan S.A.

La difusión media de MUY ESPECIAL, según el último control de OJD, es de 75.498 ejemplares.





Somos hijos de ROMA

Tanto su modelo político –un imperio que conquistó gran parte del mundo con las armas–, como su ordenación urbana y municipal, infraestructuras, usos jurídicos y administrativos, medición del tiempo... mantienen en nuestros días el recuerdo vivo de su presencia Por **Carlos G. Wagner**

MICHAEL MASLAN HISTORIC PHOTOS/COVER

De un modo u otro, somos hijos de Roma. Herederos de un imperio singularmente avanzado que unificó por las armas gran parte del mundo entonces conocido, dotándole, para garantizarse su explotación, de las estructuras urbanas allí donde no existían y de unas infraestructuras –calzadas, puentes, acueductos–, cuyos poderosos vestigios mantienen aún hoy en muchas partes el recuerdo vivo de su presencia. ¡Cuántas viejas ciudades de Europa y sus confines orientales y africanos no le deben su origen! ¡Cuán estrecha es aún la relación entre nuestras corporaciones ciudadanas y los antiguos municipios romanos, piedra angular de la organización socio-política del territorio! Pero hay una presencia más inadvertida. Paseando por la calle de París que, cruzando el Sena, nos lleva a Notre Dame, pisamos el *cardo*, una de las dos avenidas principales que recorría de Norte a Sur la Lutecia romana. En alguna taberna del barrio gótico de Barcelona son aún visibles vestigios de columnas y capiteles de aquella época, encastrados en el armazón del edificio que nos acoge. En Mérida, la antigua Emérita Augusta, capital de la Lusitania romana, el pavimento de la calzada se conserva en buen estado en los sótanos del Museo Nacional de Arte Romano y en otros edificios modernos de la ciudad que han preservado así, integrándolo, este patrimonio de su pasado. Basten estos pocos ejemplos de una lista que sería demasiado larga.

En ninguna otra parte del mundo antiguo se construyó tanto, tan grande y tan bien para disfrute de los ciudadanos. Aquellas ciudades contaban con edificios e instalaciones destinados a un uso puramente secular –basílicas, termas, anfiteatros, etc.– de unas dimensiones, solidez y magnificencia desconocidas hasta entonces en Occidente, lo que constituye, por otra parte, un rasgo verdaderamente singular del urbanismo romano, fiel reflejo del sentir y hacer de aquellas gentes. Su arquitectura, que combinaba de una manera libre y genial los tres órdenes –jónico,

Primeros habitantes
Hacia finales del siglo VII a.C., los etruscos (izquierda, estatuilla que representa a un atleta, siglos V a VI a.C.) se expandieron por el Lacio hasta Campania y poblaron la ciudad de Roma, que inició así una etapa de prosperidad.

dórico y corintio– inventados por los griegos, ha sido mucho tiempo después recreada en edificios tan singulares como el Palazzo Farnese de Roma, el Palacio de Invierno de San Petersburgo o el Capitolio de Washington, por citar tres ejemplos muy conocidos.

¡Cuántas palabras, además de varias lenguas *romances*, cuántos conceptos e ideas, cuántos usos jurídicos y administrativos enlazan directamente con aquella experiencia histórica! Recordando su pasado, los mismos romanos tejieron relatos heroicos, tragedias grandilocuentes y hasta amables comedias de una Roma que, poco a poco, se engrandecía. Muchos de estos temas han pasado a nuestro patrimonio cultural y han sido recreados por la literatura, la música, la pintura o la escultura. Los amores entre Dido y Eneas, el rapto de las Sabinas, la violación de Lucrecia y la expulsión del último de los reyes, Coriolano, Aníbal en Italia, Espartaco y la revuelta de los esclavos, Julio César, Marco Antonio y Cleopatra y un largo etcétera que han inspirado a artistas de la talla de Shakespeare, Schiller, Beethoven o Brecht.

Y, sin embargo, ¡qué modestos fueron los comienzos! Asentada sobre la margen oriental del Tíber, allí donde más fácil resultaba vadearlo, una pequeña ciudad del Lacio, región de la Italia central, comenzaba su andadura allá por las postrimerías del siglo VII a.C.. Un emplazamiento singular, habitado desde antiguo, en el cruce de las rutas que comunicaban la costa con el interior y que unían el sur y el norte del país, que había sido frecuentado ▶

En ninguna otra parte del mundo se construyó tanto, tan grande y tan bien para disfrute de los ciudadanos



ZEFA/STOCK PHOTOS

La ciudad de las 7 colinas

Asentada sobre la margen oriental del Tíber, Roma contaba con edificios e instalaciones de unas dimensiones, solidez y magnificencia desconocidas hasta entonces (derecha, el templo de Vesta en el Foro Boario). Abajo, una reproducción de la ciudad con el río y sus monumentos más destacados y, en el recuadro, el emplazamiento de sus siete colinas.

1. Río Tíber
2. Templo de Júpiter Óptimo Máximo
3. Templo de Saturno
4. Curia Hostilia
5. Foro
6. Regia
7. Templo de las Vestales
8. Foro Boario
9. Templo de Mater Matuta
10. Puente Siblicius
11. Cloaca Máxima
12. Circo Máximo
13. Templo de Diana

VIMINAL
ESQUILINO
PALATINO
CELIO
QUIRINAL
CAPITOLIO
AVENTINO

RECREACIÓN INFOGRÁFICA: PAUL COULSON

desde hacía más de un siglo por comerciantes y marineros, griegos y fenicios, venidos de otras partes del Mediterráneo.

Entonces fue cuando las humildes chozas con techumbre de paja fueron sustituidas por casas con cimientos de piedra y cubierta de teja, cuando los santuarios al aire libre empezaron a recibir una forma arquitectónica, cuando el pequeño valle entre las colinas se pavimentó y se canalizó el riachuelo que lo recorría y los arroyos que descendían hacia él para convertir el lugar –el Foro, la Cloaca Máxima– en el centro político de la comunidad urbana que se estaba formando. Latinos, sabinos y etruscos se contaban entre sus habitantes. Por aquella época, el Aventino, la colina plebeya por antonomasia, aún quedaba fuera del *pomerium*, el recinto sagrado de la ciudad. Aún transcurriría casi un siglo para que en la cumbre del Capitolio se construyera el templo de Júpiter Óptimo Máximo, que la tradición atribuyó a los reyes Tarquino Prisco y Tarquino el Soberbio, pero ya antes se habían levantado el palacio del monarca, la Regia, en el extremo oriental del Foro, y el del Senado, la Curia Hostilia, al norte del Comicio, donde se reunían los ciudadanos, al otro lado del Foro.

Los propios romanos idealizaron más tarde los orígenes de su ciudad, aunque de dos maneras bien distintas. Unos, con una visión ciertamente actualizadora, imaginaron una ciudad y unas instituciones tan desarrolladas como las que conocían en los últimos tiempos de la República, mientras que otros, de forma mucho más romántica, recreaban una primitiva comunidad de rústicos pastores de vida sencilla pero virtuosa, como conveniente contrapunto a la decadencia elegante y lujosa de su propia época. Una época en la que Roma había concluido la conquista de Italia y se encontraba enzarzada en una serie de conflictos contra Cartago y contra los reinos helenísticos, que habrían de conferirle finalmente el dominio del mundo. La conquista de Sicilia y la anexión de Cer-



Arquitectos natos

Aunque fueron los griegos los que inventaron los tres órdenes clásicos: jónico (izquierda, columnas del templo de Cástor y Pólux en Agrigento, Sicilia), dórica y corintio, los romanos supieron combinarlos de forma libre y genial, según recogió el arquitecto romano Vitrubio (s. I a.C.) en su obra "De Architectura" (arriba). Tampoco crearon los arcos, pero los de triunfo se convirtieron en el símbolo del Imperio (abajo, el Arco de Severo, en el Foro Romano).

ROGER WOOD/CORBIS/COVER

ZEFA/STOCK PHOTOS

deña, arrebatadas a los cartagineses, la guerra en Hispania y la intervención en Grecia y el Oriente seleúcida, marcaban las etapas del imperialismo romano. Y en el centro de todo, una particular forma de actuar que podríamos resumir en el siguiente razonamiento: quienes no son nuestros aliados, bien de grado o por la fuerza, son potencialmente nuestros enemigos, aunque no hayan dado aún muestras de hostilidad; así que mejor, tras preparar el motivo de la guerra, ataquemos primero. En muchos casos, las guerras de conquista sirvieron para acallar o posponer las reivindicaciones de la plebe, sobre todo en lo referente a la falta de tierras, y luego para enriquecer a los nobles e impulsar sus carreras políticas mediante el botín de campaña y el desempeño de los gobiernos provinciales.

Desde finales del siglo V a.C., coincidiendo con una reorganización del ejército, la política exterior de Roma se había vuelto manifiestamente agresiva. En sus relaciones con otros pueblos, los romanos mostraron muy a menudo una combinación eficaz de tradición y pragmatismo, dictada en gran parte por la magnitud de la amenaza que percibían, aunque ésta aún no se hubiera materializado. Los tratados y las alianzas daban lugar a un tipo de relaciones parecidas a las que aseguraban el control social de la nobleza sobre el pueblo (protección a cambio de obediencia). Su hegemonía no entraba así en discusión. Sus intervenciones, que solían respaldar a las oligarquías locales allí donde éstas eran más débiles o se encontraban comprometidas, respetaban por lo general las formas propias de gobierno, siempre que aseguraran su sometimiento político y el pago de los tributos exigidos, garantizando una cierta autonomía local. En caso de enconada resistencia, el tratamiento era muy distinto, oscilando entre la destrucción del adversario o su reducción a la esclavitud.

La combinación de este vigoroso impulso de expansión con una continuada política de puertas abiertas que terminó por modificar la composición del cuerpo de ciudadanos había convertido a Roma en algo singular en Italia y en el Mediterráneo. Los romanos, conscientes de sus comienzos híbridos, jamás se avergonzaron de ello e hicieron virtud del aprender de los demás. Reconocieron los muchos préstamos que según ellos debían a los etruscos (arquitectura religiosa, vestiduras e insignias regias que luego pasaron a los cónsules, arte adivinatoria de la aruspicina, ritos fundacionales), los griegos (mitos y leyendas, el plano en cuadrícula de las ciudades con su eje principal –*decumanus* y *cardo*– en cruz, la guerra de asedio), los samnitas (escudos alargados y venablos, importancia de la caballería) o los cartagineses (agricultura, el arte de la guerra en el mar). Del mundo oriental, Siria, Anatolia, Persia, Egipto..., habrían de llegar, algo más tarde, las vigorosas influencias religiosas en forma de cultos mistéricos y de salvación, entre las que terminaría por imponerse el Cristianismo, en un principio perseguido, y el ceremonial, la pompa y el lujo cortesano de la época imperial tardía. Lo que convertía todo ello en motivo de orgullo es que no se habían limitado a copiar todas estas cosas de los demás, sino que, al hacerlo, las mejoraron, lo que contribuyó decisivamente a que se convirtieran en amos de aquellos que previamente habían sido superiores a ellos, derrotando a sus maestros en su propio terreno.

Los romanos no se limitaron a imitar lo que habían hecho los demás, sino que lo mejoraron, lo que contribuyó a su grandeza

Tal forma de obrar, en la paz y en la guerra, era la propia de una élite que controlaba el aparato político –el Senado, las magistraturas y los comicios– y que se había asegurado la lealtad de buen número de ciudadanos. Una nobleza en la que finalmente convivían familias de origen patricio y plebeyo, superado el enfrentamiento de los primeros tiempos de la República, y que había adquirido algo tardíamente su carácter ilustrado absorbiendo, sin renunciar a su latinidad, las muestras más refinadas de la cultura contemporánea del mundo de habla griega. Desde el siglo III a.C., griegos y gentes helenizadas del sur de Italia habían acudido a Roma en busca de oportunidades. Luego, tras la afortunada y rápida expansión hacia el Este, llegaron los maestros procedentes de Grecia. Sus alumnos, los nobles romanos y sus hijos, se revelaron pronto discípulos aventajados que estudiaban filosofía en sus vertientes académica y estoica y terminaron desarrollando una réplica propia de algunas de las disciplinas griegas, como la gramática, con el estudio de la literatura y el lenguaje, o la retórica que, acostumbrados a hablar y discutir en público, pronto ejerció un atractivo especial para ellos. Durante el Imperio, la educación floreció más que nunca multiplicándose en Roma y en las provincias las escuelas, instituciones especializadas que también enseñaban cálculo, geometría y música.

Ha pasado mucho tiempo desde que la ciudad que un día gobernó el mundo cayera en manos de los bárbaros, que ya estaban firmemente instalados dentro de las fronteras del Imperio. En el año 410, la noticia del saqueo de Roma por Alarico provocó una fuerte conmoción y fue un lúgubre aviso del fin que se avecinaba. En el 476, el último de sus emperadores, Rómulo Augústulo, fue depuesto por Odoacro, jefe de los hérulos, mercenarios a sueldo de los romanos. En Oriente, el imperio de habla griega, Bizancio, sobreviviría todavía un milenio, hasta la caída de Constantinopla frente a los turcos en 1453. La desaparición del Imperio Romano de Occidente marcó, y así fue comprendido por los contemporáneos, el final de un largo periodo histórico y el comienzo de una nueva era. Pero, con todo, Roma permanece. Permaneció entonces, como modelo que había de ser restablecido en torno a la legitimidad del poder que emana de su pasado. No en vano títulos como Káiser o Zar derivan directamente del de César. Permaneció, además, en la fértil fuente del viejo derecho romano en el que se inspiraron, en gran medida, el Código Napoleónico de 1807 y la Declaración de Independencia americana con su doctrina de la Ley Natural y de los inalienables derechos del hombre. Permanece aún entre nosotros en palabras que evocan la participación ciudadana en la política, como "sufragio", originariamente el voto por aclamación –de *fragor*– de las primitivas asambleas romanas, o "plebiscito", que proviene de las resoluciones adoptadas –*plebiscita*– por la asamblea de la plebe, el *Concilium Plebis*. Pero también en palabras relacionadas con algo tan significativo como la percepción y la medición del tiempo por el que regimos nuestros quehaceres, pues "calendario" nace de la palabra *calendas* –el primer día del mes–, al igual que los mismos nombres de los meses en que dividimos el año. Una buena forma de comprobarlo es leer las páginas que siguen. ●



Acueducto de Segovia
Fue construido en el siglo I por el emperador Trajano. Su canalización recorre 17 kilómetros y las dos hileras de arcadas superpuestas cubren 813 metros. Realizado con sillares de granito unidos en seco, tiene 128 arcos y una altura de 28,5 metros .

Un pueblo de ingenieros

Calzadas, puentes, vías de agua, cúpulas, templos, arcos..., las obras de ingeniería y las estructuras arquitectónicas romanas evidencian tal alarde técnico, que apenas han sido mejoradas hasta nuestros días Por **Diego Montes**



REPORTAJE FOTOGRÁFICO: ISTOCK PHOTOS

Acueductos

El agua fresca y limpia llegaba a todas partes

Los acueductos romanos llevaban el agua del manantial a todo lugar habitado gracias a la simple fuerza de la gravedad. Se construían con una suave pendiente de pocos metros por kilómetro. Las arcadas contaban con un conducto cubierto en su parte superior, que preservaba las aguas de la contaminación y del robo. Galerías, esclusas y sifones permitían superar los obstáculos naturales y los desniveles del terreno.

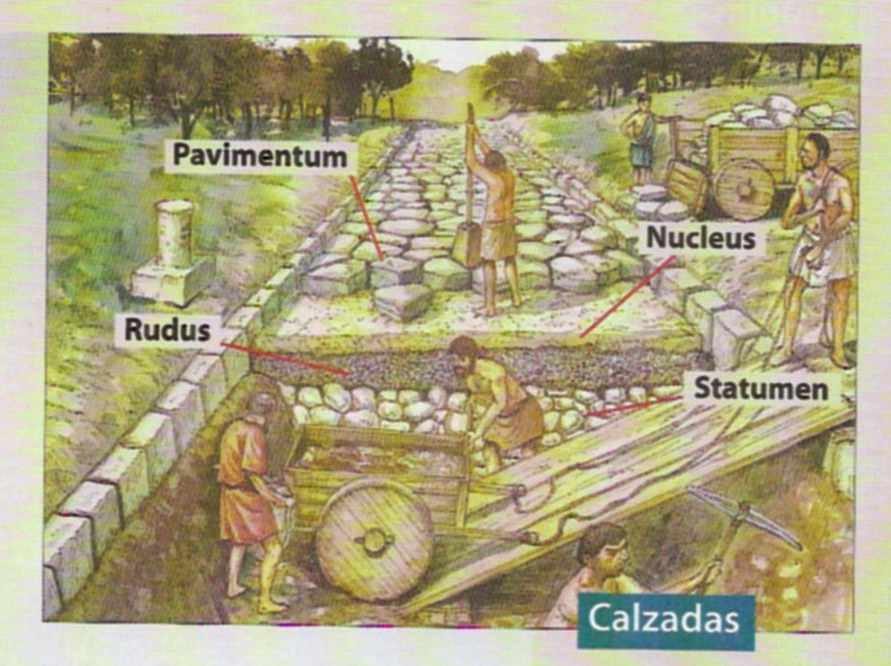
Se acabó la sequía. Sólo en Roma se construyeron once acueductos, el primero de los cuales se levantó en el año 312 a. C. El conjunto de instalaciones aseguraba cada día un volumen de cerca de 1,1 millones de metros cúbicos de agua (la misma cantidad que se necesitaría para llenar 370 piscinas olímpicas).

Una grúa muy antigua. Para levantar los bloques de la construcción se usaba una especie de grúa de rodillo muy grande conocida entonces como *machina tractoria*.



La vía Apia, entre Roma y Capua

El censor Apio Claudio la construyó en el año 312 a.C. Esta calzada conducía a Capua, que distaba 195 km de la capital. En aquella época se tardaban 5 o 6 días en recorrerla. Después se prolongó hasta Brindisi, a 450 km de distancia.



Calzadas

Carreteras que resistían el paso de los siglos

Las calzadas romanas se construían por capas (arriba). En primer lugar, se excavaba un lecho de 1,5 metros de profundidad. Sobre un fondo de arena se disponía un nivel de piedras y canto rodado, el *statumen*. Encima se ponía una capa de cascajo mezclado con argamasa llamada *rudus*. Y sobre ésta, grava compactada con arcilla, arena o tierra suelta: el *nucleus*. Eso incrementaba la elasticidad de la calzada y favorecía el drenaje del agua.

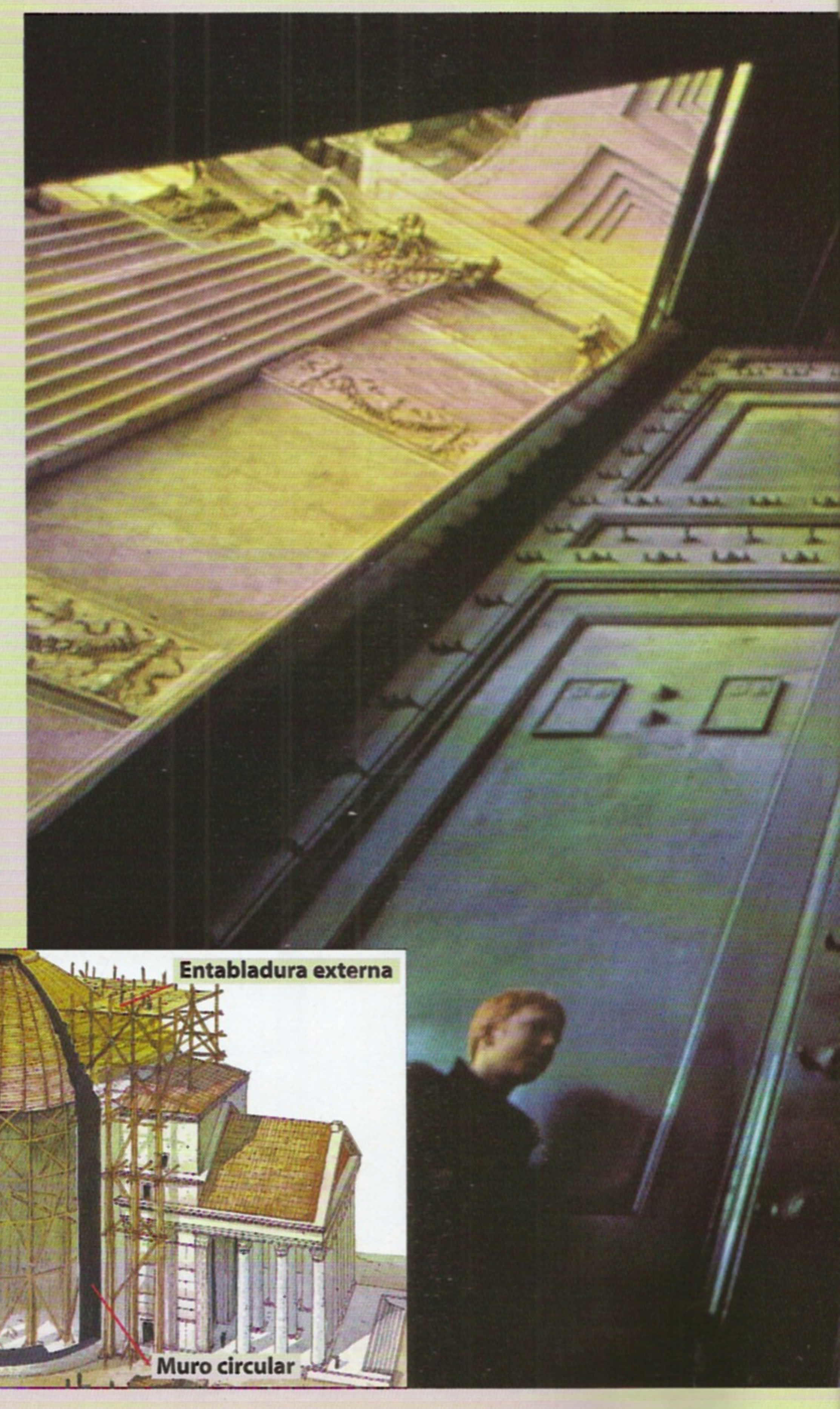
Mosaico de piedras. Al final todo se recubría de adoquines, guijarros o (en la época imperial) de un enlosado de grandes piedras planas muy juntas: el *pavimentum*.

Para los peatones, también. A los lados de la propia calzada, suficientemente ancha como para que pasaran dos carros juntos, estaban los canales para el desagüe y, casi siempre, dos *aceras* muy amplias, destinadas a la circulación de los peatones.

Gigantescas, pero ligeras y muy robustas

La cúpula fue un invento romano. Para asentarla utilizaban una armadura autoportante de madera (abajo), que iba sujeta a los muros del cuerpo cilíndrico, en la que se habían incluido los moldes de los casetones. El techo resultaba entonces artesonado, como el del Panteón (a la derecha), que consiste en una *cella* circular cubierta por una cúpula de casetones con una abertura u óculo circular central que mide 9 m de diámetro. Tiene un espesor mínimo de tan sólo 1,5 m. Este impactante edificio fue reconstruido por Adriano tras un incendio.

La base redonda. El límite de las cúpulas romanas era el que requería un muro circular para soportar su propio peso. La solución que hallaban para construir las partes más altas era usar materiales cada vez más ligeros; es decir, utilizaban una mezcla menos pesada en la cumbre. Más adelante, los bizantinos lograron levantar cúpulas sobre planta cuadrada.





El Panteón prodigioso

Este templo romano dedicado a todos los dioses se construyó en el año 25 a.C. Pero su cúpula se realizó entre el 118 y el 128, después de que un incendio devastara el templo. Con un diámetro de 43,3 metros, es la mayor que se haya construido jamás sin emplear hormigón armado.



El Puente Romano de Córdoba

Este puente sobre el río Guadalquivir, erigido en la ciudad andaluza de Córdoba, procede de la época de Augusto. Tiene 16 arcos de medio punto, 240 m de longitud y 6,5 m de ancho.

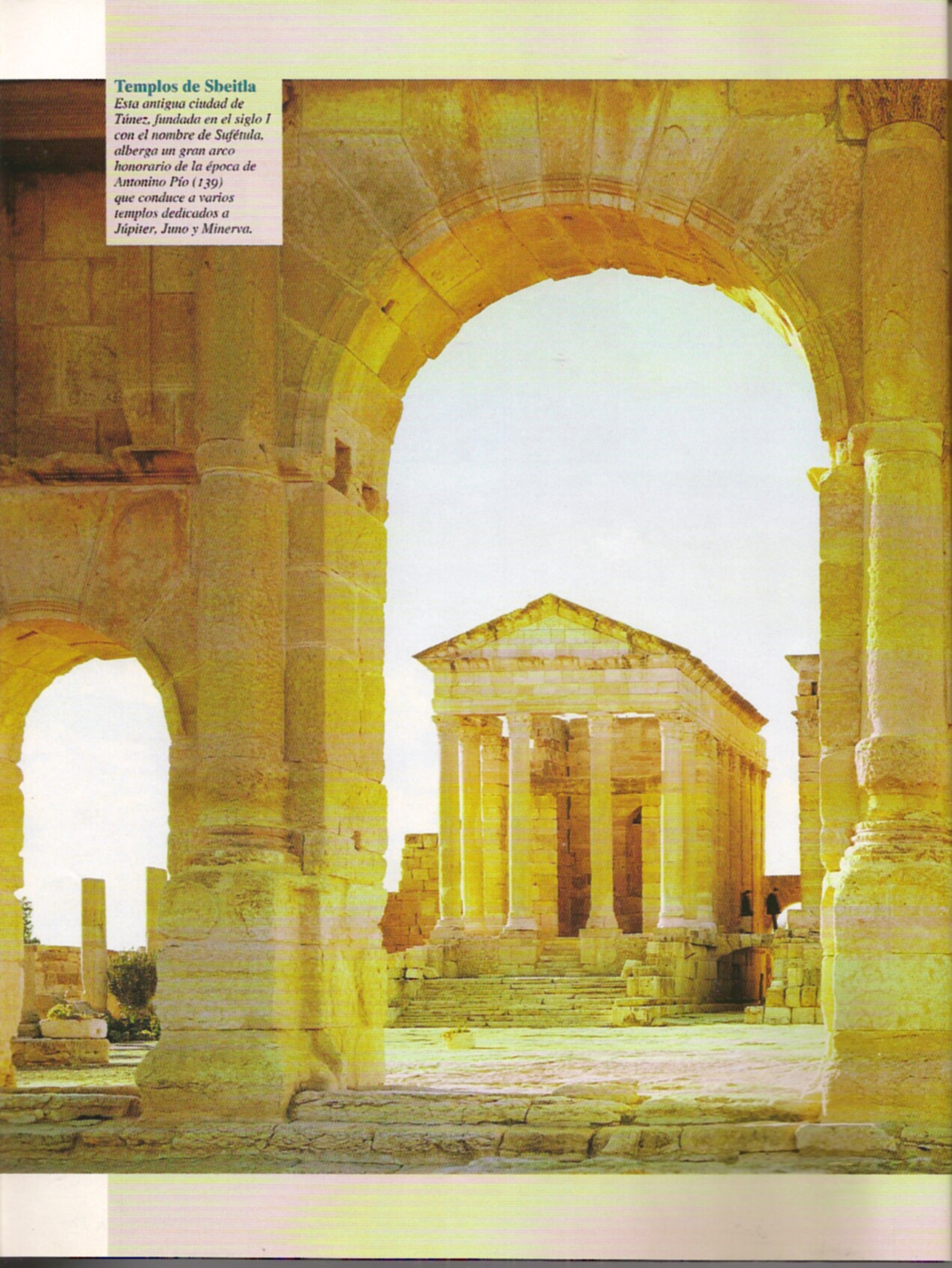


Puentes

Muchos siguen aún en uso

Para atravesar un pequeño regato bastaba una pasarela de madera, pero cuando había que cruzar un curso de agua ancho, el pasaje tenía que ser de obra. El puente romano corriente consistía en pilares de mampostería que sostenían una superestructura horizontal de madera. Los etruscos ya utilizaban un método similar.

En seco. La construcción de los arcos venía precedida por la erección de una estructura de madera impermeabilizada con pez en la base de cada futura pilastra o machón del puente (arriba). En su interior, el agua desaguaba gracias a una bomba. En los espacios que quedaban en seco se levantaban después las pilastras, que se unían con arcadas. La forma de los arcos se modelaba con armazones de madera (el cimbrado) y sobre ellos descansaban los sillares (bloques de piedra cuadrados) o los ladrillos.



Templos de Sbeitla

Esta antigua ciudad de Túnez, fundada en el siglo I con el nombre de Sufétula, alberga un gran arco honorario de la época de Antonino Pío (139) que conduce a varios templos dedicados a Júpiter, Juno y Minerva.



Templos

De origen griego, pero con características propias

Los templos romanos evolucionaron a partir de los etruscos, muy influídos a su vez por los helenos. La parte interior se construía con bloques de piedra pulimentados e iban precedidos o incluso rodeados por columnas de mármol. Un armazón de madera cubierto de tejas o de losas de piedra caliza sustentaba el tejado.

Sobre un podio. Una característica propia de los templos romanos es que se construían sobre un podio. Así el único acceso posible era a través de una escalinata monumental que subrayaba la frontalidad del edificio.



Arcos

Inspirados por los etruscos, en obras civiles y monumentales

Los romanos aprendieron de los etruscos la construcción de arcos con clave (piedra central que lo remata) y sillares de piedra.

De acceso y de triunfo. Los arcos se utilizaban para construir puentes, edificios, galerías y puertas de acceso a la ciudad. Los arcos triunfales, con estructura de planta rectangular y dos frentes, pueden tener un solo vano en bóveda (arriba) o uno principal y dos huecos más pequeños. Para su construcción se empleaba también un armazón de madera.

Entrevista con *Valerio Manfredi*



***Valerio Massimo Manfredi**, arqueólogo, profesor y escritor, nació en Módena en 1944. Además de ejercer la docencia en varias universidades italianas y extranjeras, ha dirigido excavaciones y expediciones científicas. Pero su principal actividad es hoy la literatura. Tras la publicación de su trilogía* **"Alexandros"**, *basada en la figura de Alejandro Magno, se convirtió en uno de los autores de novela histórica más leídos, tanto en su país de origen como a nivel internacional. Otras obras suyas de tema histórico son* La conjura de las reinas, Paladión, El faraón del desierto, Akropolis *y* Quimaira, *además de su* best seller *más reciente:* La última legión. *Su nuevo libro,* El Tirano, *aparecerá en España la próxima primavera, publicado por Grijalbo.*

Augusto legado
Manfredi posó para MUY ESPECIAL en el Barrio Gótico de Barcelona, apoyado en una de las columnas corintias del Templo de Augusto, en la calle Paradís, hoy sede del Centro Excursionista de Cataluña. A la izquierda, reconstrucción artística de la Roma imperial en la época de Constantino.

FOTO: TERESA RICART

"Ningún romano estaba por encima de otro"

Fascinado por el pasado de su patria, Valerio Massimo Manfredi, autor de* La última legión, *reivindica el papel de Roma como ejemplo permanentemente actual de política, leyes y valores

Por **José Ángel Martos**, jefe de redacción de la revista "Clío"

El imperio más largo de la historia, el romano, murió hace 1.500 años. Pero resulta sintomático que todavía hoy tenga seguidores, admiradores de una civilización que quizás no haya sido igualada en muchos aspectos. El escritor y arqueólogo italiano Valerio Manfredi es un ejemplo de ello: habla con tanta pasión del legado de Roma que casi se le podría vestir con toga y trasladar al foro capitalino, donde quizás solo desentonase su largo flequillo. Y no es que fueran emperadores los antepasados del autor de novelas históricas de tanto éxito como *Alexandros* y, más recientemente, *La última legión* (Grijalbo). El motivo de su "patriotismo romano" es que, en su opinión, Roma aún tiene mucho que enseñarnos en política, leyes y, sobre todo, valores.

–*Uno de los personajes de* La última legión *afirma que Roma no pertenece a ninguna raza ni etnia, que es un ideal. ¿Quiénes eran los romanos? ¿Qué los caracterizaba?*

–Ser romano no significaba formar parte de ningún grupo étnico, sino participar de un concepto ideal de Estado y de conciencia civil. Roma era un estilo de vida, el aprecio de un tipo de valores, el sentirse parte de una comunidad mundial ecuménica, el único mundo en el que valía la pena vivir en aquella época.

–*¿Y qué distinguía a ese concepto de Estado respecto a otras formas posibles?*

–Su rasgo principal era la importancia de la ley. La ley estaba por encima de todo. Incluso cuando se pasó de la República a la Monarquía, el emperador siguió siendo el primer ciudadano, no estaba por encima de la ley. Por contra, en el mundo medieval, el monarca se convirtió en el dueño de la Tierra y de los que vivían en ella. El señor feudal fue propietario de los hombres, de las mujeres, de los campos...; en cambio, ningún ciudadano de Roma estaba por encima de otro. Por eso cuando se dice, por ejemplo, que los pretorianos eran la guardia personal del emperador, se incurre en un grave error: nunca un romano podría ser el guardia de otro romano. Guardias había porque se necesitaban, pero eran esclavos, no eran romanos.

–*¿Qué otros valores formaban el ideal romano?*

–El honor (la virtus) como forma de vida; el concepto de ▶

El destino británico de Rómulo Augústulo

Muchos lectores descubrieron a Valerio Massimo Manfredi por la trilogía dedicada a Alejandro Magno, que en España vendió centenares de miles de ejemplares, pero este atildado profesor de arqueología que nació en Módena hace 59 años ya había escrito antes otras cinco novelas históricas. En *La última legión*, su más reciente obra, que ha sido un gran éxito en Italia, se ha decantado por el periodo menos conocido de la historia de Roma, el de la caída del último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, que fue depuesto el año 476, después de sólo un mes y medio de reinado, por Odoacro, rey de la tribu germánica de los hérulos. "Es una época muy misteriosa porque no se sabe nada del destino de Rómulo, que era un adolescente de doce años, tras ser depuesto", explica. La novela contiene un arriesgado ejercicio de historia-ficción al enlazar el final del Imperio romano con el inicio de un reino no menos legendario, el que narran las leyendas artúricas. ¿Simple imaginación de escritor? "Bien, recientemente importantes expertos en el mundo celta han interpretado que *Excalibur* es un vocablo resultado de la contracción de dos palabras latinas *ensis caliburnus*, o sea, la espada calíbica. Los cálibes eran un pueblo de la Anatolia famoso por su habilidad trabajando el hierro e introductores del acero en Grecia. Estos datos de la investigación nos remiten a influencias mediterráneas en la Britania del siglo V, así que seguramente Excalibur era una espada romana.

Popularmente pensamos en los personajes de la leyenda de Arturo como en caballeros medievales, cuando en realidad estuvieron mucho más cerca del mundo romano".


CONTACTO

En "La última legión", Manfredi relaciona las postrimerías del Imperio con las leyendas artúricas. Recientes estudios indican que "Excalibur" (al lado, fotograma del film homónimo de Richard Thorpe –1953–), el nombre de la espada del rey Arturo, podría proceder de la Britania romana.

"Hay construcciones políticas que mueren, pero si un imperio logra crear una civilización, significa que sus gentes vivieron por una razón importante"

▶ la palabra dada como fundamento de una moral que era sólo civil. No había teología porque la relación con los dioses era individual: cada uno podía tratar de llegar al dios como le pareciese más adecuado. En Roma hubiera sido imposible una guerra por motivos religiosos con otros pueblos. En cambio, después de Roma las hemos vivido múltiples veces, de las Cruzadas al actual choque entre el Islam y Occidente. En definitiva, estoy hablando de aquello que solemos denominar "los valores antiguos", que yo todavía seguía reconociendo en la tradición de mi padre y de mi abuelo, que me decían que un hombre sin palabra no era nadie. Es llamativo que hayan resistido tanto tiempo.

–Los protagonistas de su novela muestran el orgullo de ser romanos, incluso en plena decadencia del Imperio, en el siglo V. ¿Usted también comparte ese sentimiento?

–Es legítimo estar orgulloso de ser parte de una civilización. Es un avance muy importante y no todos los experimentos de civilización logran pervivir. Hay construcciones políticas que mueren, pero si un imperio consigue crear una civilización, significa que sus gentes vivieron por una razón importante. Si no logra dejar una civilización como herencia, esa construcción política sólo habrá aportado opresión y sangre.

–¿La desaparición de las legiones, en el año 200, fue un primer signo de decadencia?

–Indicaban un cambio en la composición de los miembros del ejército. Ya en esa época, entre los soldados que formaban las milicias de Roma había cada vez más bárbaros que fueron imponiendo sus técnicas militares, totalmente diferentes a las de las legiones.

–¿La división entre el Imperio de Oriente y el de Occidente aceleró la caída de Roma?

–En sus inicios se trató de una necesidad de tipo administrativo para descentralizar el control de las fronteras; después, la diferencia entre un Occidente sobre todo latino y un Oriente sobre todo griego, así como una mejor situación general en esta última zona, produjo una fractura que aumentó hasta llegar a la división total. Ideológicamente ambos emperadores se consideraban hermanos. Fue Teodosio, a fines del siglo IV, el último emperador único al dividir el reino a su muerte entre sus hijos Arcadio y Honorio. Pero se cree que ya Augusto había proyectado en el siglo I la diarquía para sus nietos Cayo y Lucio, los hijos de Agripa y de Julia.

–Tanto los personajes de su novela como usted mismo se refieren a los enemigos de Roma como "bárbaros". Suena un poco fuerte en estos tiempos de corrección política.

–Los romanos llamaban bárbaros a los pueblos con los que se enfrentaban porque se trataba de gentes primitivas, que no conocían la agricultura ni la siderurgia, que no tenían una filosofía ni una organización política. En un principio "bárbaro" sólo significó extranjero, la etimología griega de la palabra, pero cuando esas tribus estaban destruyendo una civilización –el momento de la decadencia de Roma en el siglo V en que transcurre mi novela–, los personajes utilizan el calificativo en su sentido peor, algo totalmente comprensible. Tienen orgullo de su civilización, y yo creo que eso es bueno.

El patriotismo es una virtud, no una vergüenza. El nacionalismo sí es estupidez, porque dice que uno es mejor y que el otro no es nada. Pero amar al propio país es como a la familia, algo vinculado al sentimiento de pertenencia.

–¿No eran racistas los romanos respecto al resto del mundo conocido?

–No, porque Roma nació triétnica, compuesta de latinos, sabinos y etruscos. Hay muchos ejemplos que demuestran la ausencia de segregación en Roma: hubo un emperador de origen árabe, Filipo; otro, Septimio Severo, era del Norte de África; y Lucio Quieto, el supremo general de Trajano, era negro... Fíjese: todo un comandante en jefe que combatió en Dacia y en Partia era africano, negro. Y menciono sólo los ejemplos más llamativos, porque también hubo emperadores nacidos en Hispania, en la Galia, en los Balcanes... ¿Sería posible eso ahora en un país de Europa? Por poner sólo un ejemplo, recordemos el escándalo que produjo el simple hecho de que una princesa inglesa, Lady Di, tuviera un novio árabe, Dodi Al Fayed.

–¿Los bárbaros eran tan bárbaros como los presentaban los romanos?

–En el siglo V, muchos bárbaros se habían romanizado porque el Imperio, en una estrategia para sobrevivir, cuando no podía rechazar por la fuerza a los invasores dejaba entrar a una parte de ellos, a los que asimilaba integrándolos en el ejército y convirtiéndolos en defensores contra los otros bárbaros. Esto funcionó durante más de un siglo, el IV, pero llegó un momento en que la presión fue insoportable y la frecuencia de las invasiones, constante, auténticos aluviones humanos. Ninguna estructura moderna –y el Imperio romano lo era con su economía, su gobierno y su burocracia– puede soportar una presión de ese nivel. Llegados a ese punto, el gasto militar se hizo insoportable, generando una presión fiscal insostenible que provocó una fractura social caracterizada por la depresión económica y demográfica. Como producto final, se mató el patriotismo y sólo sobrevivió el pacifismo cristiano, que no tenía confianza en el presente y cifró sus esperanzas en un futuro, que esperaba próximo, en el que regresase Jesucristo y llegase el Juicio Final. Esto último no se verificó, y lo que sí ocurrió es que entre el año 500 y el 1000 se vivió una época oscura, de destrucciones, de caos... Por eso los emperadores combatieron hasta el final, porque preveían lo que iba a ser el Medievo, lo veían representado en esos pueblos que habitaban más allá del Danubio y el Rhin. Los romanos querían salvar su civilización, y eso me parece un esfuerzo heroico.

–¿Pero realmente querían los bárbaros destruir Roma?

–No, lo que querían era formar parte de ella. Se trata de un caso similar a la emigración actual que recibe Europa: los bárbaros querían, y los actuales inmigrantes quieren, sumarse al bienestar de la civilización que está más avanzada. El peligro que hubo, y que hoy también existe, es que si todos vienen, el resultado será miseria para todos. Hay que acoger a los que se pueda y ayudar a los otros. Y también tenemos el derecho de mantener nuestras identidades, nuestra tradición y civilización. Hay que acogerlos, pero de un modo sabio, esto es, admitir a los que podamos y ayudar a los otros.

–La Roma tardía, la que fenecería en el año 476, ¿tuvo aún ocasión de aportar algo relevante a la historia?

–El último emperador, Rómulo Augústulo, apenas reinó mes y medio, el pobre tenía doce años cuando fue depuesto. Su padre, Flavio Orestes, sin embargo, tenía un proyecto político interesante que no pudo realizar. Consistía en mantenerse él mismo al mando del ejército mientras nombraba emperador a su hijo para poderle proteger y salvarlo de la opresión bárbara. Así trataba de invertir la tendencia de los años anteriores, en los cuales el mando del ejército había recaído en bárbaros, dejando a los emperadores en una posición en la que no tenían poder efectivo.

–Hay un pasaje de su libro en el que afirma literalmente que en el año 476, en Roma "aumentaba todo lo que dividía y se perdía todo lo que estaba hecho para unir".

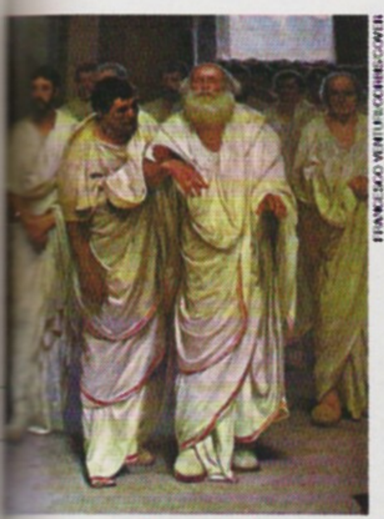
–Sí, la lengua, las carreteras, el sistema de correos. Cuando un imperio se colapsa siguen una serie de convulsiones sangrientas y un particularismo más grande que llega a la confusión y al caos. Cuando el gasto militar es enorme tiene estas consecuencias y en aquella época no había una ingeniería financiera que permitiera un fuerte endeudamiento público. Tal gasto llevaba hacia el colapso. La primera Guerra del Golfo de 1991 costó 3.000 millones de dólares en dos meses. Imaginemos, en el mundo romano, un gasto de este calibre sostenido durante 200 años. Eso no hay economía que lo resista.

–Ni la economía, ni la lengua. También el latín entró en decadencia.

–Porque se separaron las regiones y el habla se fue diferenciando. Si se pone un muro entre dos partes de una misma ciudad, el habla de cada parte comenzará a distinguirse, aunque lo haga de forma muy gradual. La comunicación mantiene la unidad; la separación acentúa la diversidad.

–¿Fue el latín la mayor contribución de Roma a la posteridad?

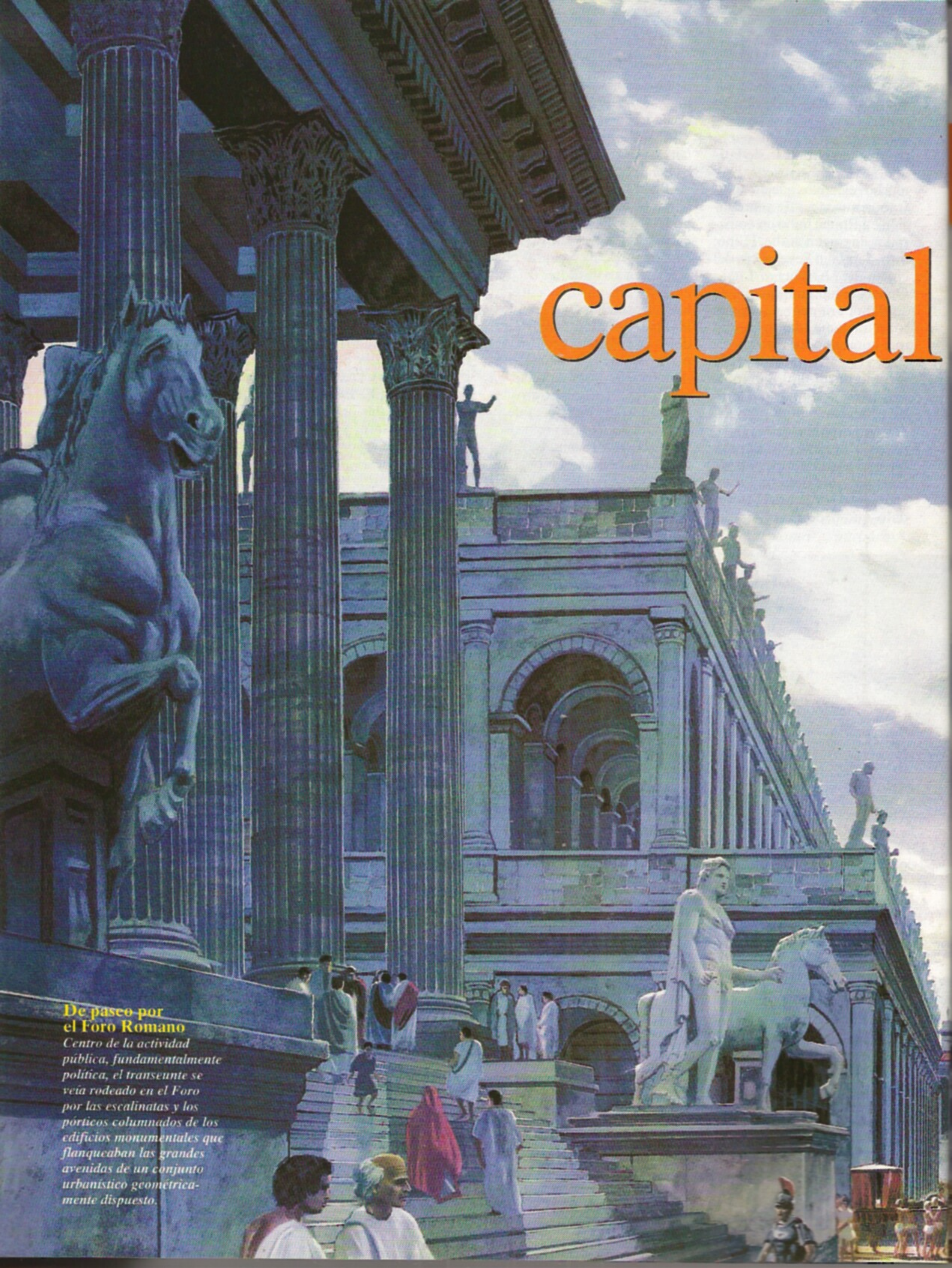
–No, fue una de ellas pero una lengua común no deja de ser un fenómeno bastante normal. Lo más importante fue el sistema de leyes.





Cuna del derecho

El Estado romano se apoyaba sobre todo en su sistema de leyes, que se promulgaban en el Senado. Arriba, "El ciego Apio Claudio se dirige al Senado", (Cesare Maccari, 1880), pintura exhibida en el Palazzo Madama de Roma, sede del Senado italiano. Las Tablas de la Ley (derecha) recogían los derechos fundamentales del ciudadano romano.



capital

De paseo por el Foro Romano
Centro de la actividad pública, fundamentalmente política, el transeunte se veía rodeado en el Foro por las escalinatas y los pórticos columnados de los edificios monumentales que flanqueaban las grandes avenidas de un conjunto urbanístico geométricamente dispuesto.



VIDA COTIDIANA

Un día en la del mundo

Acompañamos a un ciudadano de la capital imperial desde el amanecer en el Foro hasta la caída de la noche, en el arrabal

Por Marina Castiñeira
Dibujos Yadegar Asisi

Apenas ha amanecido en la capital del Imperio y se respira ya en el Foro una creciente actividad. Por las flamantes avenidas cruzan personajes ilustres en literas portadas por sus esclavos. Otros caminan hacia sus asuntos o conversan formando corro, noblemente ataviados con toga de lana de un blanco impoluto: algunos llevan bordada en ella la tira púrpura, insignia de los senadores. Los soldados muestran su gallardo uniforme emplumado, las mujeres ostentan espléndidas joyas, que ornan también sus complicados peinados cónicos y sus túnicas de algodón o seda. Son escasos a esta hora los atuendos informales, y el zapatero Sufinio, intimidado, lamenta la sencillez de su túnica con cinturón y la tosquedad de su manto. ▶

► Aprieta el paso hacia el Arco de Tiberio, donde se reúne con un sirviente del senador Claudio para una faena especial. Le guía a través de la elegante zona del Palatino hasta llegar a una residencia señorial. Atravesando la puerta de acceso, alcanzan el atrio, recinto techado que revierte a otras habitaciones. Le conducen al despacho, amueblado con una mesa rectangular de dos soportes con volutas, una silla plegable y un arcón con incrustaciones de cobre y marfil. Se recibe aquí a gente de rango; sin embargo, que Sufinio estudie los estropeados pies del senador no es cosa que deba hacerse en el atrio. Afortunadamente, nota el visitante, el honorable viste una sobria túnica, que seguro debió endosarse tras saltar de la cama en taparrabos y túnica interior para, seguido del habitual desayuno de vaso de agua, atender sus asuntos con diligencia. Desde el marco de una segunda puerta del despacho, el zapatero atisba asimismo, brevemente, un peristilo con jardín. Piensa entonces en su propia casa, cuyas carencias a menudo le reprochó su mujer. Y sin poderse desprender del todo de estos pensamientos, realiza su quehacer y sale de la mansión con el encargo de unos zapatos de cuero con correas entrecruzadas y de unos borceguíes cerrados.

Sumergirse de nuevo en la vía pública, entre los rostros anónimos de los viandantes, satura sus sentidos. Las túnicas irisan de colores las pobladas aceras; los muros de los edificios están cuajados de pintadas, carteles de propaganda política y anuncios de festejos. Incluso el tráfico de doble dirección, propio de las grandes avenidas, está colapsado a estas horas, y las suntuosas literas, las mulas que acarrean personajes más modestos y los eventuales carros circulan con lentitud. Los vendedores mantienen agitadas conversaciones con los compradores. Desde la puerta de su tienda o puesto ambulante vocean sus mercancías de todo tipo, como libros de segunda mano, joyas, perfumes, flores o tallas de marfil, superponiendo la voz a los ruidos constantes del trabajo mecánico en los talleres. Sufinio se tropieza con un mercader de elixires milagrosos, un hipnotizador de serpientes y un ilusionista que se introduce una espada por la boca. Y la algarabía no decrece cuando rebasa la calle de los zapateros y libreros y dirige sus pasos hacia el barrio de la Subura, internándose por las sinuosas y estrechas rúas sin pavimentar, por los oscuros y sucios callejones.

Las grandes avenidas y las sinuosas callejuelas hacían de Roma un gigantesco laberinto de bulliciosa actividad

A pesar de la humildad de este barrio, en el que nuestro zapatero habita y posee su taller, hay en él multitud de comercios a los que acuden ciudadanos medios, sirvientes y esclavos a comprar todo tipo de artículos: desde aquellos de primera necesidad, pasando por especias, antorchas y sebo para las lámparas, papiros y pergaminos, hasta productos de lujo importados. Los comerciantes tienen colocados, a la entrada de sus establecimientos, instrumentos propios de su oficio o, en el mejor de los casos, rótulos identificativos pintados o esculpidos en piedra, que describen la profesión en una escena detallada. Para adquirir lo básico hay pescaderos, carniceros, fruteros y panaderos, los cuales poseen hornos y molinos de tracción animal; también ruidosos albañiles, carreteros, carpinteros y herreros. Para estar a la moda, se recurre a bataneros, tintoreros, tejedores, bordadores, lavanderos, peluqueras y barberos, orfebres y zapateros.

El taller de Sufinio está situado en vecindad con otros comercios, formando parte de uno de los numerosos edificios de varias plantas de alquiler construidos con materiales de baja calidad. La cercanía entre estos inmuebles apenas deja entrever un pedazo de cielo. En las plan-



tas superiores habita gente muy humilde, muchos procedentes del campo, que venden sus servicios a menudo deshonestos, como algunas de las mujeres que pasean las calles. El hijo de Sufinio ha estado cuidando del negocio familiar. Recién licenciado de la escuela elemental, pasa por una adolescencia responsable y sensata y es un buen aprendiz. El padre le educa con una blanda severidad, en la convicción de no imponerle su autoridad de *pater familias* de manera implacable, y abriga la esperanza de legarle una digna herencia al morir. Unas escaleras de madera comunican el taller con su vivienda, y, para no pagar las letrinas públicas, Sufinio sube a mingitar en una vasija a ello destinada. Más tarde la volcará en el estercolero próximo, no queriendo infringir la prohibición de vaciarla hacia la calle por el vano de la habitación. Sólo dos de estos vanos tiene el piso y, en vez de dejar pasar la poca luz de la calle, están recubiertos por gruesas telas para mitigar el frío invernal. La calefacción no existe y el fuego del hogar tampoco caldea lo suficiente, pues desde su reciente divorcio nadie le ofrece el culto religioso doméstico ni lo aviva con asiduidad.

Lástima de su matrimonio. Fue un presagio funesto que el día previo a sus esponsales se enredaran los cordones de unas sandalias que trabajaba, pues todo el mundo sabe la mala suerte que traen los nudos; y otro mal augurio aconteció durante el propio banquete de bodas, ya que un gallo cantó. Sin embargo, transcu- ▶



La vida alrededor del Tíber

La llanura que se extendía desde el Foro hasta el Tíber (abajo) constituía en la antigua urbe una zona de gran animación. Lindante con el río, el barrio de la Subura reunía numerosos comercios. Las mercancías procedentes de todo el mundo que llegaban a Ostia, el muelle marítimo de Roma, se recibían en pequeñas barcas que arribaban al puerto fluvial, se vendían en grandes mercados y se atesoraban en depósitos y almacenes. Sobre la ribera opuesta a la llanura del Foro apenas llegaron a construirse algunos arrabales. Cuando la noche caía, toda Roma se cubría de sombras y cesaba la animación. Era el momento de los comportamientos furtivos.

rrieron días felices en esa vivienda-tienda-taller que le traspasó su padre, antes de que su mujer empezara a colocarse postizos, a untarse tintes y maquillajes, a adornarse con joyas que él no le había regalado, a usar corpiño y perfume caro, a visitar a sus amigas con mayor frecuencia. Empezó entonces a acostarse no sólo sin quitarse el sostén y la túnica interior, como es costumbre, sino con otra encima y posteriormente, ante la desesperación del marido, con un manto. Los afectos conyugales de ella habían sido usurpados por las atenciones de un nuevo rico, con el que pronostica volver a casarse. Pero las familias destrozadas están a la orden del día en estos tiempos corrientes, transcurridas ya casi dos centurias desde el gobierno de Augusto. Así ahora, en espera de las Saturnales, Safinio evoca aquella legendaria edad dorada cuando el dios Saturno reinaba, los hombres vivían en paz, la propiedad privada no existía, la agricultura constituía el sostén material y moral y la familia patriarcal era la base del Estado.

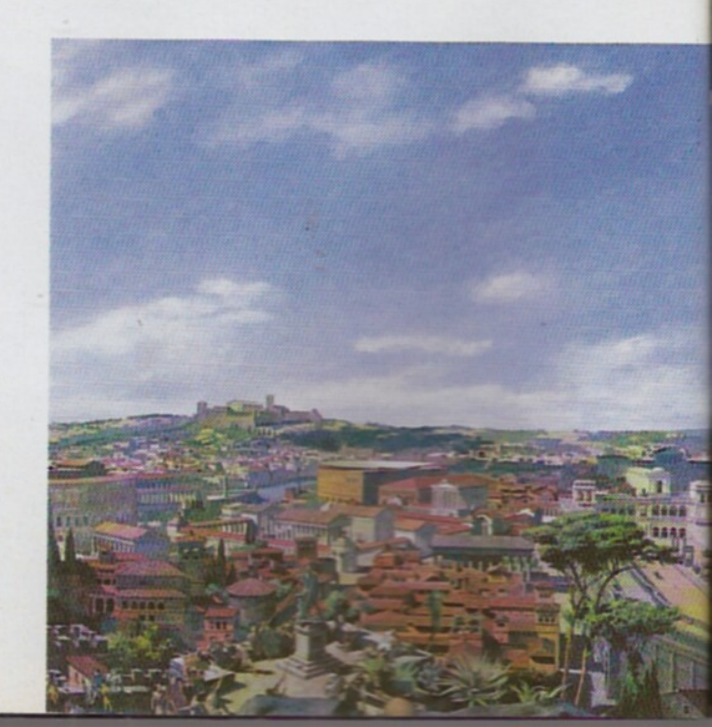
La vergüenza de su casa no ha menoscabado su clientela, y Sufinio trabaja duro hasta el mediodía, hora en que cierran todos los comercios a excepción de las tabernas, y a una de éstas acude con su hijo a tomar un poco de pan con queso y un vaso de vino caliente. Tras descansar y charlar con algunos conocidos, padre e hijo se dirigen a las termas, en cuyas instalaciones, sumamente económicas, disfruta su tiempo de ocio cualquier ciudadano romano, ya sea hombre o mujer. Cada uno encontrará entretenimiento paseando por su jardín, en sus estancias utilizadas como biblioteca, salas de exposición y de tertulia, jugando a la pelota en la palestra o practicando atletismo. Asimismo tomarán su baño, único aseo diario, en recintos con dispositivos de vapor, agua caliente y agua fría. Y, tras secarse con una toalla de lino, vestirse y salir del edificio, Sufinio esquiva a los vendedores ambulantes de salchichas y tortas de garbanzos, pues acude hoy a un banquete con sus colegas de la cofradía en que está inscrito. Junto a ellos compartirá, en versión celebrativa, la única ingesta contundente del romano: la cena.

Durante las Saturnales no se trabajaba, se levantaban muchas prohibiciones y se celebraban los tan esperados juegos

Cae la noche y se apresura a atravesar el río por la Isla Tiberina, orillada de barcas, rumbo al lugar en donde se reúne desde hace décadas con los otros zapateros. Circulan ahora bestias de carga, carreteros y convoyes de provisiones, que tienen el tráfico prohibido durante el día para prevenir atascos y accidentes. Camina a lo largo de la ribera, ataja entre dos grandes almacenes del puerto fluvial y entra en el tugurio, débilmente iluminado por lámparas de aceite y velas de sebo, únicamente acogedor merced al calor de la lumbre y al olor del guiso especiado. La mayor parte de los invitados ocupan ya unos taburetes en torno a dos mesas circulares y los dos que faltaban entran un poco después que Sufinio. El banquete exige un ritual que comienza por las abluciones, y son la hija y el hijo del tabernero quienes rodean el mostrador de piedra para lavar ella los pies y él las manos de los concurrentes. En otro lugar de la ciudad, también el senador Claudio asiste a un banquete en el domicilio de un magistrado, junto a otros tres magistrados, dos altos cargos militares, otro senador y un reputado filósofo. Reclinados sobre cómodos lechos, los comensales son asistidos por esclavos, degustan siete sustanciosos platos con algún toque exótico, compuestos por legumbres, hortalizas, frutas, pasteles y dos asados, un ciervo y un pavo real, mientras músicos y bailarinas amenizan la velada. Habrá que esperar a las fiestas de las Saturnales para que, con la explosiva felicidad y permisividad reinantes, se intercambien los papeles en una suerte de mundo al revés: entonces nadie trabaja, y los esclavos son servidos a la mesa por los amos e injurian a éstos como a sirvientes.

En la modesta taberna, los zapateros disfrutarán, sentados en sus taburetes, dos frugales platos de huerta, dulces y pollo asado, y se divertirán relatándose anécdotas del trabajo y comentando el programa de festejos. Se anuncian hirientes comedias en el teatro y grandes espectáculos en el Coliseo, que incluyen la simulación de una batalla naval, amén de las luchas entre gladiadores, algunos de ellos famosos y adorados por las mujeres. Surgirán además para atacar, desde las rampas o ascendidos desde el subsuelo, tigres y leones, elefantes, hipopótamos o rinocerontes. También ciervos, corzos, jirafas o avestruces, para ser perseguidos. Serán seguro pasto de las fieras los condenados a muerte y numerosos cristianos.

Como de costumbre, las carreras del Circo Máximo generan especial expectación. Se sucederán continuamente durante los siete días que duran las fiestas, por lo que existen salas de baño y de refresco en el hueco formado por los tres pisos abovedados que constituyen las gradas. Sufinio es hincha de la facción verde y, entre sus compañeros, los hay de



los equipos rojo, azul y blanco, pertenecientes unos cuantos a asociaciones de ciudadanos vinculadas al correspondiente color. Calentados los ánimos al final del banquete por el vino de las cráteras, comienzan las apuestas a favor y en contra de los distintos bandos. Jugar dinero está prohibido fuera del periodo de fiestas; sin embargo, en ésta y otras tabernas se suele hacer de modo clandestino. Ahora las monedas circulan de mano en mano al ritmo de los aciertos del par o impar en la suma de los dedos usando tabas o nueces, incluso tras improvisar un tablero de estrategias con tiza en el suelo.

Sufinio sale del local con una pequeña ganancia y cierta altanera embriaguez. En su estado de exaltación, desafía la inseguridad nocturna y, tras recomponerse la túnica, tienta el camino a casa sin ayuda de antorcha, sumergiendo su paso vacilante entre las profundas sombras de la gran urbe imperial.



Los grandes espectáculos

En el Coliseo (arriba), los gladiadores esgrimían las distintas armas según su especialidad: espada corta, red y tridente o lanza, entre otras; a veces, a caballo o sobre carros de combate. Las fieras también hollaban la arena. Las carreras se celebraban en el Circo Máximo (a la izquierda). En cada una competían cuatro cuádrigas, entre el polvo y el griterío del público. El entusiasmo de la afición se exacerbaba en los extremos de la pista, cuando los carros giraban 180° y sus aurigas, vestidos con las túnicas del color al que representaban, arremetían entre sí látigo en mano, accidentándose a menudo.





RECETAS CORTESÍA DEL RESTAURANTE MAGNA ROMA, ROMA (ITALIA)

GASTRONOMÍA

Rec imp

Gustaticium
Entremeses

Se disponen en el plato huevos, alcaparras, aceitunas, dátiles, nueces, *allec* (los restos sólidos de la elaboración del *garum*, una salsa elaborada con pescados macerados en sal), albaricoques y pistachos. Solían servirse acompañados con tartaletas de *libum* (un tipo de hogaza), *moretum* (un pastel de queso con ajo) y *epityrum* (un paté de aceitunas trituradas).
(Plato descrito por Catón, en De agri cultura y por Virgilio, en Appendix Vergiliana)

Fabam Vitellianam
Puré de habas a la viteliana

Cocer las habas en agua salada con un puerro, cilantro y flores de malva. Triturar pimiento, ligústico (una especia) y semillas de hinojo, y añadirlo junto con *garum*, vino y aceite. Cuando esté todo cocido, mezclar y triturar hasta lograr una textura cremosa y servir con un chorro de aceite de oliva. El nombre de la receta viene del emperador Vitelio.
(Según Apicio, en De re coquinaria)

Haedum Particum
Cabrito al estilo parto

Meter al horno, precalentado, el cabrito untado en aceite de oliva. Picar y mezclar pimienta, ruda, cebolla, ajedrea, ciruelas de Damasco, *laserpicium* (condimento extraído de un hinojo gigante silvestre del norte de África), *garum* y aceite. Hervir la mezcla con vino y añadir al cabrito. Servir con vinagre.
(Apicio, De re coquinaria)

Durante la República, los romanos solían ser frugales en la mesa. Hasta que los banquetes a base de productos exóticos traídos de todo el Imperio se convirtieron en una tradición Por **Luis Otero**

etas eriales

Los relatos al uso sobre las costumbres gastronómicas de los romanos los describen entregándose a opíparos banquetes donde degustaban loro hervido o grulla asada, rarezas que hoy pocos se atreverían a probar. Pero no siempre fue así: los romanos primitivos comían frugalmente y durante un largo periodo sólo conocieron los alimentos básicos. Los platos más comunes eran el *puls*, unas gachas de harina de trigo y otros cereales, a las que a veces se añadía manteca, y la polenta, hecha con harina de cebada. De vez en cuando tomaban huevos, aceitunas, queso de cabra o de oveja, verduras, legumbres y sopas. La carne, cerdo o pollo, se veía raras veces en la mesa, y la de buey sólo en la de los más pudientes. Para los dulces usaban leche y miel.

La revolución gastronómica llegó a fines del siglo III a.C., cuando la expansión de su civilización trajo consigo nuevos usos y productos, sobre todo del mundo helénico. Se pusieron de moda los platos potentes y especiados, no aptos para estómagos delicados, y de la austeridad se pasó al exceso, hasta el punto de que en el 95 a.C., la ley Licina fijó un límite para la cantidad de alimentos que se podía servir en los banquetes. ▶

Encytum
Espirales dulces al queso

Mezclar queso y harina de farro (un cereal) a partes iguales. Tomar un embudo ancho y distribuir la masa sobre manteca hirviente. Dar al resultado forma de espirales, cubrir con miel y dejar enfriar. Servir con miel o con *mulsum* (vino blanco con miel).
(Catón, De agri cultura)





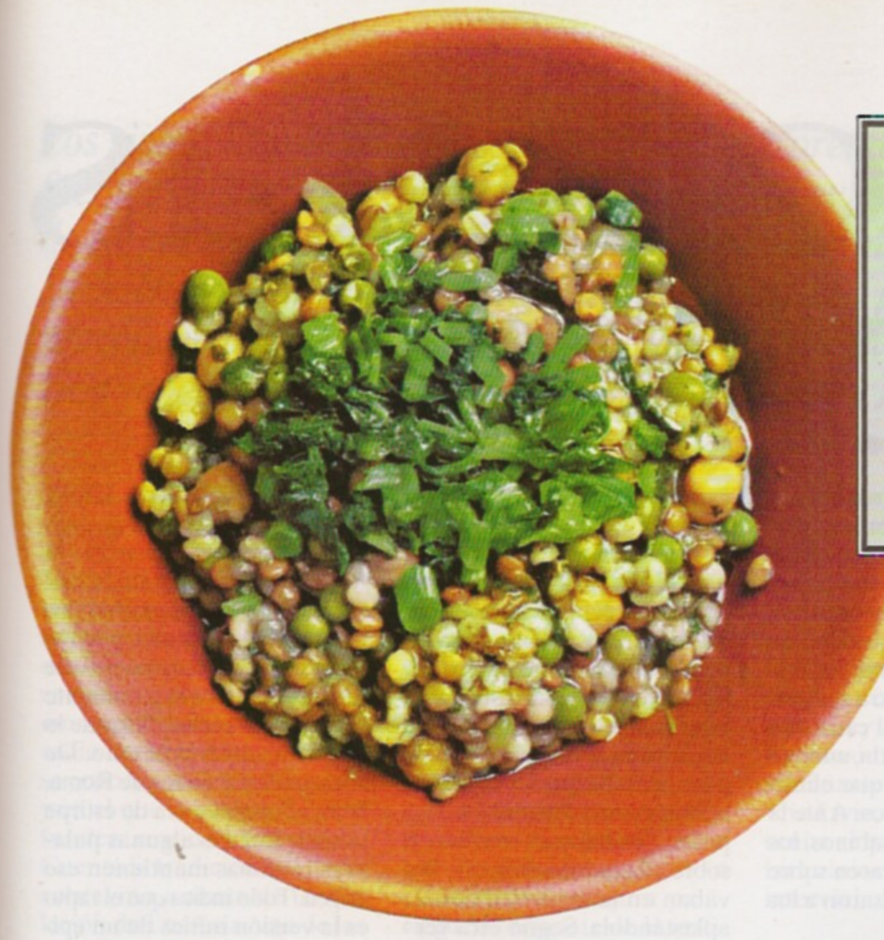
Perna ex musteis
Jamón con pasteles

Hervir la pierna de cerdo con 600 gr de cebada y 25 higos secos. Cuando haya cocido, quitar la piel y pasar por el fuego para quemar la grasa, luego cubrir con miel y cocinar en el horno. Mientras tanto, preparar una salsa consistente en una mezcla de vino de uvas pasas, ruda y mucha pimienta. El jamón se sirve en lonchas acompañado de esta salsa, junto con unos higos y pastelitos impregnados con el jugo hervido resultante de la cocción del jamón. (Apicio, *De re coquinaria*)

► La principal fuente del saber culinario romano, manual imprescindible para los cocineros de la época, era *De re coquinaria*, de Marco Gavio Apicio, un hombre rico nacido en torno al año 25 a.C., cuyo amor por la comida era tan grande que decidió suicidarse con veneno ante la posibilidad de morir de hambre algún día. Apicio pasó a la historia por sus extravagancias gastronómicas, que incluían lengua de ruiseñor y de flamenco, talo-

Polypus
Pulpo

Hervir el pulpo con *laserpicium* y cebolla. Una vez cocido, servirlo cortado en láminas finas con una salsa de pimienta, *garum*, jengibre picado y eneldo fresco picado. (Apicio, *De re coquinaria*)



Tisanam barricam
Sopa de cebada

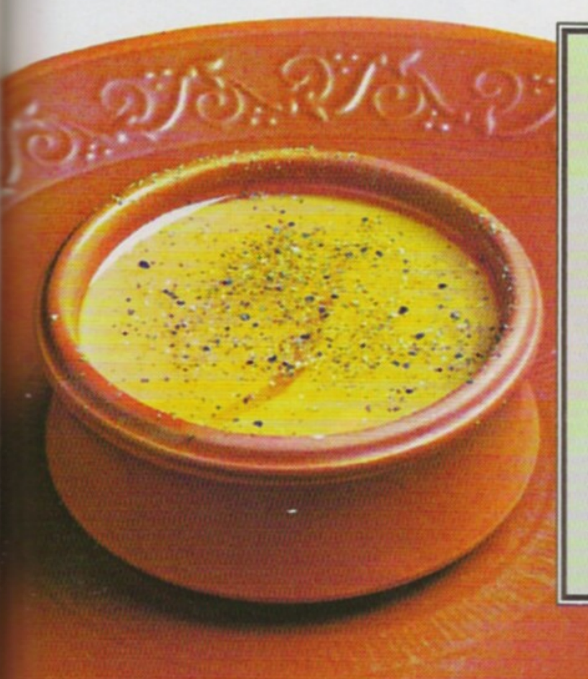
Poner a remojo garbanzos, lentejas y guisantes secos. Moler la cebada (o trigo, en su defecto), añadirla a la mezcla anterior y hervir con abundante agua condimentada. Luego añadir aceite de oliva, puerros picados, cilantro, anís, eneldo, malvas y hojas de berza. Antes de acabar la cocción, añadir orégano, apio machacado y eneldo. Servir la sopa caliente y con cebollinos tiernos picados. *(Apicio, De re coquinaria)*

nes de camello, crestas de aves y otras *delicatessen*, pero entre las 478 recetas de su obra también había platos normales, como pastel de lenguado, pollo o cochinillo asados a la sal o a la miel, casi siempre acompañados de una salsa, el *garum*, que se elaboraba con pescado macerado en sal. En España había factorías como la de Cartagena, en Murcia, o la de Baelo Claudia, cuyas ruinas aún se ven en la playa gaditana de Bolonia, dedicadas a las salazones y a la producción de *garum*.

Este producto, de uso habitual y fuerte sabor, suscitaba opiniones encontradas. Según el arqueólogo Franco Nicastro, uno de los fundadores del restaurante Magna Roma, situado en la capital italiana, donde se guisan las viejas recetas tal como hace veinte siglos, "sobre la cocina romana hay muchos tópicos. Si el *garum* fuera pescado podrido, como lo describió Plinio el Viejo, no habría tenido tanto éxito. Es más correcto hablar de maceración. Metían en sal los peces sin eviscerar durante 65 días, aderezados con 16 especias diferentes. El sabor final era poderoso pero agradable".

En la época imperial, los romanos hacían tres comidas diarias: dos ligeras, el *ientaculum* (desayuno) y el *prandium* (almuerzo), y una más contundente, la cena. Por la mañana, un trozo de pan mojado en leche, aceitunas y un huevo; a mediodía, queso de cabra o de oveja y una porción de carne cruda. Para cenar, entremeses, un segundo de pescado o carne, y postre. En las casas populares los platos solían tomarse fríos, ya que apenas se cocinaba por miedo a provocar un incendio. Para comer caliente había que ir a la taberna, donde el mesonero de turno servía las raciones de carne y pescado a la parrilla fuertemente condimentadas, con el fin de incitar a los clientes a consumir vino, casi siempre aguado.

Los romanos desmenuzaban y trituraban los alimentos; eran maestros en la preparación de albóndigas, purés y sopas. No usaban tenedor; se llevaban la comida a la boca con las manos o la cuchara. Los modales en la mesa eran muy distintos de los actuales. Por ejemplo, eructar estaba bien considerado y los invitados de los banquetes estaban autorizados por un edicto del emperador Claudio a expulsar los gases intestinales con libertad. Algunos, incluso, disponían de una bacinilla en el comedor para aliviarse el vientre. Al término del festín, podían llevarse los restos a casa, envueltos en la servilleta que traía cada uno; era una forma de alabar la comida y un buen recurso para alimentar a la familia. Y si en el curso de la comilona se sentían ahítos, no dudaban en meterse una pluma de pavo hasta la garganta para vomitar a conciencia. Luego se enjuagaban con un vaso de vino y vuelta a empezar.



Tyropatinam
Natillas

Se pone la leche en un recipiente y se mezcla con miel. Calentar sobre un fuego suave y retirar, añadiendo yemas de huevo batidas con canela. Mezclar bien y pasar por un colador, obteniendo una mezcla suave. Poner en moldes individuales y meter en el horno con una base de agua o al baño María y cocinar durante una hora a baja temperatura. Servir espolvoreado con pimienta. *(Apicio, De re coquinaria)*

Historietas y leyendas

Poco después de su fundación, Roma ya era una floreciente urbe donde encontraban refugio desde comerciantes y artesanos hasta esclavos fugados y criminales de todo tipo. En la recién nacida Ciudad Eterna sólo había escasez de mujeres. Consciente del peligro que esa carencia suponía para el futuro de la metrópoli, Rómulo decidió dar una fiesta en honor a Neptuno a la que invitó al rey Tito Tacio, de Sabina, y a sus hijas.

Pero el galante ofrecimiento ocultaba una indecorosa treta. Los romanos planearon aprovechar aquella circunstancia para hacerse con esposas que aseguraran la continuidad de la población. Durante los festejos, Rómulo indicó a sus súbditos que a su señal cada uno tomara a una invitada, aunque para ello tuvieran que eliminar a sus compañeros. Ante la perplejidad de los sabinos, los romanos se abalanzaron sobre sus mujeres y expulsaron a los hombres. Éstos, furiosos, asediaron el monte Capitolino. En algunas versiones del relato, narrado por Plutarco, Tito Livio, Virgilio y Ovidio, se dice que Tarpeya, una joven romana, prometió abrir las puertas a los sabinos si a cambio éstos le regalaban lo que llevaran en el brazo izquierdo, pues pensaba que lucirían brazaletes de oro. Apenas los dejó pasar, los sabinos arrojaron sobre ella sus escudos, que llevaban en la mano izquierda, aplastándola. Según otra versión, al ver a Tito Tacio se enamoró de él y accedió a dejar entrar a sus tropas a cambio de que la desposara. De una u otra forma, a la vista de la dureza del combate, las sabinas lo interrumpieron, aceptaron a Rómulo como rey y confirmaron sus matrimonios. Así nos ha llegado la leyenda, pero lo cierto es que las relaciones entre sabinos y latinos seguramente estaban más consolidadas de lo que deja entrever el mito. De hecho, el segundo rey de Roma, Numa Pompilio, era de estirpe sabina. Incluso algunas palabras romanas mantienen ese origen. Todo indica que el rapto es la versión mítica de un episodio histórico en el que ambos bandos llegaron a un acuerdo para que las dos etnias se mezclaran pacíficamente.

El rapto de las sabinas

La intensa relación entre sabinos y romanos hace pensar que éstos no tomaron a sus mujeres, sino que acordaron una unión pacífica.



Escasez de mujeres

Cuenta la leyenda que, en época de Rómulo, había tan pocas mujeres en Roma que peligraba su continuidad demográfica como pueblo. Es probable, sin embargo, que el rapto de las vecinas de Sabina (derecha, en un cuadro de David), que pretendía corregir esa situación, nunca tuviera lugar. La unión de romanos y sabinos debió alcanzarse con acuerdos pacíficos.

Los siglos, las malas traducciones y las interpretaciones distorsionadas de las fuentes clásicas han convertido algunos de los sucesos más importantes de la historia de Roma en una olla en la que se han mezclado mitos y realidades a discreción. De hecho, las últimas investigaciones han echado por tierra muchas de las ideas preconcebidas que la tradición nos había transmitido sobre algunos personajes. Hoy sabemos que Bruto bien pudo ser un héroe y Pilatos, una víctima

Por **Abraham Alonso**

Durante siglos, la historiografía clásica ha vapuleado la figura de Tarquino el Soberbio, último rey de Roma y uno de los símbolos universales de la tiranía. Sin embargo, la conspiración que derrocó la monarquía romana es un episodio bastante oscuro del que se conocen muy pocos hechos y en el que a menudo se confunden realidad y leyenda. Cuenta la tradición que todo sobrevino a causa de la violación de Lucrecia, una de las matronas más importantes de Roma. Según el mito popular, ésta fue forzada por Sexto, hijo de Tarquino. Para que no se resistiera, aquél la amenazó con matarla y colocar después junto a su cuerpo el cadáver de un esclavo para de ese modo aumentar la deshonra de la familia. A la mañana siguiente, Lucrecia reveló lo sucedido y se dio muerte, lo que desencadenó la venganza de los lucrecios y el final de la monarquía.

Hoy, sin embargo, los historiadores tienden a pensar que Tarquino fue depuesto a causa de una conjura palaciega. El desgaste de la institución monárquica y la agresiva política de la casa real, que sometía a sus ciudadanos a un duro régimen en el que las levas para el servicio militar eran constantes, seguramente atrajo las simpatías de la ciudadanía hacia los conjurados. Pero sin duda, una de las razones más importantes de la deposición de Tarquino fue la conquista de Roma por Porsenna, rey de la ciudad etrusca de Clusium, que pretendía adueñarse del Lacio. Según Tito Livio, la invasión de Porsenna se produjo porque los tarquinios le pidieron que interviniera para restablecer al monarca. Pero lo cierto es que tras hacerse con la ciudad y convertirla en su base de operaciones, el dirigente etrusco no restableció en el trono a Tarquino, que permaneció exiliado en la ciudad de Cumas hasta su muerte, en el año 495 a.C. Por entonces, las tropas de Porsenna, finalmente derrotadas por los latinos, ya se habían retirado de Roma, donde los ciudadanos celebraban un decisivo cambio de régimen.

El suicidio de Lucrecia

Fue el creciente descontento de la población y no la violación de una matrona lo que acabó con la secular monarquía romana.



Adiós al último rey
La tradición afirma que tras haber sido violada por el h del rey, Lucrecia una importante matrona romana reveló lo sucedid y se suicidó –a la izquierda, en un óleo de 1877– Los historiadore creen, sin embargo, que un conjura palacieg avivada por el sentimiento antimonárquico que dominaba la región, precipitó la caída del rey.

La tradición bíblica ha colocado a Poncio Pilatos en una situación más que difícil. Su tarjeta de presentación incluye calificativos como opresor, cobarde y deicida, nada menos. ¿Pero realmente se merece tal fama? Lo cierto es que las fuentes históricas poco nos dicen de este enigmático personaje. Sabemos que fue nombrado en el año 26 procurador romano de la provincia de Judea, donde gobernó, seguramente con excesiva firmeza, durante diez años. No debió ser una tarea fácil, dada la resistencia judía a la dominación romana. De hecho, sus continuos problemas con la población motivaron su traslado de Cesarea a Jerusalén, ciudad en la que estableció su corte. En una interesante biografía sobre este mandatario, la investigadora Ann Wroe indica que Pilatos debía pertenecer a la clase de los ecuestres y que seguramente tendría cierta experiencia militar, ya que el cargo de prefecto llevaba consigo la realización de operaciones bélicas.

Poco más dicen los clásicos. Es en los Evangelios donde encontramos su momento más popular: el juicio a Jesucristo, en el que el romano se "lavó las manos" y en esencia dejó el camino libre para su condena a muerte. Wroe, en su *Biografía de un hombre inventado*, reflexiona sobre el encuentro de ambos personajes e indica que parece claro que Pilatos se vio atrapado en una incómoda situación en la que no quiso cargar con un muerto cuyo proceso no le correspondía en absoluto. Para implicarle, Wroe señala que Caifás, el sacerdote, cambió la supuesta falta religiosa que había cometido Jesucristo por un delito político contra Roma, esto es, hacerse pasar por el rey de los judíos. En cualquier caso, la falta de pruebas históricas reduce todo a la especulación, desde la motivación última de Pilatos para actuar como lo hizo hasta el idioma en el que se produjo la entrevista con Jesús.

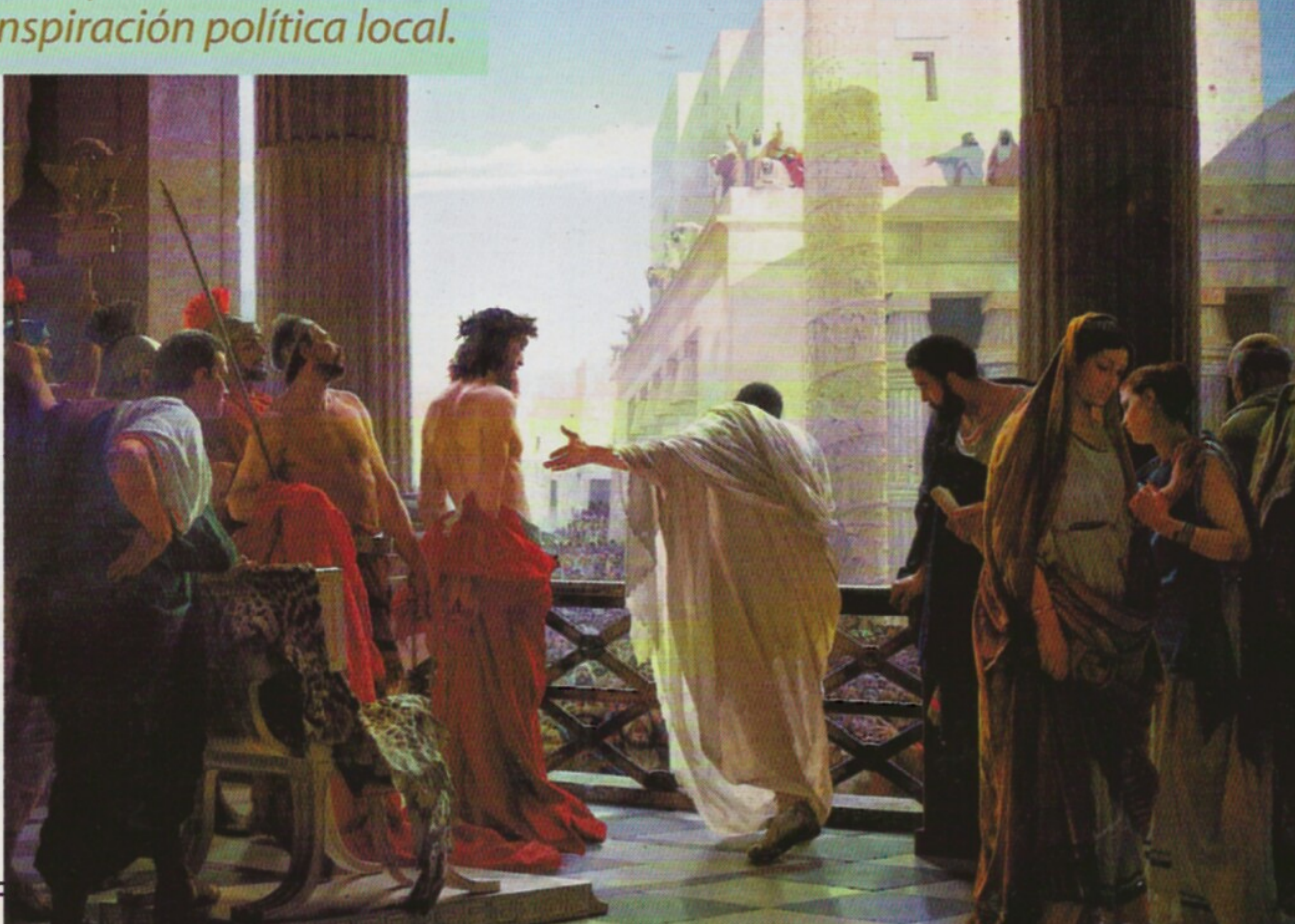
Aunque nunca se sabrá, lo que sí parece bastante claro es que Pilatos no creyó la excusa de la conspiración denunciada por Caifás, ya que no sólo no ordenó arrestar a ninguno de los discípulos de Jesús, sino que ordenó liberar a Barrabás, al que incluso se denomina "revolucionario" en algunos escritos. Probablemente debió darse cuenta de que con la eliminación de Jesús no sólo no perdía nada, sino que con ello complacía a Caifás y calmaba así a los judíos.

La historia de Pilatos no concluyó de forma precisamente heroica. Los samaritanos le acusaron de utilizar métodos violentos, así que fue destituido. Poco después, el emperador Calígula lo desterró a las Galias, donde algunos afirman que se suicidó. Otros piensan que se convirtió al Cristianismo o que incluso murió en Roma.

Poncio Pilatos

El procurador romano, dibujado por el Evangelio como un cobarde redomado, pudo ser víctima de una conspiración política local.

CORDON



De deicida a santo

Pilatos, un personaje xecrable para la mayoría de s cristianos –a la derecha, en un cuadro de tonio Ciseri–, es considerado n santo por la Iglesia copta. Según su versión, el procurador fue un legido de Dios que cumplió n papel crucial en el plan divino para la redención de la humanidad.

Hacia el año 45 a.C., el victorioso Cayo Julio César detentaba tanta autoridad como los antiguos reyes. Aquel magnífico estratega, cuya ascendencia se remontaba según la leyenda hasta la mismísima diosa Venus, era también el Padre de la patria, *dictator perpetuus*, jefe militar y *pontifex maximus* de una enorme República ensombrecida por la corrupción. Así las cosas, César representaba la esperanza para buena parte de la población. Por el contrario, a los ciudadanos fieles al Senado, aquella acumulación de poder en una sola persona parecía resucitar los viejos fantasmas de la monarquía, derribada hacía siglos. Por ello, un grupo de conjurados, entre los que se contaban antiguos seguidores de Pompeyo, senadores e incluso antiguos partidarios desilusionados, se aliaron para acabar con su vida.

Más le hubiera valido a César hacer caso a las advertencias de Calpurnia, su mujer, aquel 15 de marzo de 44 a.C. Parece que su esposa había tenido un sueño premonitorio bastante siniestro, pero ni siquiera sus ruegos consiguieron impedir que su marido acudiera al Senado. Incluso una vidente le había prevenido con anterioridad: "Cuídate de los idus de marzo".

A su llegada, los conspiradores, encabezados por el general Cayo Casio y por Marco Junio Bruto, acabaron con la vida de César de 27 puñaladas.

Quizá influenciado por las ideas del filósofo Catón de Utica, un incondicional de la República que había adoptado a Bruto en su infancia, o quizá inspirado por su pretendido –aunque falso– antepasado L. Junio Bruto, que derrocó la monarquía en 509 a.C., Marco Junio se convirtió en un adalid de las libertades republicanas que, de hecho, apoyó a Pompeyo en la guerra civil. Tras la victoria de César en Farsalia, en 48 a.C., Bruto, que fue perdonado y quedó bajo su protección, recibió el gobierno de la Galia Cisalpina y fue propuesto como pretor de Roma. Aun así, Bruto no dudó en sumarse a la conspiración que acabaría con la vida del dictador. Como resultado del complot, tuvo que refugiarse en Macedonia, donde reclutó un ejército para continuar luchando por la República.

Marco Junio logró un primer triunfo en la batalla de Filipos, pero su ejército fue derrotado por Marco Antonio y Octavio, quien más tarde se convertiría en el primer emperador. Tras el desastre, Bruto se suicidó y Octavio le cortó la cabeza para enviarla a Roma y colocarla a los pies de una estatua de Julio César. Es posible que los conspiradores necesitaran una figura como Bruto que, según Plutarco, era un personaje "virtuoso, magnánimo, amante de la justicia y de la libertad", para quien la muerte de César podía ser la única salvación de una República agonizante.

El asesinato de César

Bruto, el magnicida más famoso de la historia, fue también un firme defensor de la República que intentaba impedir su disolución.

COVER



Un final silencioso
La muerte de Julio César está adornada por un buen número de mitos. Uno de ellos se refiere a la autenticidad de la famosa frase "¿Tú también, hijo?", que éste supuestamente dedicó a Bruto antes de fallecer. Las fuentes clásicas más cercanas al hecho señalan que César murió en un digno silencio.

Incestuoso tirano, uxoricida reincidente, pirómano..., así recuerda la Historia a Nerón, el último emperador de la dinastía Julio-Claudia, el mismo hombre que ordenó asesinar a su madre y que hacía ejecutar a los espectadores que no aplaudían con entusiasmo en las representaciones. Por sus más que cuestionables hazañas, durante siglos ha sido considerado un déspota sin escrúpulos. Hoy, sin embargo, algunos investigadores cuestionan que fuera el causante del devastador incendio que asoló Roma en el año 64 y de cuya autoría culpó a los cristianos.

Uno de los expertos que sostiene la inocencia de Nerón, al menos en este asunto, es el historiador de la Universidad alemana de Constanza, Gerhard Baudy. Este especialista no sólo niega que el demente emperador quemara Roma, sino que afirma que su mala imagen se debe a un movimiento promovido por las clases altas de la época cuyas ambiciones a menudo se veían frustradas por el César. Fueron ellos, según Baudy, los que proporcionaron los datos falsos a los historiadores clásicos y señala como pruebas de ello el conocido interés de Nerón por proporcionar bienestar a la plebe, su afán por reconstruir la ciudad y la toma inmediata de medidas que evitaran un nuevo incendio.

Y es que sus coetáneos hacen a menudo a Nerón partícipe del incendio. El historiador romano Tácito, que vivió entre los años 55 y 120, sostiene que utilizó a los cristianos como cabezas de turco para exculparse, aunque en su relato no queda claro si el emperador fue realmente culpable. Para Suetonio y Casio Dio no había duda de que fue Nerón quien ordenó prender fuego a la ciudad, pues necesitaba espacio para desarrollar las fastuosas obras que acabaron llevando al Imperio al borde del colapso financiero. Suetonio, de hecho, indica que Nerón no sólo hizo que se produjera el incendio sino que, cuando la conflagración estaba en su clímax, subió a la Torre de Mecenas, "se puso su traje de trágico y entonó *La caída de Troya*, desde el principio hasta el fin".

Las últimas investigaciones apuntan a que, en realidad, el fuego debió producirse de manera fortuita. Los barrios superpoblados, la madera con la que estaban construidas la mayoría de las casas y el viento contribuyeron a extenderlo hasta tal punto que consumió por completo tres de los catorce barrios de la ciudad, varias grandes mansiones y edificios públicos, incluido el templo de Júpiter. Tácito describe en su obra la doble cara de Nerón que "para alivio del pueblo desplazado de su hogar, mandó abrir el Campo de Marte (...) así como sus propios jardines y mandó levantar construcciones provisionales para aquella multitud que quedó sin recursos".

El incendio de Roma

Algunos autores sostienen que Nerón no sólo no fue el autor del fuego que consumió la ciudad, sino que incluso intentó evitarlo.

ORONOZ



¿Inocente o pirómano? *Responsable o no del incendio de Roma, lo único cierto es que éste marcó el principio del fin del reinado de Nerón. Los enormes costes de la reconstrucción de la ciudad y la edificación de la "Domus Aurea" avivaron el descontento de la población, que en pocos años pasó de aclamarle a celebrar su muerte.*

Dice la leyenda que poco antes de la batalla del Puente Milvio (27-X-312), que convertiría a Constantino en el único soberano del Imperio, éste distinguió una cruz formada por dos rayos luminosos suspendida en el cielo y una señal en letras de oro que decía: *In hoc signo vinces* –con este signo vencerás–. Confortado con esta visión, Constantino hizo construir una cruz idéntica, lo que le aseguró el triunfo en la batalla.

Con ayuda divina o no, lo cierto es que durante el combate, librado en Saxa Rubra, cerca de Roma, el puente se derrumbó y pereció gran parte del ejército enemigo, entre ellos su líder, Majencio. Varias fuentes describen la milagrosa visión de Constatino, eso sí de forma bastante confusa. Mientras que del relato de Lactancio podemos deducir que la maravillosa visión fue en realidad un sueño, Eusebio, uno de los primeros historiadores de la Iglesia primitiva, reviste el fenómeno de un aura de maravilla. En su obra *De Vita Constantini*, escrita tras la muerte del emperador, señala que "mientras Constantino estaba rezando con fervientes súplicas, un maravilloso signo se le apareció en el cielo (...). Al atardecer, cuando el día empezaba a declinar, vio con sus propios ojos una especie de cruz de luz sobre el Sol (...). A la vista de la misma cayó asombrado, de igual forma que el ejército que lo seguía y que había sido testigo del milagro".

La autenticidad del suceso ha sido defendida durante siglos por la Iglesia, pero lo cierto es que lo más probable es que Constantino, si en realidad vio algo, debió observar algún fenómeno natural luminoso. En este sentido, un equipo de investigadores dirigido por el geólogo sueco Jens Ormo señala que muy posiblemente el emperador fue testigo de la caída de un meteorito. Según Ormo, la datación de un cráter de impacto descubierto en Italia central parece avalar esta hipótesis. El experto sueco afirma que el meteorito que lo originó, de varios metros de diámetro, habría chocado con la fuerza de una pequeña bomba nuclear. La colisión seguramente habría dejado tras de sí una nube en forma de hongo e incluso ondas de choque. Un evento como ése sería visible incluso desde donde Constatino afirmó haber tenido la visión. Sin embargo, el profesor de la Universidad de Toronto Timothy D. Barnes desmiente esa teoría. Según este investigador "lo único que Constantino y su ejército vieron fue un halo solar, una rueda luminosa que en ocasiones se aprecia alrededor del Sol, y aquello ocurrió en el año 310". Al margen de especulaciones más o menos científicas, los historiadores opinan que Constantino era en realidad un hábil estadista que conocía la creciente importancia del Cristianismo dentro del Imperio. ●

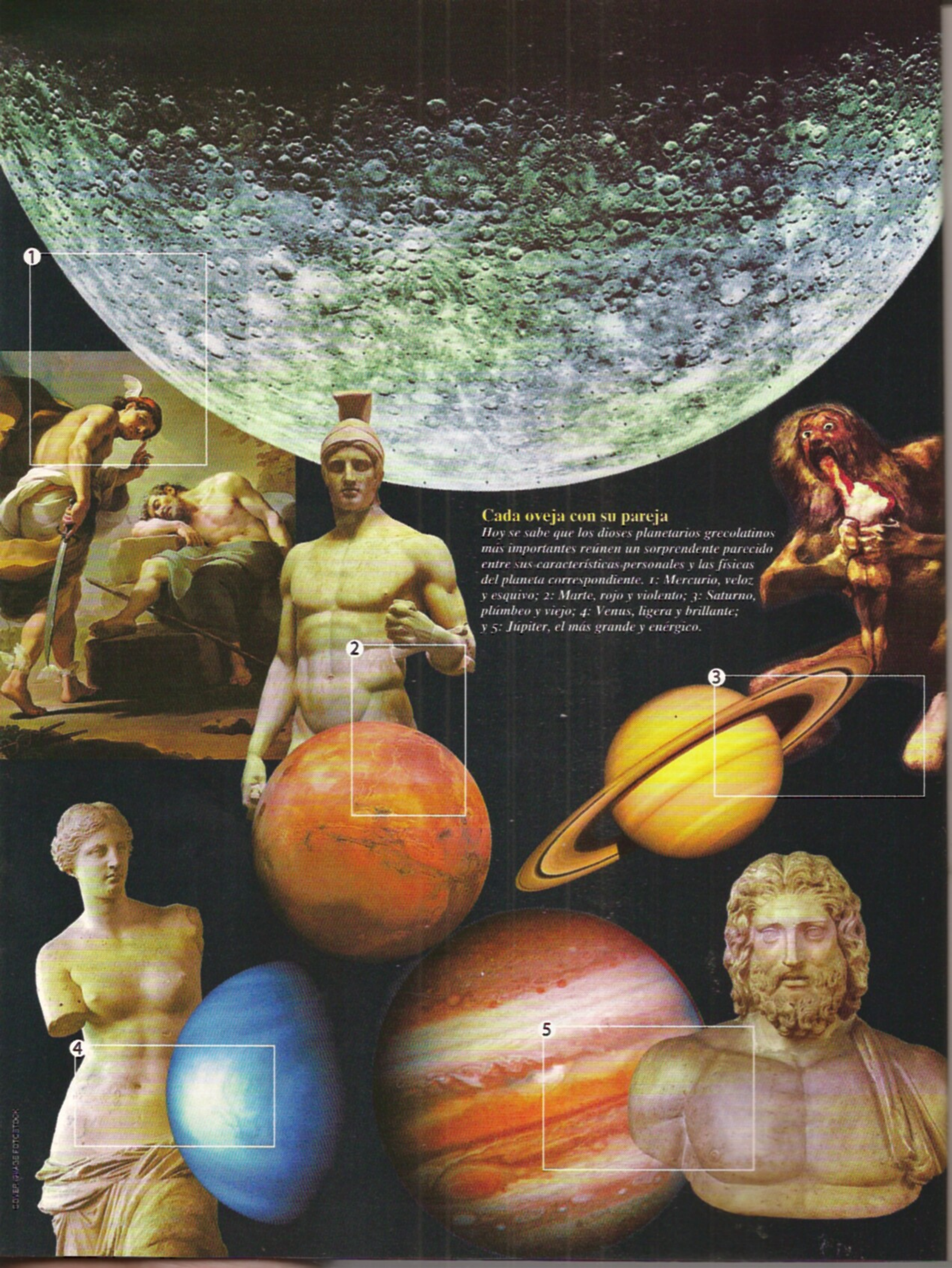
Constantino

Más que un verdadero converso, el emperador que abrazó el Cristianismo quiso aprovecharse del imparable auge de aquella fe.

CORBIS



Visión política
La conversión de Constantino –a la izquierda, restos de una de sus efigies–, convencido de la creciente importancia del Cristianismo, fue con seguridad más política que religiosa. Algunos expertos creen que la visión que le infundió la fe pudo ser un halo solar o incluso el impacto de un meteorito.



Cada oveja con su pareja

Hoy se sabe que los dioses planetarios grecolatinos más importantes reúnen un sorprendente parecido entre sus características personales y las físicas del planeta correspondiente. 1: Mercurio, veloz y esquivo; 2: Marte, rojo y violento; 3: Saturno, plúmbeo y viejo; 4: Venus, ligera y brillante; y 5: Júpiter, el más grande y enérgico.

La pandilla sagrada

La nómina divina de los romanos se nutría tanto de sus dioses "originales" (astrales, tutelares, silvestres, personificaciones...) como de otros "importados" desde los pueblos conquistados

Por **Alberto Porlan**

Que el firmamento sea la morada de los dioses es algo que siempre nos pareció de lo más natural a los humanos, ya fuéramos caldeos o vikingos, apaches, egipcios o papúes. Parece coherente con los seres divinos el derecho a reservarse para sí ese ámbito sagrado, inalcanzable para quienes podemos correr, trepar, nadar, bucear..., pero no volar. Por lo menos hasta hace cien años.

Una vez aceptado que los dioses estaban en el cielo, era lógico buscarlos allí. Así que la génesis de las religiones guarda una gran relación con la observación de las noches estrelladas. Noches, porque mientras el cielo diurno parece siempre el mismo (el Sol sale, recorre su camino y se pone por el lado opuesto), el nocturno resulta siempre diferente. Cuando se observa esa gran cúpula negra cuajada de lucecillas, uno termina por formularse preguntas para las que los primeros observadores carecían de respuesta. La luna varía, aunque dentro de un ciclo mensual fijo, lo que le quita algo de misterio, porque ya se sabe cuándo va a crecer y cuándo a menguar. El verdadero enigma es otro: mientras que la posición relativa de casi todas las estrellas es la misma noche tras noche, hay unas pocas luces en el cielo que siguen un camino impredecible. Cambian de rumbo, aceleran, se detienen, retroceden. En resumen, parecen tener voluntad propia. Los griegos, que aún no sabían que las estrellas fijas son parte de la galaxia mientras que las móviles lo son del sistema solar, llamaron a estas últimas "planetas", o sea, "errantes", y sobre ellas moldearon un panteón que se supone calcaron luego los romanos, toda vez que el griego Hermes se corresponde con el romano Mercurio, Afrodita con Venus, Ares con Marte, Zeus con Júpiter, Cronos con Saturno, etc.

Este calco no está, sin embargo, tan claro. Parece absurdo suponer que los primitivos romanos, o sea, los latinos, los habitantes del *Latium*, y sus antecesores etruscos no hubieran pensado en tener dioses antes de conocer los de los griegos. O que los tuvieran y los desterraran al descubrir el panteón heleno.

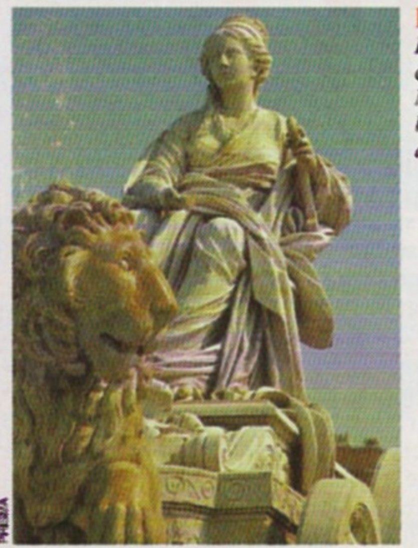
El mismo origen indoeuropeo para los panteones griego y romano

Además, si se heredaron los dioses ¿por qué no se heredaron también sus nombres? Hoy se empieza a sospechar, más bien, que ambos panteones y otros muchos en Europa tuvieron el mismo origen remoto indoeuropeo.

La nómina divina romana llegó a ser mucho más amplia y más diversificada que la griega, ya que a lo largo de los siglos se fue modificando y ampliando hasta límites delirantes. Algunas deidades salieron de su propia mitografía, como la loba capitolina y los hermanos fundadores Rómulo y Remo. Otros cultos que parecen originales de Roma eran los que se rendían a los dioses tutelares, divinidades prácticas que protegían de las calamidades y a las que se podían pedir favores. En ellos se manifiesta el humilde origen rural y campesino de la después opulenta civilización romana. Los dioses tutelares, vagamente divididos en Manes, Lares y Penates eran, podríamos decir, diosecillos de andar por casa, de jurisdicción privada y uso exclusivamente familiar. Con los Manes se rendía culto y memoria a los antepasados, mientras que los Lares, en un principio protectores de las cosechas contra el fuego, la sequía y el pedrisco, se encargaron más tarde de velar por la protección y la armonía en el seno mismo de cada familia. Y allí, en un rincón del hogar, tenían su pequeña capilla, en la que cada mañana se rezaba una oración y ante la que se colocaban como ofrendas las primicias de la cosecha. Se les veneraba encarnados en la figura de un muchacho revestido de túnica, con una copa en una mano y el cuerno de la abundancia en la otra. Más allá de los límites puramente domésticos, otra categoría de dioses tutelares, los Penates, se encargaban de proteger los límites de la heredad. Vigilantes también de los graneros, las aras de los Penates se situaban en los límites de la propiedad y servían así como sagrados e intocables mojones limítrofes reconocidos de una a otra generación.

Pero la pequeña Roma se convirtió en un imperio, y aunque a las legiones no les importaban las creencias de los pueblos que sometían con tal de que no les impidieran pagar tributo, algunos de los dioses de los vencidos se incorporaron inevitablemente al panteón romano, traídos por esclavos o por soldados licenciados después de años en las colonias. Llegaban de la Europa bárbara, como el galo Cernunnos y sus cuernos de ciervo; o Sucellus, que con su ▶





Batiburrillo divino

El panteón romano incluía seres sobrenaturales como las musas (arriba, el "Sarcófago de las Musas") y divinidades exóticas procedentes de los pueblos sometidos por el Imperio, como la diosa Cibeles (izquierda), traída de Asia Menor.

En la "Metamorfosis" de Ovidio, el precursor de todos los dioses era Demiurgo, misterioso ser que puso orden en el caos primigenio

maza nos recuerda al nórdico Thor; o la diosa Epona, protectora de los caballos. De Oriente vino a su vez un tropel de dioses y diosas, como Cibeles, llegada del Asia Menor, o el persa Mitra, cuyos ritos eran estrecha y asombrosamente parecidos a los que desarrollaron luego los cristianos. También aterrizaron en Roma los egipcios Osiris, Isis, Anubis, Apis y Serapis, que pasaron desde Alejandría a partir del siglo II. Así y todo, las religiones foráneas nunca llegaron a tener gran relevancia en la metrópolis hasta que apareció una que acabó con todas las demás: el Cristianismo. Pero eso es otra historia.

Los dioses verdaderamente romanos, los suyos de siempre, pueden agruparse en cinco categorías: los grandes dioses astrales (Júpiter, Marte, Venus, etc.), los dioses tutelares (Manes, Lares, Penates), los seres sobrenaturales (Musas, Gracias), los dioses silvestres (Flora, Pomona, Fauno, Sylvano), y las personificaciones (del emperador, por ejemplo, o de las virtudes como honor, clemencia, etc). Su liturgia y sus ritos variaban mucho en la forma y no menos lo hicieron con el paso del tiempo. El Estado romano, aunque cínicamente pragmático como era, encontraba en el culto oficial a los grandes dioses el espectáculo, la pompa y la identificación que tanto necesitaba para seguir subsistiendo. Esta utilización política de la religión culminó en los años más enloquecidos del Imperio, cuando los emperadores eran dioses vivos que a menudo cometían locuras tan divinas como la de divinizar a su propio caballo.

Hay una curiosa cuestión que afecta a los grandes dioses grecolatinos, los planetarios, que no se suele mencionar. Se trata del parecido sorprendente entre las características personales de las divinidades antiguas y las características físicas de los planetas correspondientes, que hoy conocemos y entonces se ignoraban. Por ejemplo: Júpiter es el mayor de los dioses, y eso mismo podríamos decir del planeta que lo representa. Recientemente se ha descubierto que emite más energía propia de la que recibe del Sol, lo que lo sitúa en un rango diferente de los restantes miembros del sistema. La bella Venus, tan ligera de cascos, también se ve en el cielo como el más hermoso y brillante de los planetas. Cuando se determinó su densidad específica pudo observarse que, además del más bello, era el más liviano de todos. El joven y rápido Mercurio, mensajero de los dioses con alas en los talones es, en realidad, un planeta esquivo y veloz que, dado lo corto de su órbita por la proximidad al Sol, sólo puede observarse poco antes de la salida o poco después de la puesta del astro. También el lento y pesado planeta que gira más allá de Júpiter se corresponde con el anciano padre del rey de los dioses, Saturno, asociado al plomo y las tinieblas. En cuanto a los tres últimos miembros del sistema, Urano, Neptuno y Plutón, fueron acertadamente bautizados con nombres que continuaban la pauta de los dioses romanos cuando fueron descubiertos en 1781, 1846 y 1915, respectivamente.

El ser humano era otro animal más... hasta que un dios le hizo erguirse

Sabemos bastante acerca de la religión de Roma y de los mitos en que estaba fundada. La magnífica obra de Ovidio *Metamorfosis*, escrita por los años en que nació Cristo, puede comprarse en cualquier librería (mejor si lo hacemos en la edición traducida por Antonio Ruiz de Elvira, y publicada por el C.S.I.C. en su colección *Alma Mater*) y nos da una idea de primera mano sobre las creencias romanas, que por otra parte eran muy bellas. En su génesis aparece la figura del demiurgo, una especie de dios anterior a los dioses a quien se debe la primera ordenación del mundo. Desde el caos primigenio, donde todo estaba mezclado, este misterioso ser organizó las cosas poniéndolas en su sitio: los vientos, las aguas, el aire, las bestias..., todo lo existente ocupó desde entonces un lugar en el universo. Luego apareció el hombre como un animal más, hasta que el demiurgo lo hizo erguirse y le levantó el rostro para que lo llevase alzado hacia las estrellas. Se sucedieron después tres edades en la vida de los hombres: la de oro, la de plata y la de bronce, a lo largo de las cuales fueron estropeándose las cosas en el mundo hasta culminar en la edad de hierro, la peor de todas. Para reconocer sin lugar a dudas que aún seguimos viviendo en aquella era siniestra, no hay más que leer en las *Metamorfosis* cuál fue la última y la más desastrosa de las calamidades que llegaron al mundo con la edad de hierro. Se trata de lo que Ovidio llama *amor sceleratus habendi*, o sea, "la criminal pasión de poseer". Algo terrible, que, sin embargo, podríamos escoger perfectamente como divisa de nuestros tiempos.

LA ANTIGÜEDAD LATINA VUELVE A ESTAR DE MODA

RomaManía



El gran espectáculo del *peplum*
El cine de romanos, agonizante a principios de los años 70, experimenta desde el 2000 un fuerte resurgimiento, gracias a filmes como "Gladiator", de Ridley Scott, con el oscarizado Russell Crowe (a la derecha) en su papel principal. Para este año ya se anuncian "Aníbal" y "Troya".

Inspiración para películas taquilleras, esencia de jornadas gastronómicas, fundamento de festivales de teatro, sugerencia para bautizar tiendas, guía para políticos..., el Imperio Romano no ha muerto. Un simple vistazo a lo que nos rodea demuestra que, siglos después de su caída, el mundo de los césares sigue fascinando a la humanidad. Incluso en la antigua Hispania

Por **Óscar López-Fonseca**



El pasado domingo 26 de octubre, el director de un diario español de tirada nacional titulaba su carta a los lectores con la siguiente frase de Marco Tulio Cicerón: "*Quosque tandem abutere patientia nostra?*". A continuación, parafraseaba largamente uno de los discursos del célebre senador romano para destacar el supuesto paralelismo de aquel momento histórico, el año 63 a.C. con la actual situación política española. Ese mismo día, el mismo periódico, insertaba en su portada un pequeño anuncio publicitario en el que un establecimiento comercial prometía "lentes progresivas" al "mejor precio" y utilizaba como emblema la silueta en azul de un animal con dos niños bajo su vientre. No eran necesarios más detalles para que se identificase a quién representaban. Era la loba capitolina con Rómulo y Remo, el símbolo por excelencia del inicio de la Roma imperial, convertida gracias a la publicidad en el de una óptica de Madrid.

¿Qué lleva a un famoso periodista a recurrir a un discurso de Cicerón en uno de sus artículos? ¿Y a un establecimiento comercial a destacar en sus anuncios a los legendarios gemelos? ¿Por qué resurge ahora el gusto por las películas de gladiadores? ¿A qué se debe que se mantenga el *boom* de las novelas plagadas de legiones? ¿Cuál es el secreto para que a lo largo de los siglos la simbología del poder de los césares haya atraído a políticos y reyes, emperadores y dictadores? ¿Por qué la representación de las comedias de autores latinos sigue llenando teatros? ¿Qué lleva a hoteles, casinos y bares a imitar la estética clásica para atraer clientes? ¿Y a los diseñadores de moda a inspirarse en las togas? ¿Y a una editorial a traducir al latín libros de Camilo José Cela? ¿Por qué triunfan los videojuegos inspirados en el Imperio?... Preguntas sin fin que encuentran respuesta en una palabra: "Romamanía". Una moda que no es nueva, ni mucho menos. Que se ►

remonta a los instantes inmediatamente posteriores a la caída del Imperio. Una moda que ha perdurado en el arte, la ciencia, el derecho, la arquitectura..., hasta nuestros días. Una moda a la que una antigua provincia romana llamada Hispania no es ajena.

Antón Alvar es el presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, una asociación que cuenta con más de 4.500 socios y 22 delegaciones territoriales en España y que tiene como objetivo fundamental "conservar y difundir el legado clásico en nuestra sociedad, y no sólo en el ámbito educativo". "El mundo clásico nunca ha dejado de estar de moda en los últimos veinte siglos –afirma–. Lo único que ha cambiado a lo largo de la Historia es que esa atracción se ha revestido de formas distintas, se ha comercializado de modo diverso". ¿Y ahora cuál es el punto de atracción? "Cada vez interesa más la vida cotidiana y menos el mundo épico de los gladiadores. Por ejemplo, se ha despertado un gran interés por la comida y las artes decorativas, por cómo vivían las mujeres... En pocas palabras, el día a día del Imperio", añade Alvar.

Una atracción lógica si se tiene en cuenta la gran herencia cultural que dejó en la Península y que va desde la lengua que hablamos al derecho que juzga nuestros actos, sin olvidar topónimos, costumbres, monumentos... Una atracción que ha llenado las fiestas patronales de una barriada madrileña de extras disfrazados de legionarios, senadores, gladiadores, cónsules y patricios.

Cada vez son más las personas que toman baños en termas *a la romana*

Que ha convertido el Festival de Teatro Clásico de la ciudad extremeña de Mérida en una cita ineludible y está encumbrando a su hermano pequeño, el de Segóbriga. Que ha sacado recientemente a los quioscos españoles una colección de soldados romanos de plomo y la enésima reedición en vídeo de la célebre serie televisiva británica *Yo, Claudio,* y a las jugueterías una nueva serie de *Airgamboys* romanos. Que lleva a cada vez más personas a relajarse en las aguas de termas *a la romana*. Que inspira a grandes diseñadores de moda como Dolce e Gabanna a llenar sus últimas colecciones de sandalias, atuen-

Napoleón admiraba tanto a

TELECINCO




ALBUM



CORDON

El tirón de Roma
Cine, televisión, libros, cómics..., el mundo de los audiovisuales y la literatura ha tratado con frecuencia el tema de la antigua Roma. Por ejemplo, la época de las grandes superproducciones de Hollywood, como "Ben Hur" (William Wyler, 1959) –izquierda–. Hoy resurgen los filmes con dicha temática, pero no sólo en el cine: la televisión prepara en la actualidad una coproducción europea sobre la historia romana (arriba, izquierda). Además, los famosos cómics del galo Asterix, creados por Uderzo y ambientados en las invasiones de las legiones imperiales dirigidas por César, se publican ahora también en latín.

dos inspirados en togas y camisetas serigrafiadas con la loba capitolina. Que congrega en la localidad riojana de Calahorra, una vez al año y a la llamada de la asociación local *Calagurris Iulia*, a los que quieren saborear la gastronomía imperial repleta de azafrán, pimienta, jengibre, eneldo, comino, laurel, miel y *garum* que recogió en su libro el ilustre cocinero romano Apicio.

Una atracción que permite a los aficionados a los videojuegos pasar horas forjando en sus ordenadores la Antigüedad con títulos como *César III*, *Praetorians* o *Imperium*. Que ha convertido el clásico juego de la oca en un sugerente *De Rómulo a Remo*. Que lleva a grandes arquitectos, como Ricardo Bofill, a utilizar con profusión elementos constructivos grecorromanos en sus nuevas construcciones, aunque los aclimaten a los gustos actuales. Que nos empuja a cualquiera de nosotros, tijera y pegamento en ristre, a montar en papel una maqueta del Coliseo o del acueducto de Segovia. Y que, incluso, se refleja en uno de los nuevos templos del ocio, *Terra Mítica*, que dedica uno de sus espacios a Roma, sin olvidar inspirar en cuadrigas y gladiadores varios de los *souvenirs* que ofrece a sus visitantes en las tiendas.

Los planes de estudio contemplan incluir la asignatura de Cultura Clásica

Una atracción que ha tenido incluso su reciente reflejo en los propios planes de estudios que diseña el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, y que contemplan que para el próximo curso, el 2004-2005, se convierta en obligatoria en tercero de ESO (Educación Secundaria Obligatoria) una asignatura que hasta ahora sólo era optativa: Cultura Clásica. Y que aquellos estudiantes que se decanten por la rama humanística deban estudiar obligatoriamente Latín en cuarto de ESO. En esta decisión ha tenido mucho que ver, precisamente, la Sociedad Española de Estudios Clásicos. "Conocer el legado grecorromano es imprescindible para entender el mundo actual", recalca Antón Alvar.

España tampoco ha sido ajena al *boom* de la literatura histórica que se ha vivido en los últimos diez años en el mundo, y en cuya temática Roma ocupa un lugar destacado. El éxito de las aventuras del detective romano Didio Falco son un ejemplo de él. Un éxito al que se han sumado autores españoles, como Gómez Rulfo, con su libro sobre Bruto, el asesino de César, o Juan Eslava Galán y sus biografías noveladas, sin olvidar al propio Terenci Moix, quien en su celebrada *No me digas que fue un sueño* recrea ese punto de encuentro entre Roma y Egipto que fue el romance entre Marco Antonio y Cleopatra. Un éxito que se ha traducido en la salida a los quioscos de un coleccionable de novela ▶

Julio César que, igual que él, adoptó la corona de laurel como símbolo de poder

El poder imita a los clásicos

"El ejercicio que del poder hicieron los romanos ha nutrido por igual el imaginario nacionalista que el imperialista, a republicanos que a absolutistas. La Revolución Francesa se inspiró en la República romana, y las monarquías absolutas encontraron su modelo en el principado romano", asegura Antón Alvar, presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Así, Carlomagno aseguraba haber fundado un nuevo imperio romano. Y Napoleón Bonaparte no dudaba en reconocer su admiración por Julio César cuando se autonombró, primero, cónsul y, más tarde, emperador. De hecho, el general francés adoptó, como su ídolo, la corona de laurel como símbolo de su poder.

Como ellos, otros políticos, estadistas y monarcas no han dudado también en tomar *prestados* imágenes, ideas..., "incluso en aquellas regiones nunca colonizadas por Roma, donde se han utilizado sus símbolos del poder cuando han querido adjudicar a sus Estados el marchamo de nación civilizada", añade Antón Alvar. Algunos, como el emperador Napoleón III, que se hizo construir una *casa romana* al estilo de Pompeya, no iban más allá de copiar su estética. Otros buscaban una justificación para su poder absoluto.

Uno de éstos fue Benito Mussolini, quien en 1936 empezó a utilizar con profusión los elementos de la Roma clásica en su beneficio político. El Duce enaltecía a los italianos con discursos en los que proponía el retorno de la gloria perdida del Imperio Romano, y no dudó en apoderarse de la historia de los césares y las legiones para adaptarla a sus propia simbología. De hecho, la propia palabra "fascismo" remite al símbolo del poder de los altos magistrados romanos: un *fasci* (haz) de ramas –para fustigar– con un hacha en medio –para decapitar–. Incluso el saludo fascista, con el brazo derecho en alto y con la mano extendida, era copia del de los romanos. Un saludo que no dudaron en utilizar también los fascistas españoles y el régimen del general Francisco Franco. El dictador, imitador en muchas cosas de Mussolini, también asumió la monumentalidad arquitectónica de la que hizo gala el Imperio Romano.



COVER

El brazo derecho levantado con la mano extendida: así era el saludo romano que adoptaron también los nazis, los fascistas y el régimen del dictador español Francisco Franco (arriba).

▶ grecorromana, máximo exponente de la popularización de un género que, según los expertos, recibió un impulso mediático muy importante cuando hace diez años, el entonces presidente del Gobierno, Felipe González, aseguró en una entrevista estar leyendo *Memorias de Adriano*.

Más reciente ha sido el resurgir en España del llamado *peplum*, el cine de aventuras ambientado principalmente en Roma. La oscarizada *Gladiator*, de Ridley Scott y protagonizada por Russell Crowe, sacó del letargo un cine que en España siempre había tenido buena acogida. Y no sólo las superproducciones de Hollywood como *Quo Vadis*, *Ben Hur*, *La caída del Imperio Romano* o *Espartaco*, sino también filmes más modestos como *Los últimos días de Pompeya*, de Mario Bonnard, en la que actuaba un magistral Fernando Rey. De hecho, entre el final de los años 50 y el comienzo de los 70, los estudios españoles fueron los más prolíficos en este género tras los italianos, sirviendo de escenario para una interminable lista de títulos, la mayoría de ellos faltos del más mínimo rigor histórico, muchos risibles, todos repletos de cartón piedra y la inmensa mayoría protagonizados por Hércules y Macistes recién salidos de gimnasios de barrio. Con estos mimbres, el cine *peplum* agonizó a comienzos de los 70. Su último reducto, antes de desaparecer, fueron las pantallas de los cines de verano de España.

Cuadrigas, togas y legionarios llenarán de nuevo las salas de cine

Ahora, sin embargo, tras el éxito de taquilla de *Gladiator*, los guionistas de Sunset Boulevard han comenzado a rescatar episodios de la Roma y Grecia clásicas. Cuadrigas, togas y legionarios volverán en breve a llenar las carteleras de los cines españoles y de medio mundo, y, como auguran los críticos, a ser un éxito de taquilla. Lo que no parece tan claro es que los productores españoles se lancen por ahora a financiar películas de un género costoso en efectos especiales. Prefieren esperar en las butacas del público a que se confirme el rumor de que Hollywood prepara una segunda parte de *Gladiator*, en la que las haza-

Varios autores españoles se


TERRA MÍTICA


CORDON PRESS


AGE FOTOSTOCK

Imitaciones poco rigurosas
Casinos y hoteles como el "Caesar's Palace" de Las Vegas (Nevada, EE UU) –izquierda, una vista del mismo, y, arriba, el actor Michael Douglas de visita en el hotel flanqueado por un par de "ambientadores"– imitan la estética clásica para atraer clientes. Pero no sólo ellos, también lo hacen en los actuales templos del ocio, como el parque temático de "Terra Mítica" (arriba, izquierda), que dedica uno de sus espacios a Roma y ofrece en su tienda "souvenirs" inspirados en cuadrigas y gladiadores.

ñas juveniles de Máximo serían el argumento, o el que asegura que ya se prepara la versión cinematográfica del último éxito de Valerio Manfredi, *La última legión*.

En una calle del centro de Madrid, en el aula de un vetusto edificio, se reúnen dos horas, de lunes a viernes, una veintena de personas para recibir las explicaciones de un profesor sobre "latín para archivos y bibliotecas". El curso, que es el segundo año que se celebra, ha vuelto a cubrir todas las plazas. Entre los asistentes uno encuentra estudiantes universitarios, profesionales de la documentación, pero también jubilados y personas ajenas al mundo académico de las lenguas clásicas, entre ellas un químico o un militar retirado. ¿Qué lleva a esta gente a acudir todos los días para recibir un curso de una lengua supuestamente muerta? "Simplemente, el afán por aprender latín", señala uno de los organizadores del curso, quien no duda en reconocer su sorpresa por el éxito de éstos.



han sumado al éxito de la literatura histórica de los últimos años

No muy lejos de allí, en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid (UCM), imparte clases de latín desde hace doce años Antonio López. Este profesor reconoce que el estudio de la vieja lengua de los césares no atrae a demasiados jóvenes al año en España, aunque sí asegura que su número permanece estable, sin altibajos considerables, a lo largo de los años. "En la UCM, no son más de cuarenta los nuevos alumnos que cada año se matriculan en la especialidad de Filología Clásica, y cerca de doscientos el número total de estudiantes en los cinco años de la carrera. Pero lo que destaca es el reducidísimo número de alumnos que abandona la licenciatura sin terminarla", recalca este profesor para destacar la fidelidad de los que caen, como él, en esta pasión.

En España, el latín también está recuperando una época de auge

De hecho, el latín, esa asignatura que a muchos se nos atragantó por culpa de las declinaciones cuando estudiábamos bachillerato y de la que se comentaba despectivamente que sólo servía para dar misa, vive en apariencia, si no una nueva edad de oro, sí un importante auge en nuestro país. Y aunque quedan lejos las célebres y elitistas cenas en latín que tenían como anfitrión al fallecido alcalde de la capital, Enrique Tierno Galván, es precisamente en Madrid, desde el pasado noviembre y hasta marzo, donde se celebra el curso anual de "latín vivo", en el que "se estimula a los participantes a que lean, escriban, entiendan y hablen en latín".

Además, en esta lengua se pueden encontrar en España prácticamente todos los episodios del célebre cómic francés Asterix, aunque su máximo protagonista no sea romano, sino un galo que resiste la invasión de las legiones imperiales siempre comandadas por el mismísimo César. Claro que no sólo de tebeos vive el amante del latín. Así, junto a la publicación de los textos de los clásicos latinos, también han empezado a traducirse a la vieja lengua obras maestras de la literatura contemporánea. Una de las últimas sería *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela. Sin olvidar a los más pequeños, a los que va dirigido el libro-cofre de *La Antigua Roma,* que resume 2.500 años de historia y aventuras en sus páginas, recortables y juegos. Y el calendario-agenda *Clásico Grecorromano* que desde hace varios años publica Ediciones Clásicas y que agota su edición año tras año. Y es que, ¡qué mejor manera de rendir culto a Roma, piensan los que lo compran, que saber que en el anodino 17 de marzo de nuestro calendario tuvo lugar la Batalla de Munda, la muerte del emperador Marco Aurelio y se celebraban las fiestas Liberales y el Agonal de Marte! Como dicen los clásicos: *animi impetum habemus*, o lo que es lo mismo, sufrimos de romamanía. Y de ello hace ya más de veinte siglos y no hay ninguna vacuna a la vista... por fortuna.

Nuestras raíces
La antigua provincia romana de Hispania no reniega de sus orígenes. Las fiestas del Pilar en el barrio madrileño de la Vaguada se llenaron el año pasado de legionarios y mercaderes romanos (izquierda, foto grande). Ediciones Clásicas es una editorial que publica un calendario-agenda Clásico Grecorromano (izquierda, foto pequeña) que se agota todos los años. También hay una nueva serie de "Airgamboys" militares romanos y los aficionados a los videojuegos dedican muchas horas a "Praetorians" (arriba).

Los amos del mundo

Intelectuales, déspotas, prudentes, artistas, ahorradores, reformadores, locos, sabios, guerreros, filósofos, viajeros, humanistas, gladiadores... Los emperadores romanos fueron tan de carne y hueso como sus súbditos, sólo que a lo largo de 500 años rigieron los destinos del orbe. Presentamos a los diez más destacados Por **Palma Lagunilla**

Augusto, el primero

27 a.C. -14

Astucia es la virtud que mejor define al mayor estadista de la historia romana. Este joven que primero se llamó Cayo Octavio –cuando era sólo el sobrino de César–; después, Cayo Julio César Octaviano –cuando supo que el dictador lo había adoptado y nombrado sucesor–; y, por fin, Augusto –nombre honorífico que aceptó del Senado–, venció donde su tío fracasó: consiguió que tanto el pueblo como el Senado se pusieran a sus pies.

Cuando en el año 44 a.C. le llegó la noticia de la muerte de César, Octaviano agrupó en torno suyo a los que habían permanecido fieles a su tío y obtuvo del Senado el mando militar. Junto a Marco Antonio y al general Lépido, formó un triunvirato que venció finalmente a los asesinos de César. El hijo adoptivo del dictador asesinado se cuidó de esconder su ambición de poder so pretexto de tomar venganza por su muerte. Pero poco después, Octaviano forzó a Lépido a que renunciara, combatió a Marco Antonio y le dio el golpe de gracia el año 31 a.C., en la batalla de Accio. Con apenas 30 años, ya era dueño de toda la herencia de Julio César.

Aprendió de la experiencia vivida por su tío y no buscó el título de rey ni el de dictador, que estaban peor vistos, conformándose con convertirse en *Princeps* (príncipe), *Primus inter pares* (el primero entre iguales), pero ostentando todo el poder. Supo integrar las estructuras republicanas en su administración, aunque se situó por encima de ellas, dominando así la vida política sobre la totalidad de los territorios imperiales. Augusto arrebató *de facto* sus poderes a la vieja aristocracia senatorial, pero sus miembros no rechistaron porque acabó con las guerras civiles sin poner en peligro ni a los ciudadanos ni a las instituciones.

El 16 de enero del año 27 llevó a cabo una de sus jugadas maestras, cuando devolvió sus poderes al Senado, proclamó la restauración de la República y anunció que se retiraba. No tenía más de 35 años y el único título que había aceptado era el de príncipe. Pero los senadores sabían perfectamente que sin sus tropas la frágil paz estaba amenazada. Así que su única respuesta posible fue renunciar, suplicarle que aceptara de nuevo todos sus poderes y conferirle el apelativo de "Augusto" (el magno o eminente).

Fiel a la astucia que le caracterizaba, siguió mostrándose discreto. Pero Augusto renunció a cualquier señal externa de poder totalitario: no había olvidado el destino de César por haber menospreciado a la aristocracia senatorial.

Su prudente política obtuvo sus frutos económicos y culturales. No hacía concesiones al lujo, era sobrio, puntual y un trabajador infatigable. Toda su vida tuvo una salud muy delicada, pero en la batalla resistía como el guerrero más fuerte y valeroso. Pronto renunció a la guerra y se conformó con reforzar los confines del Imperio, asegurando así la famosa *pax romana*.

Como durante toda su vida tuvo miedo de los atentados, creó el cuerpo de pretorianos, guardia personal del emperador que tantos disgustos daría a algunos de sus sucesores. Pero, atacado a lo largo de su dilatada existencia por todo tipo de dolencias, murió de muerte natural –lo que no lograron muchos de sus sucesores– con 77 años de edad y a los 43 años de reinado.

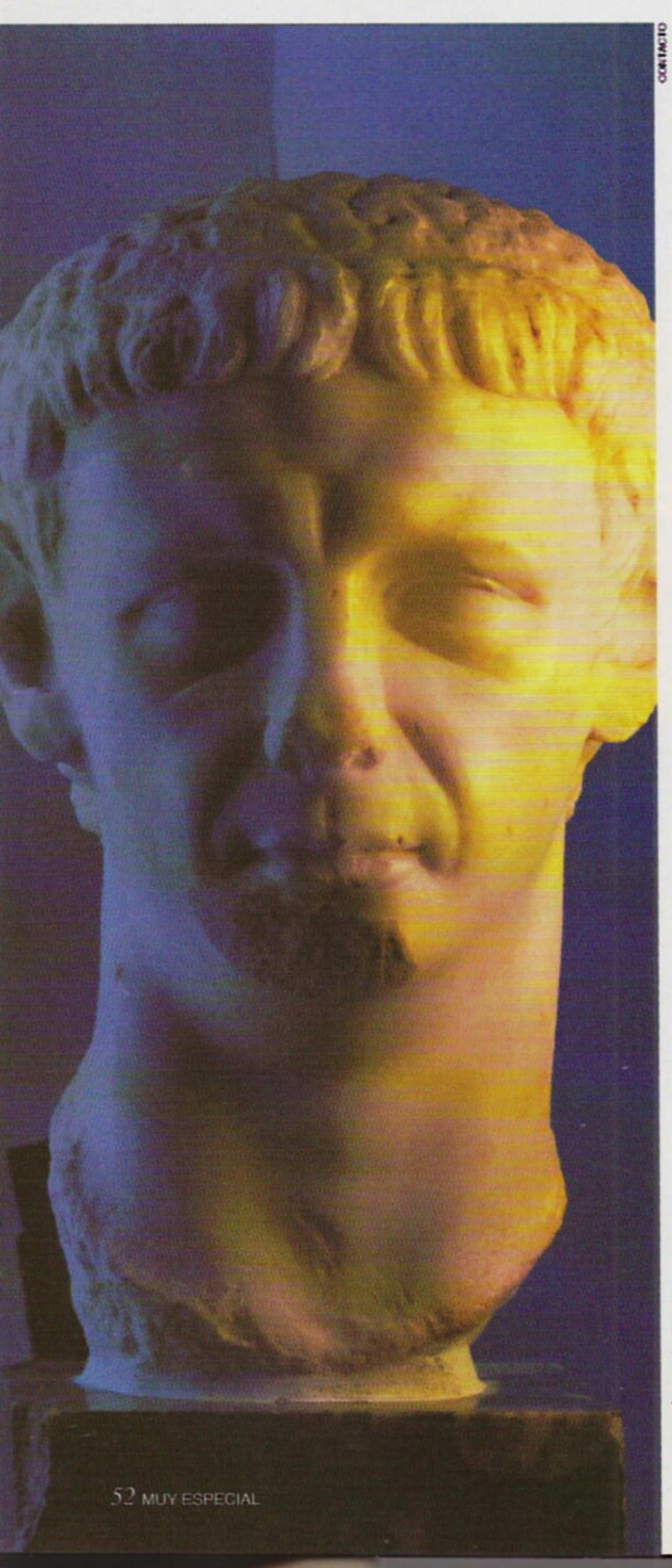
Primus inter pares

Augusto, el primer emperador romano, supo ostentar todo el poder, pero manteniendo las viejas estructuras republicanas. Durante su gobierno se alcanzó la famosa "Pax romana", glorificada en el Ara Pacis, un altar erigido por el Senado en el año 13 a.C., a su regreso de las Galias.



Claudio, el intelectual

41-54



CONTACTO

Cuando los pretorianos asesinaron a Calígula, encontraron a su tío Claudio temblando detrás de una cortina. No sólo no le mataron, sino que decidieron hacerle emperador. Y el Senado, además, lo confirmó.

Probablemente, la razón principal de perdonarle la vida y darle el mando fue que lo consideraban incapaz e inofensivo, una marioneta fácil de manejar. Quizá fue también éste el motivo por el que había conseguido sobrevivir al reinado de terror de su sobrino Calígula.

Y es que al pobre no le acompañaba el físico: cojeaba, secuela de una parálisis infantil, tartamudeaba y babeaba desde pequeño; además tenía fama de cretino. Su abuelastro, Augusto, y su sucesor, Tiberio, se avergonzaban de él y le mantuvieron alejado de la vida pública. A fuerza de hacerse el idiota, fue el único de la familia que se salvó. Siempre en un oportuno segundo plano, Claudio disponía de todo el tiempo para leer, investigar y escribir algunos libros sobre historia romana, etrusca y cartaginesa, además de su autobiografía. Dominaba el griego y poseía grandes conocimientos de geometría y medicina. Cuando el 24 de enero del año 41 asesinaron a Calígula, Claudio, con 50 años, era el único descendiente varón, adulto y vivo de la poderosa familia Julio-Claudia.

Para sorpresa de la mayoría, el ratón de biblioteca se reveló como un extraordinario estadista. Claudio reanudó con éxito la política de Augusto, se reconcilió con el Senado, indultando a muchos senadores que habían sido condenados por Calígula y les hizo participar en sus decisiones. Zanjó una larguísima disputa entre griegos y judíos en Alejandría, conquistó Britania y la actual Mauritania y aseguró la frontera del Danubio. Emprendió, también, obras de ingeniería como la desecación del lago Fucino. Allí organizó, como último espectáculo para los romanos, una batalla naval entre dos flotas de 20.000 condenados a muerte, que antes de morir sepultados por las aguas, gritaron el famoso: "¡Ave César! ¡Los que van a morir te saludan!"

Sin embargo, el intelectual Claudio no fue capaz de reconocer de dónde venía el auténtico peligro para su autoridad: de las mujeres, que fueron su perdición. Mesalina le fue reiteradamente infiel e hizo ostentación de ello, hasta el punto de humillarle con la celebración de un remedo de boda con su amante Silio. Al infeliz le mataron, pero también a la adúltera, que se había ocultado en casa de su madre. Al año siguiente, Claudio se casó por quinta vez, en esta ocasión con su sobrina Agripina, y adoptó al hijo de ésta, Lucio Domitio Ahenobarbo, sellando así su destino. Y es que Agripina sólo tenía un objetivo: que su hijo ocupara el trono.

Claudio murió la noche del 13 de octubre del año 54, tras ingerir un plato de setas. Agripina alcanzó su única meta en la vida pocas horas más tarde, cuando su hijo se convirtió en el emperador que la posteridad conocería como Nerón.

Un ratón de biblioteca
Su vida inverosímil fue narrada magistralmente por Robert Graves en la novela "Yo, Claudio". Interpretado por Sir Derek Jacobi, se convirtió más tarde en un clásico de la televisión.

Nerón, el loco

54-68

Según los anales de la historia romana, hubo dos emperadores –aunque en alguno más también se intuye– que pueden catalogarse como dementes clínicos. Tras el precedente de Calígula, Nerón se convirtió en el emperador más loco e incapaz.

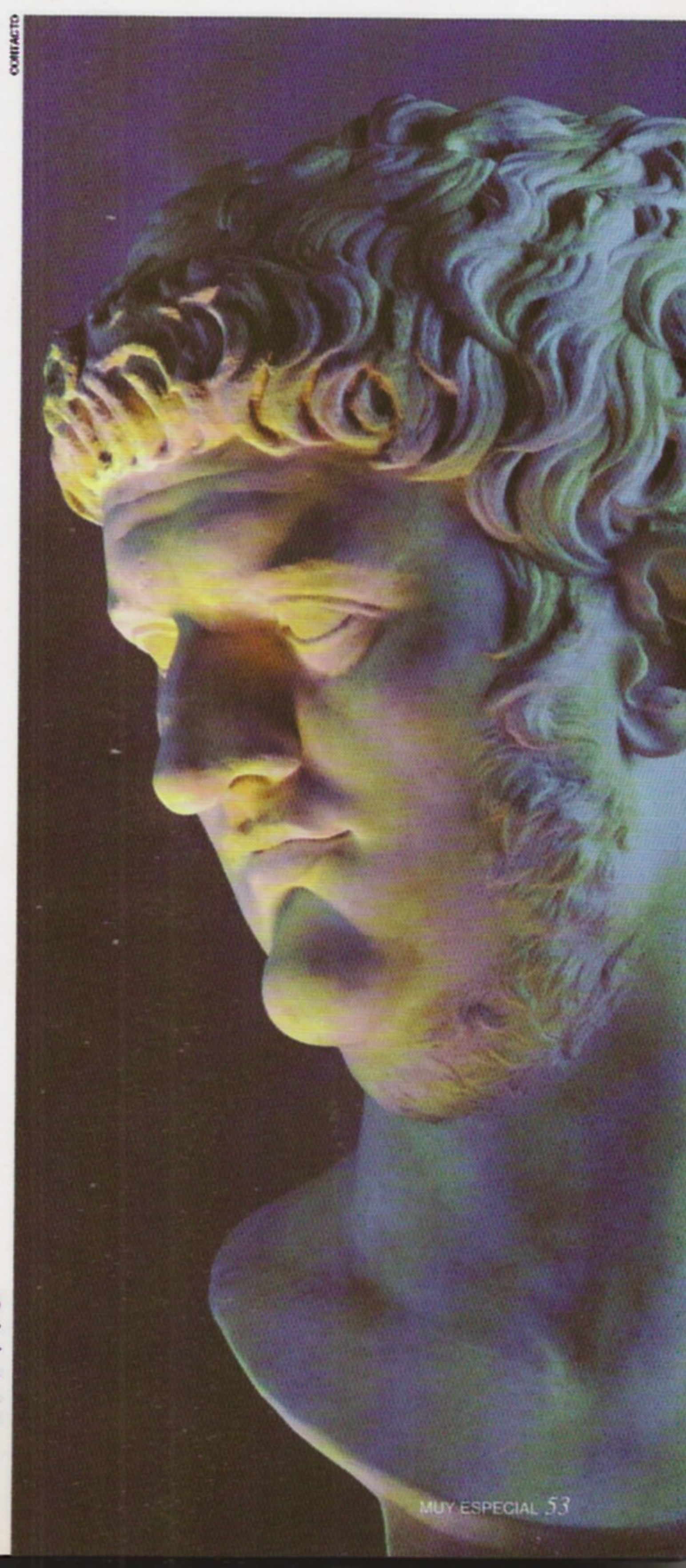
Pero al principio no daba esa impresión. Cuando Claudio murió de una forma tan sospechosa, su viuda, Agripina, sobornó a los pretorianos para que su hijo Nerón, y no Británico –el heredero natural de Claudio–, ocupara el trono. El Senado se sorprendió, pero aceptó los hechos consumados. Durante los primeros cinco años de gobierno, Nerón se mostró ecuánime y razonable, pero el mérito era sobre todo de su preceptor, Séneca. Agripina y el filósofo cordobés se ocupaban de los asuntos de Estado, mientras el joven Nerón se entretenía con el canto, la poesía y el tañido de la lira.

Hasta que llegó un momento en el que el emperador decidió actuar por su cuenta. Y no fue ajeno a ello su matrimonio con la hermosa e intrigante Popea, que insistía una y otra vez en que por fin tomara sus propias decisiones como gobernante.

Nerón inició entonces un periodo de demencia desenfrenada. Asesinó a su hermanastro Británico, a su madre y a Octavia, su anterior mujer. Pero Popea tampoco se libró y no tardó en morir, según las malas lenguas como consecuencia de una patada que le propinó su marido en el vientre estando embarazada. Cuando Roma se quemó en el año 64, el propio Nerón resultó sospechoso por su afán en reconstruirla rápidamente, pero tuvo la astucia de echar la culpa de la catástrofe a los cristianos, los chivos expiatorios que tenía más a mano. No tuvo ningún empacho en ordenar que los cosieran dentro de pieles de animales, para que los destrozaran los perros, o en usarlos como antorchas humanas para iluminar sus imperiales jardines. Así pudo dedicarse a la construcción de su Domus Áurea, un gigantesco palacio situado en el centro de Roma. Rodeado de obras de arte, oro y piedras preciosas, mientras del techo llovían flores y goteaba aceite perfumado, Nerón proclamaba: "Por fin comienzo a vivir como una persona."

Su adicción al lujo y a construir desaforadamente precipitaron al Imperio en una fuerte crisis económica. Se exprimieron las provincias, los tesoros de los templos fueron expoliados, se produjeron levantamientos en Britania y Judea: el déspota se había convertido en un peligro. En el año 68, Julio Vindice, gobernador de la Galia, se levantó en armas contra él. Galba, su camarada en Hispania, también marchó hacia Roma e incluso los pretorianos se volvieron contra el emperador. El Senado no tuvo más remedio que declararle *hostis*, enemigo del Estado. Había llegado el fin de Nerón.

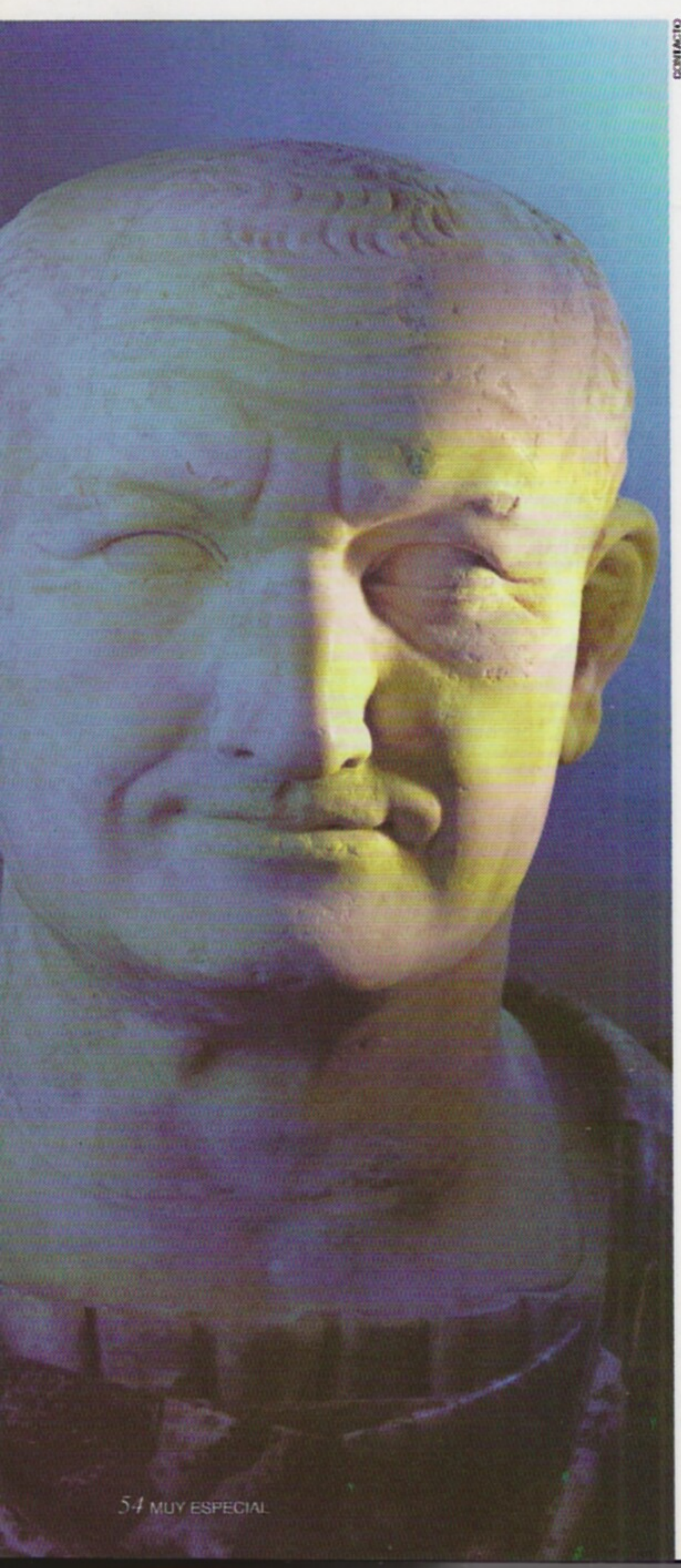
"¡Ah, qué artista muere conmigo!", sollozó todavía. Y después se clavó –con la ayuda de su secretario Epafrodito– una daga en la garganta.



Artista incomprendido
Sólo una locura repentina puede explicar que Nerón, tras un primer lustro en el poder en el que se mostró justo y sensato, se convirtiera en un déspota desalmado y ridículo.

Vespasiano, el ahorrador

69-79


CONTACTO

Tito Flavio Vespasiano no era rico ni noble. Procedía de la pequeña burguesía. Quizá esta circunstancia explique el valor que le daba al dinero. En su tiempo le llamaron mezquino, pero la verdad es que sus dos virtudes principales fueron la disciplina –como buen militar– y la capacidad de ahorro. Y esta última le venía muy bien a Roma, pues por aquel entonces la urbe se asfixiaba, ahogada por un ingente montón de deudas.

En los caóticos primeros meses del año 69, Vespasiano, ocupado en reprimir una revolución en Judea, contemplaba con atención los sucesos romanos desde la distancia. Gracias al apoyo del prefecto de Egipto y del gobernador de Siria, hartos ambos también de los sucesos que tenían lugar en la capital, ese mismo año se dirigió con sus tropas a Roma. Poco después de que el emperador Vitelio cayera asesinado, el Senado otorgó el poder a Vespasiano. De esta manera, este sexagenario provinciano –había nacido en la Sabina–, fundador de la dinastía Flavia, se convirtió en uno de los mejores emperadores de Roma.

Sin tiempo que perder, se puso inmediatamente a la tarea. Lo primero que hizo fue limitar ciertos flagrantes privilegios fiscales de la aristocracia y no sólo porque por su origen despreciaba a los nobles romanos, sino porque representaban un agujero sin fondo para las arcas del Estado. Reorganizó el ejército, dejándolo en manos de militares de carrera, y las finanzas, poniendo los cargos públicos a la venta. También se mostró muy imaginativo a la hora de hallar nuevas fuentes de financiación. Se le ocurrió, por ejemplo, inventar las letrinas públicas y crear tanto un impuesto por utilizarlas –"el dinero no huele", decía el emperador–, como una multa por no hacerlo. Su capacidad de ahorro obtuvo recompensa: las finanzas estatales se recuperaron tanto, que alcanzaron incluso para erigir grandes monumentos como, por ejemplo, el Coliseo de Roma.

Pero el ahorro y la imaginación eran sólo dos de sus talentos. Su frenética actividad y capacidad de trabajo eran proverbiales. Mientras se vestía por la mañana, ya estaba recibiendo a los primeros peticionarios y antes le había dado tiempo ya a despachar su correspondencia. Con celo, prudencia y rigor logró sanear un imperio que Nerón, con su derroche, y, posteriormente, las sangrientas guerras de sucesión de los efímeros caudillos que le siguieron –Galba, Otón y Vitelio– casi habían arruinado.

Implacable perseguidor de los hebreos, destruyó Jerusalén, contribuyendo así a la dispersión de los cristianos, su verdadera primera diáspora. Con él se oficializó también la sucesión dinástica, pues le siguieron sus hijos Tito y Domiciano.

Una disentería acabó con su vida en el año 79 y, al sentirse muy enfermo, dijo, haciendo gala de un humor muy negro: "*Vae! Puto deus fio*" ("¡Ay, me parece que me estoy volviendo un dios!"). Y es que en Roma era costumbre divinizar a los emperadores a su muerte.

El pequeño burgués
Aunque accedió muy tarde al poder (a los 60 años), Vespasiano tuvo tiempo de ser un buen emperador, ahorrador y disciplinado, que saneó las finanzas estatales romanas.

Trajano, el conquistador

98-117

Marco Ulpio Trajano nunca olvidó que debía su nombramiento a la aquiescencia del Senado. Nerva, su antecesor, sin descendencia directa, buscó un sucesor que fuera grato a la aristocracia senatorial. Eligió a Trajano por ser uno de los generales más prestigiosos, legado de la Germania superior, donde tuvo que ir a buscarlo para adoptarlo en el año 98. De hecho, Trajano se permitió permanecer aún otros dos años arreglando sus asuntos por aquellas tierras, antes de ocupar el trono imperial en Roma.

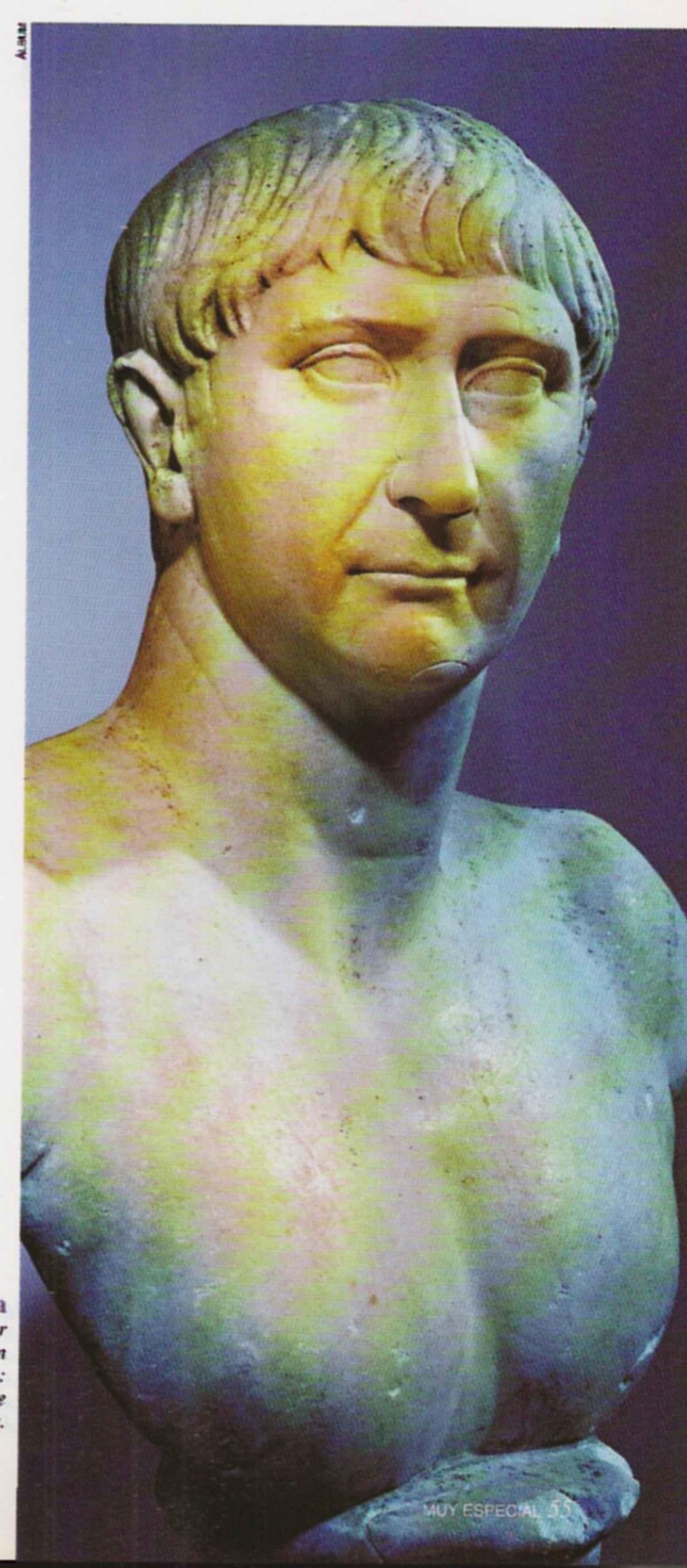
Trajano había nacido en Itálica, provincia de la Bética, y desarrolló su carrera como tribuno militar, cuestor, pretor, legado de la legión en Hispania y cónsul. Fue elegido emperador a los 44 años con las mejores perspectivas: era muy popular entre los soldados, los senadores, los ciudadanos romanos y los habitantes de las provincias (uno de los suyos ocupaba el trono por primera vez).

Con él, Roma conoció un periodo de prosperidad sin precedentes. Sus dotes como administrador eran excepcionales y mostraba gran interés por la justicia, hasta el punto de que, cuando estaba en Roma, le gustaba asistir a los tribunales y ejercer de juez. Persiguió la corrupción administrativa, castigando con duras penas a los servidores del Estado que metían mano en las arcas públicas. Abolió numerosos impuestos y distribuyó dinero y alimentos gratuitos. Tras su segunda campaña en Dacia (la actual Rumania), organizó unos juegos que duraron 123 días y en los que participaron 10.000 gladiadores.

Además, Trajano fue un emperador fundamental en la historia del urbanismo, de la ingeniería y de la arquitectura. Cuidó la red viaria, tanto en provincias (en Hispania construyó la Vía de la Plata entre Astorga y Mérida), como en la península italiana (la calzada Trajana). Erigió, también en Hispania, el acueducto de Segovia y el Puente de Alcántara, y en la Dacia, el famoso puente sobre el Danubio. Éste último, diseñado por su arquitecto, Apolodoro de Damasco, autor también en Roma del Foro de Trajano, la basílica Ulpia y las dos bibliotecas. Construyó además un odeón, un teatro, varios templos, otro acueducto, unas termas y un mercado, y hasta un estanque para celebrar naumaquias. No obstante, quizá su obra más conocida sea la columna Trajana, donde se representaba la victoria sobre los dacios en una espiral continua de 2.000 figuras en relieve. Para levantar sus 30 metros se trajeron de Paros 18 cubos de un mármol especial que pesaban 50 toneladas cada uno.

Como militar, conquistó Dacia, ocupó y convirtió en provincia el reino de los nabateos y extendió los confines del Imperio hasta el Océano Índico.

En los últimos 126 años (del 30 a.C. hasta el 96), de diez emperadores, siete habían muerto asesinados. Este príncipe humanista, que inauguró el periodo de los "emperadores buenos" (los Antoninos), se merecía una muerte natural y la tuvo.

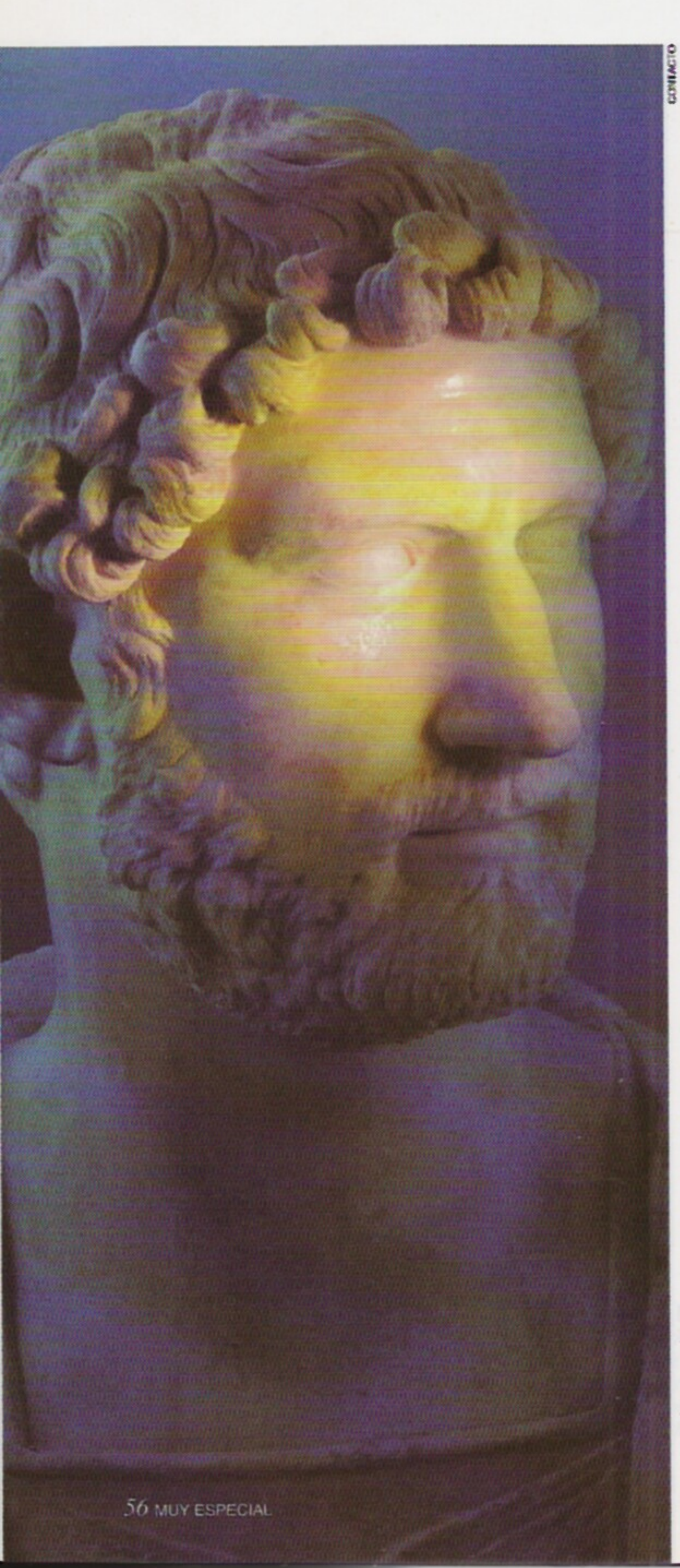


ALBUM

Príncipe humanista
Trajano fue el primer emperador "de provincias" (la Bética, en Hispania). Una elección afortunada: con él, Roma conoció un periodo de prosperidad sin precedentes.

Adriano, el viajero

117-138



Tras 900 años de continua expansión, el Imperio Romano se extendía desde Britania hasta el Golfo Pérsico. A la muerte de Trajano, en el año 117, subió al trono su hijo adoptivo y sucesor, Adriano, que abandonó la línea ofensiva seguida por su predecesor. Para decepción de los senadores más expansionistas, el nuevo emperador, de 41 años, se declaró firme partidario de la paz y la concordia y retiró sus ejércitos de Persia y de Armenia, abandonando los territorios situados más allá del Éufrates, porque no había ni dinero ni legionarios suficientes para mantenerlos.

El objetivo de Adriano fue consolidar lo ya conquistado. Más de la mitad del tiempo que duró su mandato lo pasó este gobernante de origen hispano de viaje. En toda la historia de Roma, ningún otro gobernante contempló en vivo y en directo más superficie de su Imperio; nadie controló la moral de las tropas ni observó la situación en las provincias más de cerca que él.

Adriano aseguró las fronteras de la Britania romana y las protegió de los pueblos del Norte construyendo una línea fortificada de 118 kilómetros de longitud que corría a través del límite entre Escocia e Inglaterra e iba de mar a mar, de la bahía de Solway a la desembocadura del Tyne (el llamado "muro de Adriano"), y en Germania reforzó el *limes* renano-danubiano, eliminando la presión bárbara en el Danubio. Y allá donde viajó fundó ciudades y construyó acueductos, calzadas, templos y teatros.

Adriano murió el 10 de julio del año 138. Además de gobernante, fue también poeta, pintor y cantante, como Nerón, pero ahí se terminaba todo el parecido. Atrás dejó un Estado muy bien organizado, un sucesor muy bien preparado (Antonino Pío) y grandiosas obras arquitectónicas, como su mausoleo en Roma, su gigantesca Villa Tívoli y el Panteón. Pero a pesar de todos estos méritos, en un primer momento el Senado le negó la divinización que destinaban habitualmente a los *buenos* emperadores; probablemente porque no habían olvidado su manera de acceder al trono (por otra parte, forzada por la viuda de Trajano que, al parecer, era su amante), así como los asesinatos políticos sucedidos poco después de su subida al trono. Varios comandantes del ejército fueron eliminados y, aunque Adriano se declaró inocente, nunca le creyeron del todo.

Para la mayoría de historiadores, Adriano fue el emperador más moderno, un "benefactor de la humanidad". Pero también hay quien lo cataloga de sangriento tirano. Y como si él hubiese adivinado las luces y sombras de la imagen que legaría al mundo, Adriano compuso poco antes de morir esta pequeña joya en forma de poema:

Animula vagula blandula
Hospes comesque corporis
Quae nunc abibis in loca
Pallidula, rigida, nudula
Nec ut soles dabis iocos

(Alma, vagabunda y cariñosa, huésped y compañera del cuerpo, ¿dónde vivirás? En lugares lívidos, severos y desnudos y jamás volverás a animarme como antes).

Adelantado a su tiempo
Adriano fue, quizás, uno de los personajes históricos más complejos, cultos y atractivos de todos los tiempos, además del más moderno entre los del mundo antiguo.

Marco Aurelio, el filósofo

161-180

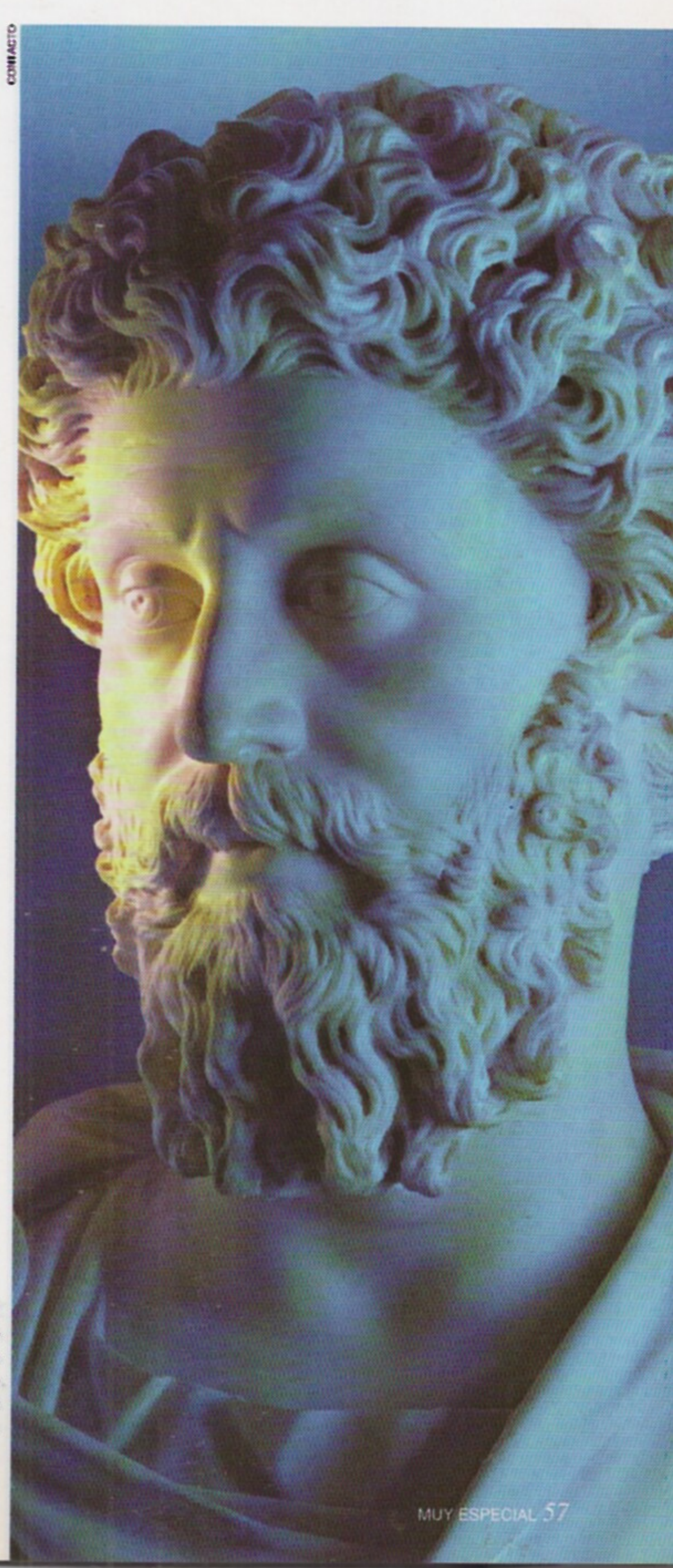
Aquel niño nacido en Roma el 26 de abril del año 121 lo tenía claro desde su más tierna infancia: de mayor quería ser filósofo. Y lo consiguió. Se convirtió en filósofo, pero tuvo que compaginar esa actividad con otra no menos trascendente: gobernar un imperio.

Ya desde pequeño apuntaba maneras. A los 12 años de edad, Marco Aurelio aborrecía el lujo, había renunciado a su cama y dormía sobre el suelo, e intentaba que su vida transcurriera en sintonía con la naturaleza. Era seguidor del estoicismo y siempre procuró dar ejemplo llevando una vida ascética.

Adriano tomó buena nota de la extraordinaria personalidad de Marco Aurelio e influyó en su heredero, Antonino Pío, para que adoptara a este chico que contaba a la sazón 16 años de edad. Fiel a los deseos de su mentor, Pío convirtió al joven intelectual en césar, impulsó sus estudios, le hizo partícipe de las cuestiones de gobierno y le casó con su hija Faustina. Tras la muerte del que fue llamado "César de la Paz" y, a la vez, padre adoptivo suyo, Marco Aurelio asumió el poder junto con Lucio Vero, su hermano adoptivo. Así, por primera vez hubo dos emperadores en Roma. En el año 169, Lucio murió a consecuencia de un ataque de apoplejía.

Nadie esperaba que un emperador intelectual y ya de mediana edad se pusiera al frente del Ejército para defender los límites del Imperio, pero Marco Aurelio se pasó los siguientes ocho años en primera línea de batalla. El pacífico filósofo que rechazaba los combates de exhibición y prohibía la crueldad innecesaria en las luchas de gladiadores, se vio obligado a pasar todo su reinado defendiendo en combate la totalidad de las fronteras más importantes del territorio romano –contra los partos, los yácigos (sármatas), los britanos, los marcomanos y los cuados (pueblos germanos), contra los sirios, los armenios y los egipcios. Sólo se mostró indefenso contra la "muerte negra". En el año 166, las legiones victoriosas que regresaban de luchar contra los partos trajeron en su propia impedimenta la temible plaga de la peste. En torno a un 10% de la población del Imperio no sobrevivió a la epidemia. Sólo en Roma, la peste mató a más de 200.000 personas. El célebre médico contemporáneo Galeno luchó infructuosamente para combatirla, pero toda la península italiana se contaminó. El emperador se desvivió, visitando continuamente a los enfermos que se hacinaban en los hospitales.

El 17 de marzo del año 180, Marco Aurelio, cerca ya de la muerte, presentó a Cómodo, su hijo de 18 años, como sucesor suyo. Su cariño paterno hizo que se rompiera la larga tradición de la adopción, que tantos buenos frutos diera en la Roma clásica. Ese procedimiento facilitaba que ocupara el trono el candidato más capaz. "Piensa siempre en convertirte en una buena persona", decía Marco Aurelio en la obra filosófica que nos legó: "Pensamientos", el más grande código ético del mundo clásico. Pero Cómodo tenía otras prioridades...



CONTACTO

Enfermero imperial
Marco Aurelio fue capaz tanto de conducir a sus tropas de victoria en victoria en el campo de batalla, como de visitar a diario los hospitales para llevar consuelo a los apestados.

Cómodo, el gladiador

180-192



"Sol naciente", lo había llamado Marco Aurelio cuando lo presentó ante las legiones, pero se trataba claramente de una ceguera propia de su amor de padre.

Lo primero que hizo Cómodo cuando asumió el poder fue acabar precipitadamente con la guerra que libraba su padre contra marcomanos y cuados, y, dejando las fronteras seguras, regresar lo más rápidamente posible a Roma, donde se dedicó con ejemplar interés a los combates de gladiadores, las carreras de carros y las juergas. No era un cobarde, pero las únicas guerras que le interesaban eran las que se libraban en el circo.

Tenía que ser precisamente el hijo y sucesor del ejemplar Marco Aurelio quien escandalizara a Roma con su despotismo, la sumiera en un baño de sangre y traicionara las viejas tradiciones. En su delirio homicida, Cómodo llegó incluso a realizar sacrificios humanos en honor al dios Mitra. Mientras, se dedicaba a bajar a la arena del circo para presentarse ante la plebe vestido como el semidiós griego Hércules.

Jugador, bebedor y propietario de un harén de cientos de muchachas y de jovencitos, Cómodo sólo tuvo un afecto reconocido: su concubina, la cristiana Marcia (o, al menos, simpatizante del Cristianismo).

La falta de interés por los asuntos de Estado del emperador hizo que fueran otros los que, en su nombre, ejercieran el poder. Los prefectos del pretorio aprovecharon esta circunstancia y montaron un gobierno en la sombra que se basaba en la compra de cargos y en el ejercicio de una política caciquil, lo que no resultó a la postre una actividad muy segura, porque Cómodo no tuvo ningún reparo en quitarlos de enmedio cuando se volvieron demasiado poderosos.

La verdad es que la administración imperial no se resintió demasiado de las locuras de Cómodo. Los impuestos siguieron en un nivel de moderación y se organizó una flota para importar trigo de África. De hecho, se dice que el propio emperador supo encontrar tiempo entre sus placeres para preocuparse por el pueblo más sencillo y que se esforzaba por atender hasta las peticiones del ciudadano más humilde de provincias. Fue, además, el primero que liberó al Senado de la práctica totalidad de los asuntos de gobierno.

Pero la razón, en este caso, tenía que ver con el temor a las conjuras de los senadores. Y es que le dominaba el pánico por morir asesinado. Apenas dos años después de subir al trono, su hermana Lucila, hija también de Marco Aurelio, urdió una conspiración para eliminarle. Le costó la vida, pero el emperador quedó ya tocado por una desconfianza rayana en la paranoia, que le hizo dar comienzo a un periodo de terror en el que abundaron las masacres de familias enteras por cualquier sospecha. Cleandro, su nuevo prefecto del pretorio cumplió el papel de ejecutor con tal celo, que la población pidió su cabeza y Cómodo se la dio, sustituyéndole por Leto. Ya no creía en nadie y, sintiéndose siempre amenazado, quiso también quitar de enmedio a los más allegados. Así que, por cuestión de supervivencia, su concubina Marcia, su camarero Eclecto y Leto, jefe de los pretorianos, encargaron a un atleta cercano al emperador, que entonces tenía 31 años, que lo estrangulara en el baño el último día del año 192. Así comenzó el periodo más anárquico de Roma.

Salvaje semidiós
Interpretado por Joaquin Phoenix en el film "Gladiator" (2000), Cómodo pretendía encarnar a Hércules Romanus, dios de la fuerza física, reviviendo sus hazañas en el circo.

Diocleciano, el reformador

284-305

Tiempos difíciles los de la Roma de Diocleciano. A este joven nacido en Dalmacia le tocó vivir una época de confusión. En cualquier momento, tanto el hijo de un campesino como el de un legionario podían convertirse en emperadores. Diocleciano hizo carrera en el ejército, donde adquirió mucho poder. En noviembre de 284, cuando murió el emperador Numeriano en circunstancias misteriosas, los oficiales nombraron sucesor a Diocleciano, de 41 años, por ser el más capaz entre todos ellos. Aún así, tuvo que combatir durante seis meses por el puesto frente a otros rivales. Además, en ese momento, el Imperio se tambaleaba: alamanes, francos y persas amenazaban las fronteras.

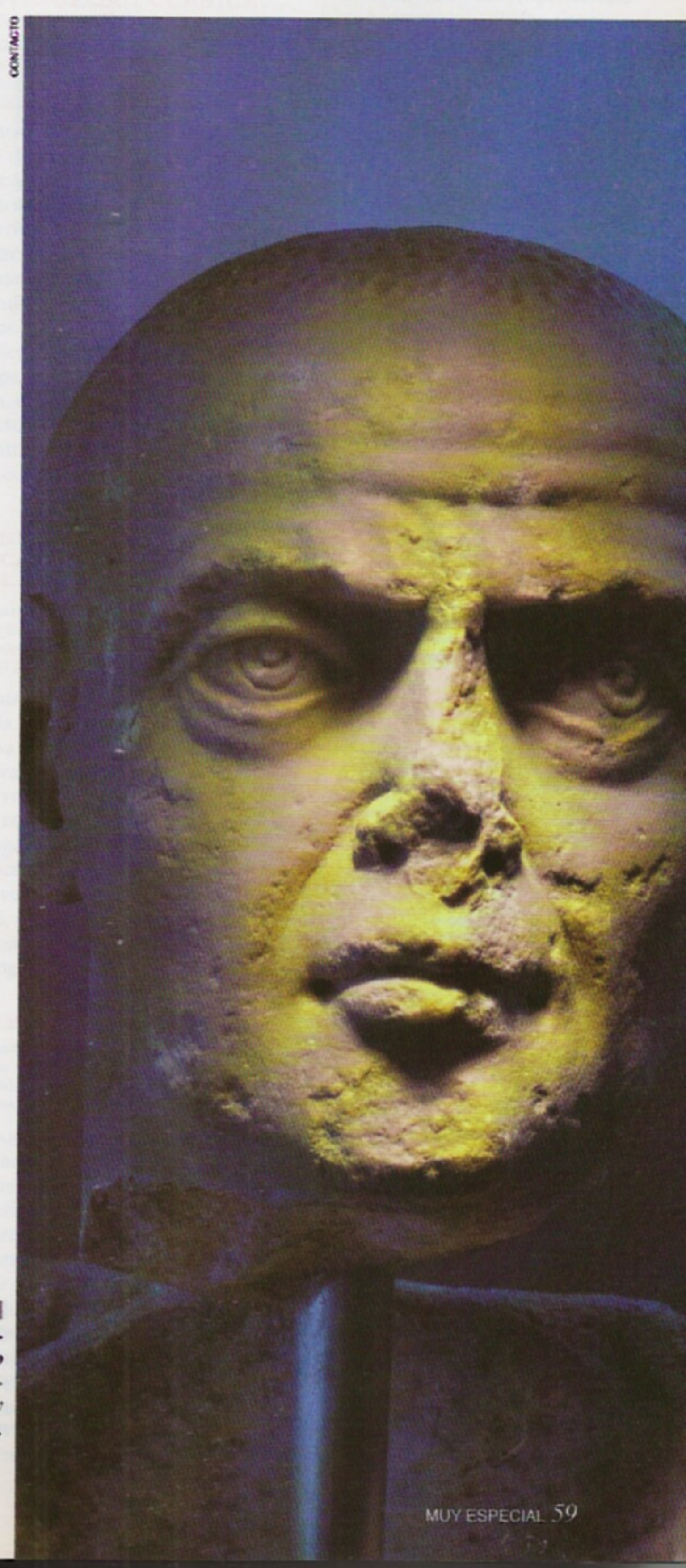
Diocleciano decidió compartir la responsabilidad con otros gobernantes. Así se formó la llamada Tetrarquía. Había dos emperadores, con el título de augusto, y cada uno tenía un suplente, que llevaría el título de césar. Roma no jugaba ya ningún papel. Se había convertido en la mayor ciudad de un Imperio que se volvía cada vez menos romano.

Diocleciano asumió el control del Imperio oriental e instaló su corte en Nicomedia, Asia Menor. Su cogobernante, Maximiano, se instaló en Milán para dominar el Imperio de Occidente. Diocleciano escogió como suplente a Galerio, que puso su capital en Mitrovitza (hoy en Kosovo); y Maximiano a Constancio Cloro, que fijó su gobierno en Tréveris (Germania).

La operación tuvo éxito. Alrededor del año 300, la paz consiguió imponerse en el Rin y en la frontera persa. El Senado no tenía ya ningún peso en las decisiones importantes. Muy lejos quedaba el liderazgo de Augusto, en el que el gobernante –al menos de manera formal– era el primero entre iguales (*primus inter pares*).

Diocleciano llevó a cabo una reforma del Estado de corte absolutista: limitó la importancia de las provincias, descentralizó la administración, reforzó la separación entre las autoridades civiles y las militares e intentó frenar la creciente inflación con su política fiscal y financiera. Su labor estaba enfocada hacia la consecución de un único objetivo: la unidad del Estado. Ése también fue el motivo por el que obligó al pueblo a que reconociera sólo a los dioses romanos. Como los cristianos se le resistieron, los persiguió implacablemente.

Los dos augustos se habían comprometido a abdicar en favor de sus césares –a los que les había dado cada uno una hija en matrimonio– cuando llevaran 20 años en el poder. El día 1 de mayo del año 305, Diocleciano y Maximiano cumplieron su compromiso y cada uno cedió el poder a su propio césar y yerno. Diocleciano regresó a Dalmacia, su lugar de origen. Pero antes de morir, rondando el año 313, todavía tuvo tiempo de conocer el fracaso de sus modelos de gobierno y la implantación del Cristianismo como religión oficial. Pero quién sabe si siquiera llegó a interesarle. Toda su actividad se reducía a cultivar coles en su huerto.



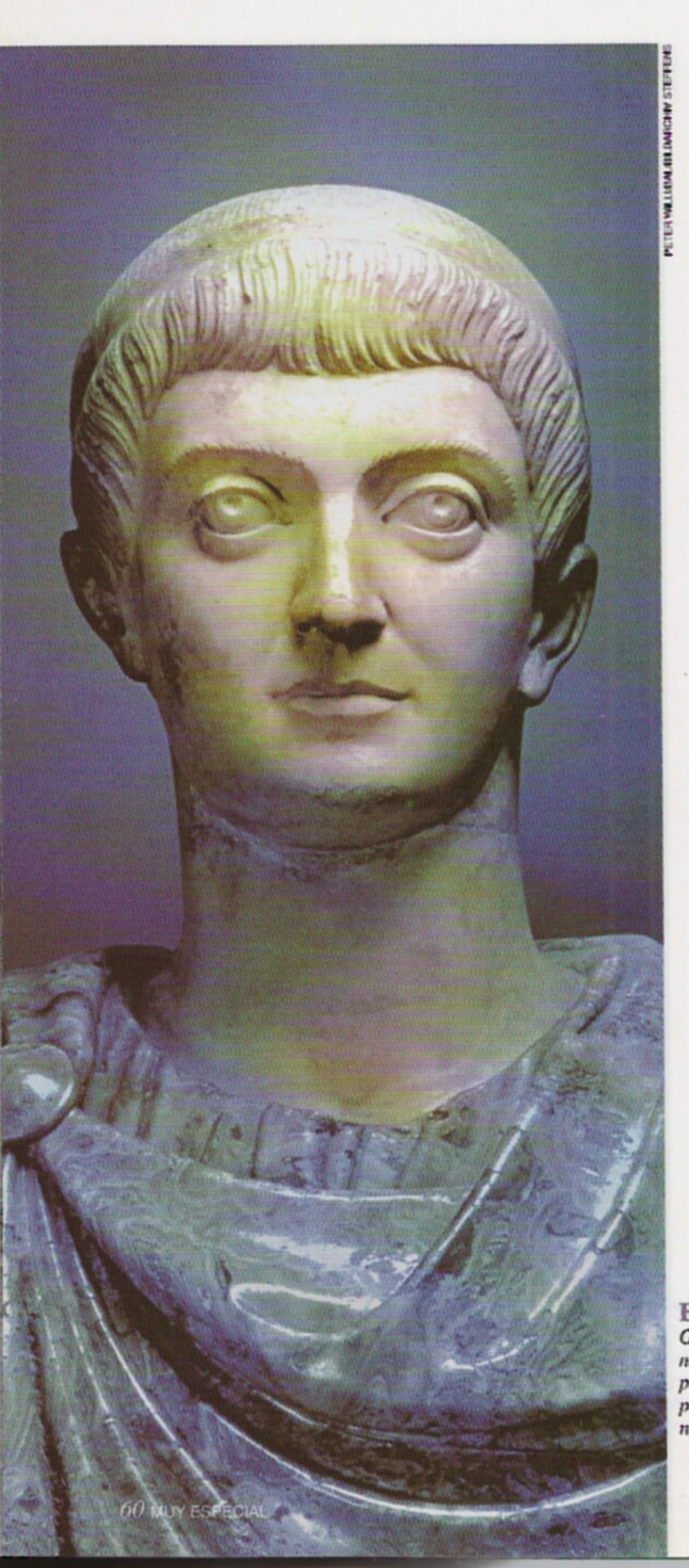
CONTACTO

Cirugía radical

Diocleciano tuvo que aplicar un tratamiento de urgencia a un Imperio moribundo: reformó la administración y renovó la política fiscal y financiera para frenar la inflación.

Constantino I, el bautizado

307-337


PETER WILLI/BLAUEL/GNAMM/ARTOTHEK STEFFENS

La víspera de la decisiva batalla del Puente Milvio que le enfrentaría a las puertas de Roma con su rival Majencio, Constantino, hijo bastardo de Constancio Cloro y de su concubina Elena, una doncella de origen oriental, leyó en el cielo las palabras: "*In hoc signo vinces*" (con este signo vencerás). Venció, y a partir de entonces, 27 de octubre del año 312, esa cruz rematada por el monograma de Cristo y rodeada por una corona de laurel, el *labarum*, se convirtió en símbolo y estandarte del Imperio Romano cristiano. La enseña del ejército contrario llevaba el símbolo del Sol, impuesto por Aureliano como nuevo dios pagano. Fue la primera vez en la historia de Roma que una guerra se combatía en nombre de la religión.

En cualquier caso, no queda muy claro si ya a partir de esa experiencia Constantino se sintió absolutamente cristiano; por lo menos no se bautizó, ni se convirtió en el primer emperador cristiano de Roma hasta su lecho de muerte. Es cierto que su madre era cristiana, pero él se crió prácticamente entre soldados y rodeado de paganos.

En el año 313 publicó el famoso edicto de Milán, que proclamaba el respeto del Estado a todas las religiones y devolvía a los cristianos los bienes que les habían arrebatado en las últimas persecuciones. Pero eso lo que demuestra es que fue, sobre todo, un político de amplia visión y buen sentido. Más que con la religión, con lo que Flavio Valerio Constantino se comprometió toda su vida fue con la monarquía autocrática. En el año 306, cuando se hizo llamar por las tropas emperador de Occidente a la muerte de su padre, ya suplantaba al auténtico sucesor del trono, torpedeando así la Tetrarquía constitucional. Y 18 años después, tras librar un gran número de sangrientas batallas, alcanzó su objetivo: se convirtió en el primer monarca autocrático del Imperio Romano después de Diocleciano.

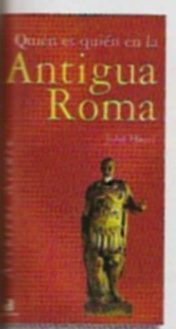
Constantino continuó con las reformas administrativas de su antecesor, pero lo que no siguió fue su política frente al Cristianismo. Al contrario, lo que hizo fue vincular a los obispos con la administración del Estado y fundar Constantinopla como capital de la verdadera fe. Sin embargo, sobre la zona en que se levantaba la antigua ciudad comercial de Bizancio, Constantino no sólo levantó iglesias sino también templos paganos. La futura metrópoli del Imperio Romano Oriental se convirtió también en el reflejo de su fundador, un emperador que sufrió una transformación religiosa, de infiel a cristiano, aunque no viviera muy acorde con las enseñanzas de Cristo: mandó matar a su segunda esposa, Fausta, a su hijo, Crispo, y a su sobrino, Liciniano. Tras la muerte de Constantino, los hijos que le quedaban gobernaron un reino dividido en una parte oriental y otra occidental.

En 476, 139 años después de la muerte de Constantino, se depuso a su último sucesor en Occidente, lo que suponía el fin "oficial" del Imperio. Sin embargo, el Imperio Oriental sobrevivió mil años más.

El interés de la fe
Gobernó en nombre de Cristo, pero no se bautizó hasta que estuvo a las puertas de la muerte. La fascinante personalidad de Constantino impregnó el fin del Imperio de Occidente.

Por **Marina Castiñeira**

La Biblioteca



QUIÉN ES QUIÉN EN LA ANTIGUA ROMA

John Hazel
Acento Editorial
Madrid, 2002
24,50 Euros

Enciclopedia biográfica de las figuras más interesantes de la antigua Roma: desde grandes emperadores a los poetas, filósofos e historiadores más importantes; desde los principales políticos y militares hasta otras notables personalidades de capital trascendencia en la sociedad romana. Adjunta glosario y cronología.

LA VIDA COTIDIANA EN ROMA EN EL APOGEO DEL IMPERIO



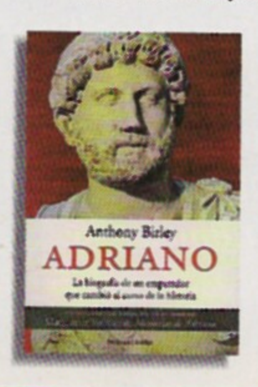
Jérôme Carcopino
Temas de Hoy
Madrid, 2001
13,29 Euros

Las bulliciosas calles de Roma, el placer del juego, el ocio en las termas, la emancipación de las mujeres, la confusión de valores sociales, la explotación de los esclavos o la expansión de las escuelas primarias son algunos de los temas que expone este interesante libro.

ADRIANO

Anthony Birley
Ediciones Península
Barcelona, 2003
29,50 Euros

De compleja personalidad, el emperador Adriano aseguró las fronteras y puso freno a la expansión del Imperio. Sin embargo, su afán de cultura, su refinamiento y sus grandes obras le convirtieron en un adelantado a su tiempo.





LA IDEA DE CIUDAD

Joseph Rykwert
Sígueme
Salamanca, 2002
27,88 Euros

El autor, prestigioso historiador de la arquitectura, estudia la fundación simbólica de la ciudad romana. Encuentra en ella conexiones profundas con rituales de otras culturas, que le conducen finalmente a una reflexión más amplia acerca de las inquietudes espaciales del ser humano en todas las épocas.

HERODES

Javier A. López
Alderabán
Madrid, 1998
10,81 Euros

Esta biografía redescubre a un personaje que, recordado como uno de los grandes criminales de la Historia, fue también un político de inteligencia privilegiada. Amigo de Marco Antonio, Augusto y Agripa, llevó a cabo grandes empresas que devolvieron a Judea el esplendor perdido casi mil años atrás, tras el reinado de Salomón. Con fotografías, mapas y cronología.

LA COCINA DEL IMPERIO ROMANO

L. Benavides-Barajas
Ediciones Dulcinea
Granada, 2000
13,22 Euros



Una oferta creativa para los amantes de la buena mesa, que se basa fundamentalmente en el *De Re Coquinaria* de Apicius, libro del siglo I. El recetario mantiene la originalidad, la técnica y la riqueza de sabores de los platos romanos, así como los comentarios y anécdotas de los escritores clásicos.

EL ARTE DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA. ETRURIA-ROMA

R. Bianchi y M. Torelli
Akal Editorial
Madrid, 2000
39 Euros

Historia del arte de tres épocas: la Italia protohistórica y prerromana, la etrusca y la romana. Incluye cuadros cronológicos, mapas, abundante bibliografía y una sección, que ocupa más de la mitad del volumen, de fichas de representativos objetos de arte, artistas, monumentos y sitios arqueológicos, con comentarios y fotografías.



HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

Edward Gibbon
Alba Editorial
Barcelona, 2001
21,50 Euros

Versión abreviada, que condensa lo más relevante de los seis volúmenes que constituyen la ingeniosa obra clásica de Gibbon, publicada por vez primera entre 1776 y 1778, que alcanzó gran fama y se convirtió en un hito de la historiografía occidental.

CUENTOS Y LEYENDAS

F. Sauterau y C. Grenier
Anaya
Madrid, 2002
6 Euros c/u



Libros para jóvenes, amenizados con dibujos, que recrean con un lenguaje sencillo y entretenido las leyendas de los orígenes de Roma, las historias épicas y los relatos mitológicos griegos y romanos. Incluyen algún mapa y una breve justificación histórica y literaria al final, para ubicar con mayor rigor los contenidos.

INTERNET

LA GLORIA DE ROMA

lagloriaderoma.galeon.com/

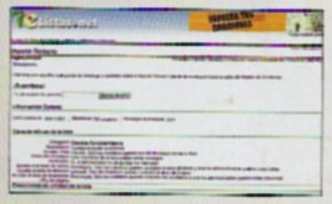
Una página ambiciosa que aspira a tratar todos los aspectos de la Roma clásica en cuatro apartados: su evolución histórica, el ejército, la esclavitud y los emperadores, con interesantes ilustraciones.



FORO DE INTERCAMBIO

www.elistas.net/lista/impromano

Previa suscripción gratuita es posible intercambiar información sobre el Imperio Romano. El intercambio está moderado por administradores que elaboran tablas, ficheros y encuestas.



ROMA ANTIGUA

www.geocities.com/Hollywood/Boulevard/7223/info.HTML

Sus orígenes legendarios, creencias y supersticiones, monumentos e historia. Todo muy detallado, con imágenes descriptivas y vínculos para ampliar la información.



GASTRONOMÍA

www.terra.es/personal/aiolozil/revista/revzap2/art002.htm

Artículo sobre gastronomía en el Imperio Romano, con bibliografía y enlaces a textos completos fundamentales sobre el tema, que aparecen en inglés y en latín.

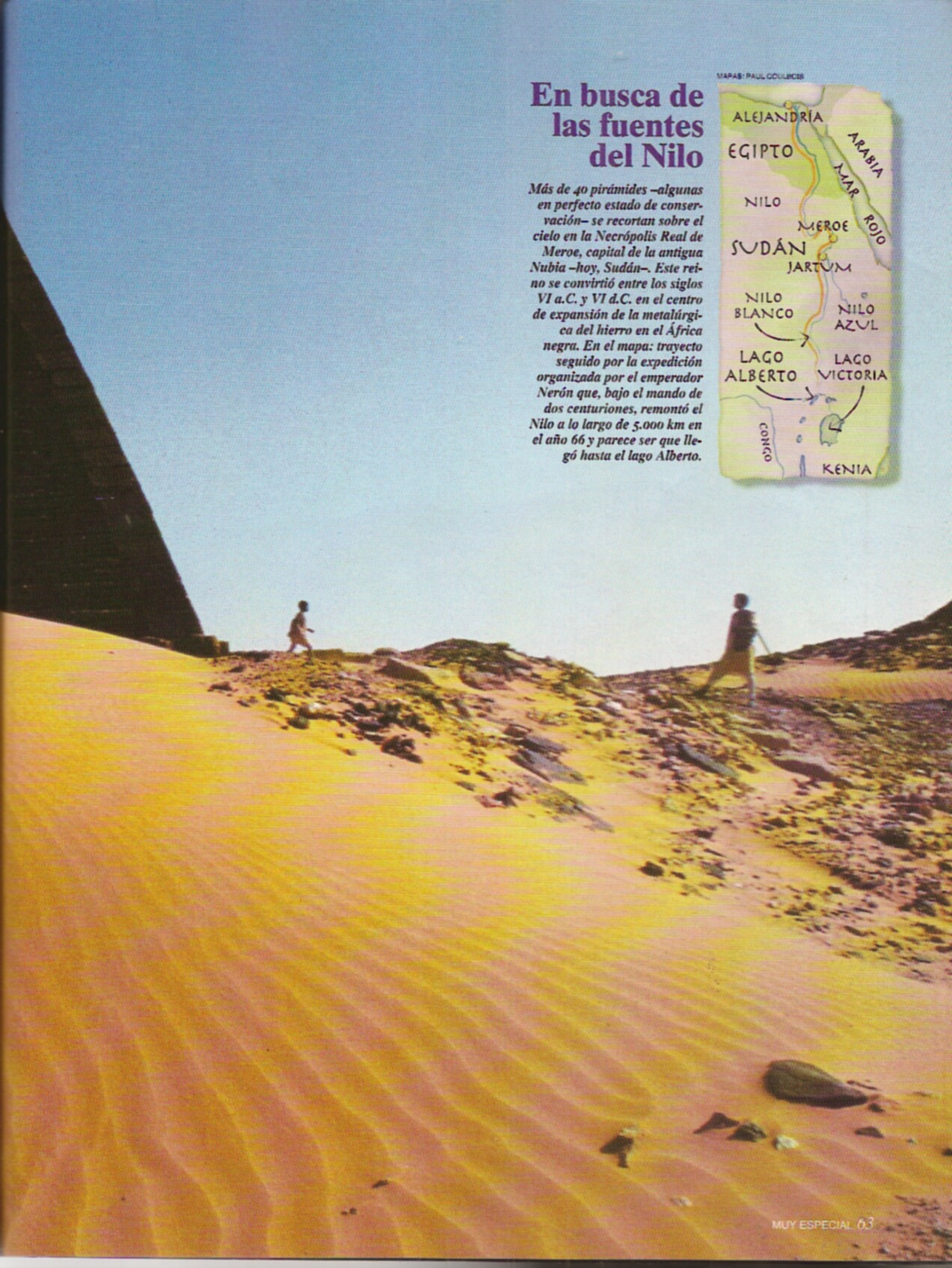


AGE FOTOSTOCK

EN LOS CONFINES DEL IMPERIO

Postales desde el *limes*

Conseguido el orden interno, la "Pax Romana" dependía de la estabilidad en las fronteras del Imperio. Había que vigilar y defender decenas de miles de kilómetros de limes. *La misión de las legiones iba mucho más allá de las pirámides nubias o de los páramos escoceses* Por **Óscar Lucas**



MAPAS: PAUL COULECIS

En busca de las fuentes del Nilo

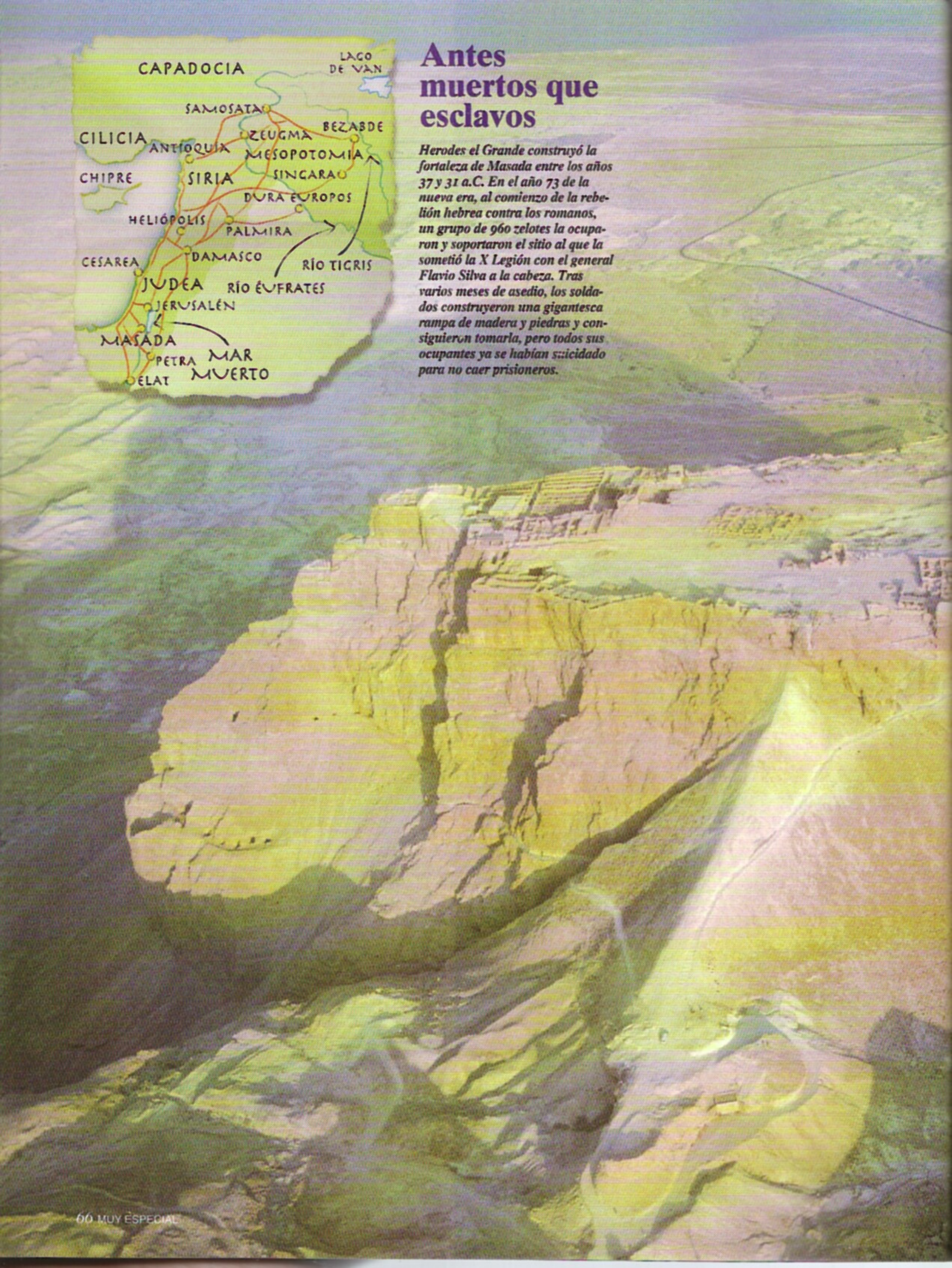
Más de 40 pirámides –algunas en perfecto estado de conservación– se recortan sobre el cielo en la Necrópolis Real de Meroe, capital de la antigua Nubia –hoy, Sudán–. Este reino se convirtió entre los siglos VI a.C. y VI d.C. en el centro de expansión de la metalúrgica del hierro en el África negra. En el mapa: trayecto seguido por la expedición organizada por el emperador Nerón que, bajo el mando de dos centuriones, remontó el Nilo a lo largo de 5.000 km en el año 66 y parece ser que llegó hasta el lago Alberto.



Hacia Septentrión

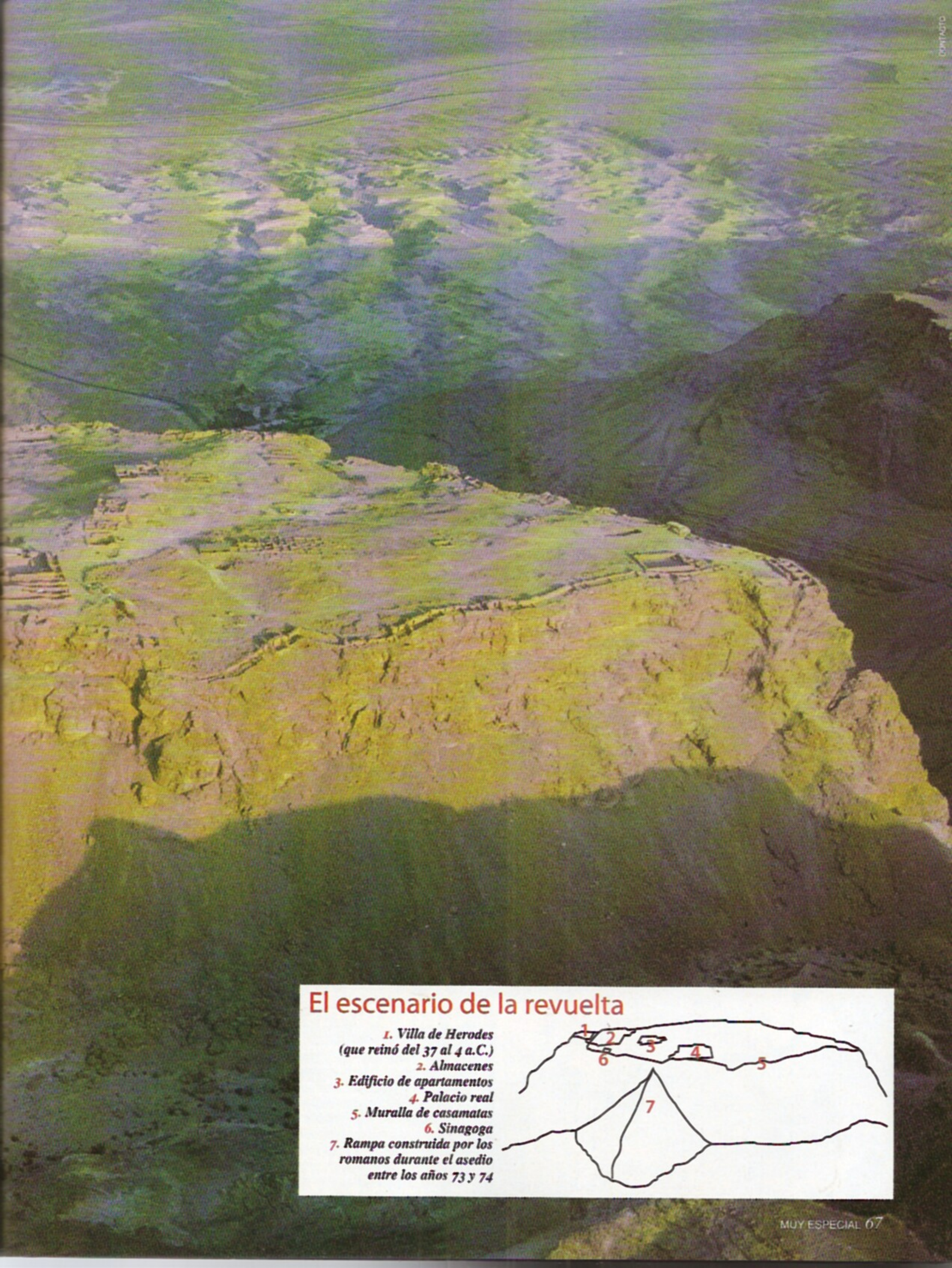
Tras la visita que Adriano realizó a Britania en el año 122, el emperador ordenó construir un muro de piedra de 117 km de longitud y 6 metros de altura, salpicado de fuertes y torres de vigilancia, que cruzaba el norte de la isla de Britania de oeste a este. Durante mucho tiempo se creyó que este "vallum" (en la foto) señalaba el extremo de la expansión romana en Britania. Pero también llegaron a Escocia e incluso a Irlanda, donde se han descubierto los restos de un fuerte del siglo I al II.





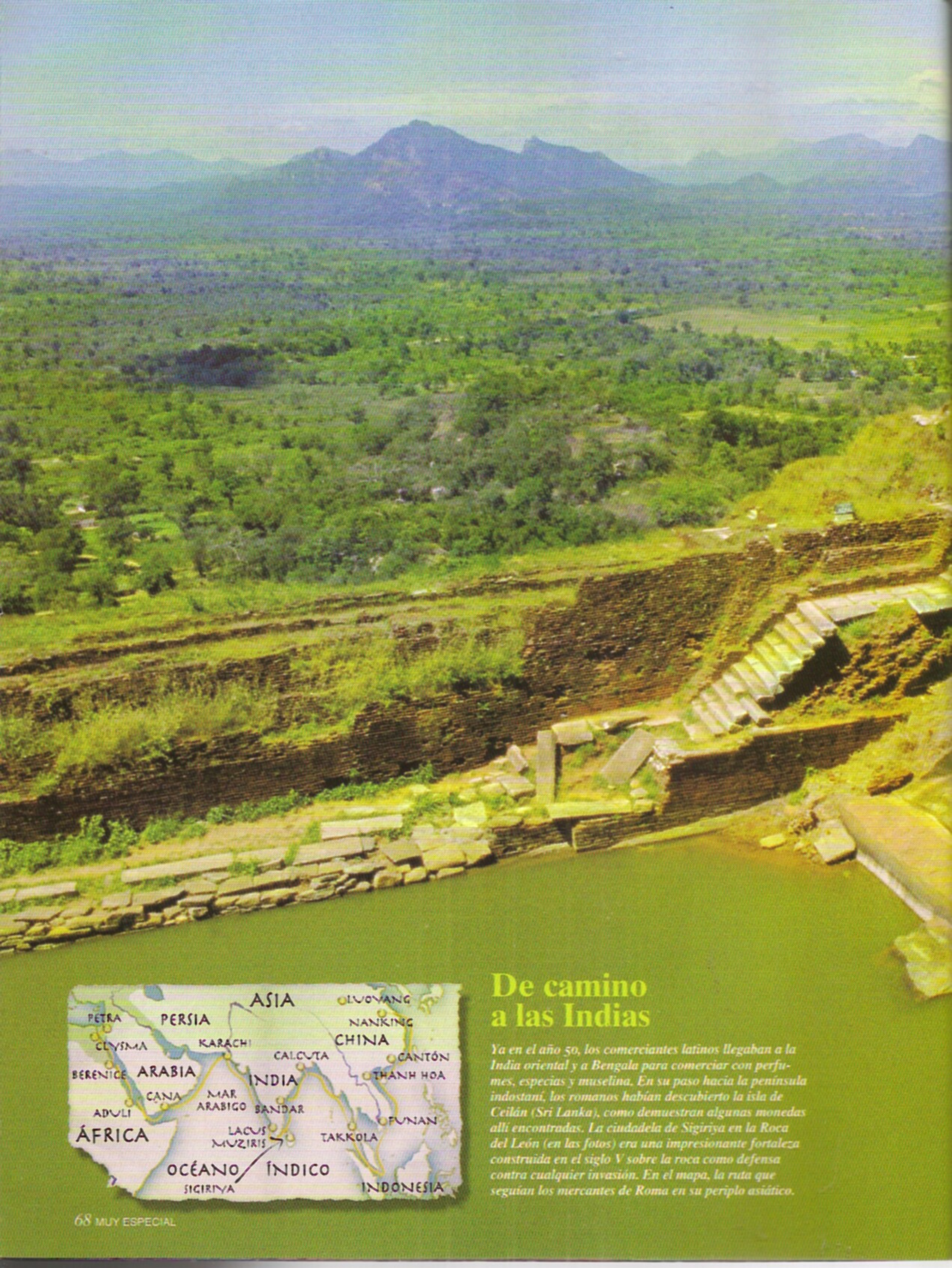
Antes muertos que esclavos

Herodes el Grande construyó la fortaleza de Masada entre los años 37 y 31 a.C. En el año 73 de la nueva era, al comienzo de la rebelión hebrea contra los romanos, un grupo de 960 zelotes la ocuparon y soportaron el sitio al que la sometió la X Legión con el general Flavio Silva a la cabeza. Tras varios meses de asedio, los soldados construyeron una gigantesca rampa de madera y piedras y consiguieron tomarla, pero todos sus ocupantes ya se habían suicidado para no caer prisioneros.



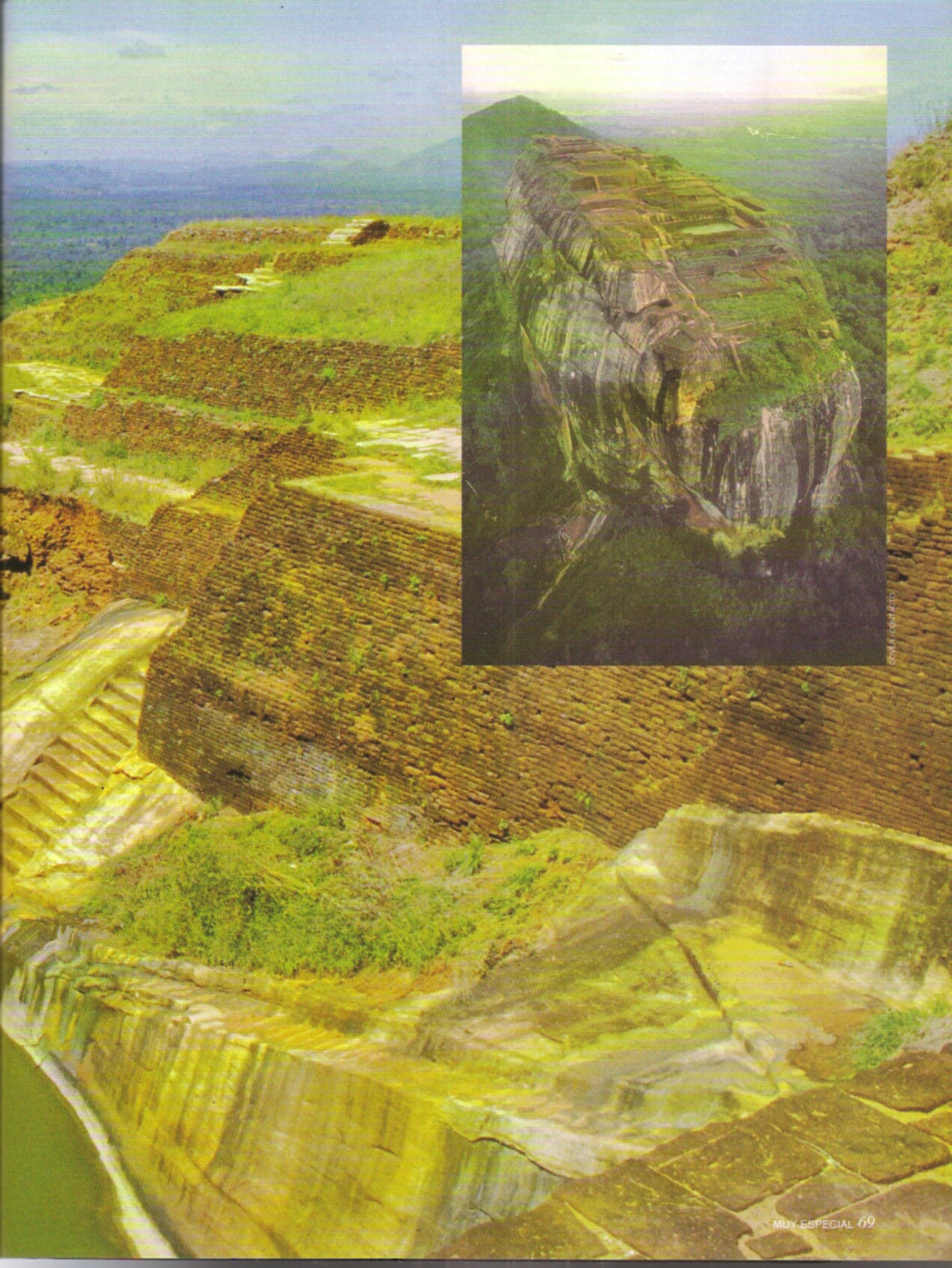
El escenario de la revuelta

1. Villa de Herodes (que reinó del 37 al 4 a.C.)
2. Almacenes
3. Edificio de apartamentos
4. Palacio real
5. Muralla de casamatas
6. Sinagoga
7. Rampa construida por los romanos durante el asedio entre los años 73 y 74



De camino a las Indias

Ya en el año 50, los comerciantes latinos llegaban a la India oriental y a Bengala para comerciar con perfumes, especias y muselina. En su paso hacia la península indostaní, los romanos habían descubierto la isla de Ceilán (Sri Lanka), como demuestran algunas monedas allí encontradas. La ciudadela de Sigiriya en la Roca del León (en las fotos) era una impresionante fortaleza construida en el siglo V sobre la roca como defensa contra cualquier invasión. En el mapa, la ruta que seguían los mercantes de Roma en su periplo asiático.


CORBIS/COVER



Compañía barata
Se podía tener la condición de esclavo por varios motivos: ser prisionero de guerra, haber contraído deudas o nacer de otro esclavo. Los más valorados eran los domésticos, que podían desde llevar las cuentas a acompañar a su ama de compras (en la imagen "En el anticuario", de Ettore Forti).

ESCLAVOS EN ROMA

Trabajos

Uno de cada tres romanos era esclavo. No tenían derechos, realizaban los trabajos más pesados e ingratos y su amo hasta los podía matar

Por **Jacobo Storch**



forzados

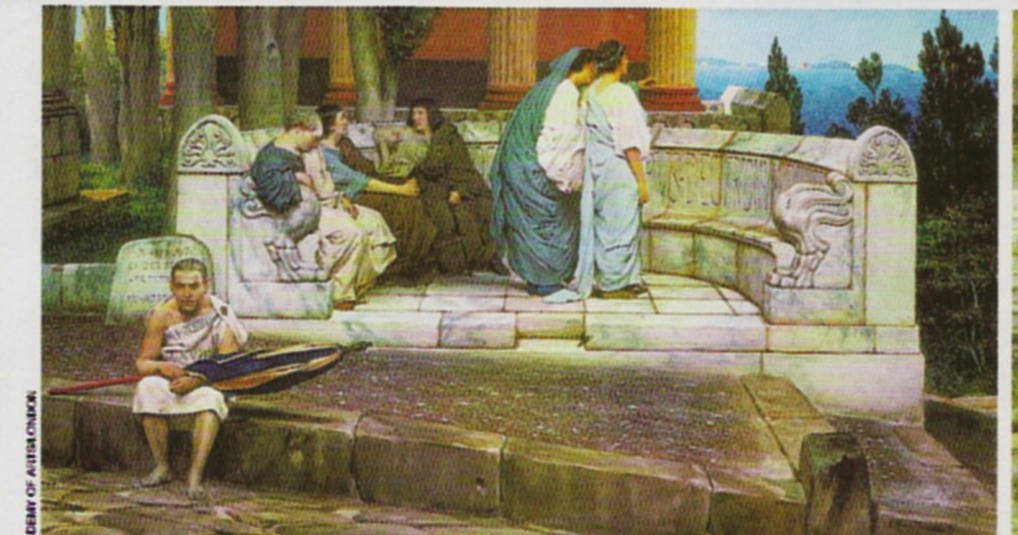
"Esclavo: Dícese del hombre o la mujer que, por estar bajo el dominio de otro, carece de libertad". Tras esta definición de diccionario se esconde una realidad que, históricamente, era antiquísima; las primeras civilizaciones de Mesopotamia y de Egipto contaban ya con grandes contingentes de prisioneros y siervos que eran empleados en todo tipo de tareas sin recibir ninguna compensación económica. Tampoco su trato era especialmente cuidado; las guerras ▸



ARTOTHEK

¡Qué trabajos nos manda el señor!

La mayor parte de los esclavos se dedicaba a tareas agropecuarias, obras públicas o minería, pero también había siervos que formaban parte de espectáculos, como la danza en un banquete (izquierda). Sir Lawrence Alma-Tadema, pintor inglés del siglo XIX, reprodujo en sus obras escenas de la vida cotidiana en Roma. En ellas, casi siempre aparecía algún esclavo desarrollando labores propias de su condición. Abajo: una esclava acerca las toallas a su ama; y un sirviente aguarda a que su dueño y señor abandone la tertulia (izquierda).



ROYAL ACADEMY OF ARTS/LONDON



ORONOZ

Tras las campañas de César, se pusieron a la venta cerca de un millón de prisioneros galos

▶ y la falta de pago de las deudas eran la principal fuente de mano de obra barata, situación que en la historia de Roma adquirió una dimensión especialmente trágica por sus proporciones: se estima que a lo largo de su historia, en el Imperio romano uno de cada tres habitantes se hallaba en estado de privación de libertad, bien en manos de un particular o bien bajo el control del Estado.

En el mundo romano, las condiciones del trato al esclavo eran durísimas; ya desde la ley de las Doce Tablas –la más antigua que se conserva del *corpus* jurídico romano– , un *pater familias* tenía derecho sobre la vida y hacienda de su mujer e hijos, pudiendo deshacerse de éstos si nacían con deformidades o si, sencillamente, ésa era su voluntad. Sólo en el caso de que vendiera a un hijo tres veces seguidas, perdería todo su derecho sobre él. En cuanto a un esclavo, se le podía tratar como a cualquier otra propiedad –regalarlo, venderlo o alquilarlo– y eso incluía también decidir sobre su propia vida, si bien con el tiempo –ya en época de Claudio era así– acabó siendo considerado un delito de asesinato. Pero ello no libraba al esclavo de un trato realmente duro; si era sorprendido robando, por lo general solía pagarlo con su vida o bien recibía castigos cruentos.

"Servir al poderoso es muy pesado y el esclavo de un rico es muy digno de lástima; de noche y de día, continuamente, siempre hay algo por hacer o para decir, de modo que nunca se puede descansar. En cuanto a tu poderoso

dueño, libre de trabajos y fatigas, piensa que todo lo que se le pasa por la cabeza a un hombre es posible de hacer. Lo considera razonable y nunca se para a reflexionar sobre las fatigas que ocasiona, ni considera si es justo o no aquello que manda hacer. Por esto, ser esclavo conlleva sufrir tantas injusticias; siempre hay que llevar esta carga con esfuerzo". Quien así se lamentaba era un esclavo que aparece en *Anfitrión*, una obra de principios del siglo II a.C. y que debemos a la pluma de Plauto, un autor de comedias.

El esclavo era considerado como una cosa, y si alguien dañaba a uno debía pagar una indemnización a su dueño. Catón el Censor, en los tiempos de Plauto, aconsejaba acerca de una explotación agropecuaria ideal y hacía descansar en la mano de obra esclava la mayor parte del trabajo a realizar; y sugiere que en los días en que el tiempo impidiera el trabajo, el amo debía tener las manos de los esclavos siempre ocupadas haciendo cestas, arreglando los enseres o en cualquier otra actividad.

Invertir en esclavos

Una forma eficaz de inversión económica era adquirir esclavos y alquilarlos en las explotaciones mineras. A cambio de su trabajo, el dueño recibía la paga que le correspondería al esclavo en caso de hallarse en libertad, viéndose libre de alimentarlo, vestirlo y someterlo a vigilancia, tareas que correspondían al *procurator metallorum* o encargado de la actividad minera, quien descontaba de la paga los gastos –a menudo escasos– de alimentación. De este modo, la mayor parte del trabajo pesado en las minas era efectuado por esclavos recluidos en ellas en las peores condiciones de alimentación y salud; en ocasiones, no volvían a ver la luz del sol y, a su muerte, eran sustituidos por otros de la misma procedencia. Así, Polibio nos narra cómo en su tiempo –el siglo II a.C.– en las minas de plata de los alrededores de Cartago Nova (Cartagena) trabajaban hasta 40.000 esclavos.

El santuario de Esculapio acogía a los siervos más viejos o enfermos

También recomendaba adquirir los esclavos en el mercado, pues los niños nacidos en la esclavitud tardaban mucho tiempo en ser rentables, y deshacerse de ellos cuando la edad o la enfermedad los redujera a inservibles. En tiempos de Claudio (siglo I), eran tantos los que se abandonaban en el santuario de Esculapio (la isla que forma el Tíber a su paso por Roma), que el emperador estableció que si sanaban quedarían en libertad, sin que sus amos pudiesen reclamarlos.

La principal fuente de aprovisionamiento de esclavos era la guerra: el expansionismo romano y sus continuas campañas de conquista permitieron un flujo continuo desde los primeros tiempos de la historia de la ciudad y, de manera especial, a partir de las guerras fuera de la Península italiana; tras la toma de Tarento en el año 209 a.C., durante la etapa final de la guerra contra Aníbal, se hicieron 30.000 esclavos entre sus habitantes. A partir de las campañas de Grecia y Oriente, especialmente desde el siglo II a.C., el número de prisioneros alcanzó los centenares de miles. Tan sólo tras la batalla de Pidna contra los griegos, en el año 168 a.C., su vencedor Emilio Paulo vendió 150.000 hombres. Es sabido que Julio César, tras sólo una de las batallas de la conquista de las Galias, aportó de golpe 53.000 prisioneros al mercado de esclavos de Roma. Algunos autores calculan que en total, tras varios años de campaña, César hizo posible que cerca de un millón de prisioneros galos fueran destinados a la venta. Trajano, al regreso de su segunda campaña contra los dacios en 109, trajo consigo 50.000 prisioneros. Estrabón narra cómo en los buenos momentos del mercado de esclavos de la isla de Delos, en pleno mar Egeo y durante los últimos siglos de la República romana, 10.000 esclavos eran vendidos diariamente.

También se podía llegar a la situación de servidumbre por deudas: el insolvente quedaba jurídicamente en manos del acreedor hasta que liquidase con su trabajo la cantidad que debía. Pero ya a partir de fines del siglo IV a.C., de esta práctica se fue eliminando la dependencia personal y jurídica del deudor hacia el acreedor. También la abundancia de prisioneros hacía más fácil la adquisición de esclavos en el mercado, destinados tanto al servicio doméstico como a las labores agropecuarias, siendo esta última la ocupación más generalizada para los esclavos, además de los trabajos de obras públicas, las labores más pesadas de las actividades artesanales y la minería. También existían esclavos dedicados al espectáculo del circo, como era el caso de la gran mayoría de los gladiadores profesionales, entrenados ex profeso en esta actividad.

Los esclavos domésticos eran muy estimados y solían estar integrados en el concepto amplio de *familia* sobre la que ejercía tan férreo control el *pater*. Su tarea como sirvientes de la casa podía incluir puestos de responsabilidad: desde llevar las cuentas hasta ser el *pedagogo* o encargado de la educación de los hijos, y su calidad de vida era, lógicamente, muy superior a la del resto. Columela narra cómo los esclavos urbanos se hallan acostumbrados a dormir bien y comer mejor, asisten a las carreras y al teatro, juegan y pasan el tiempo en tabernas y burdeles. El precio de los siervos domésticos era también mucho más elevado, si bien variaba según el sexo, edad, fuerza, belleza o especialización de los mismos, además de la inevitable ley de la oferta y la demanda, pues tras una victoriosa campaña, la disponibilidad del mercado era mucho mayor.

Un esclavo sin especialización costaba algo más que un burro

Tomando como ejemplo los tres primeros siglos de nuestra era, en la primera etapa imperial, un esclavo destinado a las duras tareas del campo o de la mina, sin especialización ninguna, podía costar entre seiscientos y dos mil sestercios (en torno a quinientos sestercios valía un burro de condición mediana, ni muy joven ni demasiado gastado en sus labores agrícolas o tirando del molino), mientras que una inscripción de Pompeya con las cuentas de uno de sus vecinos expresa cómo gastó cinco mil sestercios en la compra de dos esclavos. Columela recoge el precio de un siervo especializado en la viticultura, ocho mil sestercios; Marcial habla de una cretense vendida por mil doscientos sestercios. En otras cuentas se ve cómo un esclavo instruido costó ocho mil sestercios, un buen cocinero diez mil y setecientos mil un gramático, un intelectual especializado.

La mayor parte de los esclavos estaban dedicados a las labores del campo, integrados en las propiedades agrope- ▶



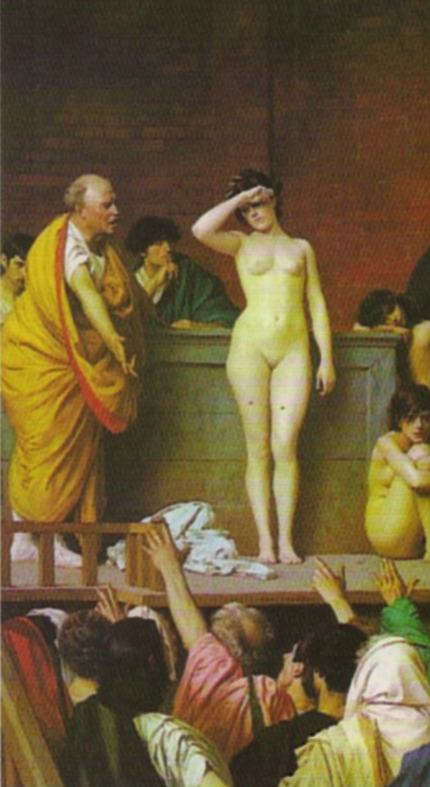
COVER

También había clases entre ellos

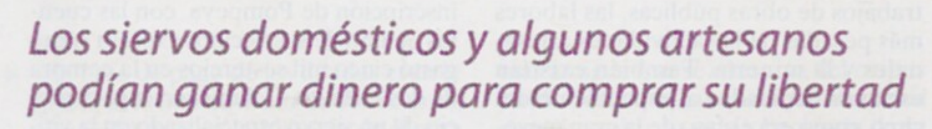
La mayor parte del contingente de esclavos se adquiría en el mercado (abajo) y su precio dependía del sexo, la edad, la fuerza, la belleza o la especialización. El trato que solían tener que soportar era tan duro que provocó varias revueltas, entre las que sobresalió la que lideró Espartaco, un gladiador. Y es que la gran mayoría de estos combatientes del circo romano (izquierda) eran esclavos entrenados para esta actividad. Entre todos, los domésticos (abajo, izquierda) eran los mejor tratados e incluso podían llegar a ocupar puestos de responsabilidad.



ALDARCHIV STEFFENS/BRIDGEMAN ART LIBRARY



THE STATE HERMITAGE MUSEUM



Los siervos domésticos y algunos artesanos podían ganar dinero para comprar su libertad

cuarias de los latifundistas, aunque sin sustituir del todo a la mano de obra *libre*. También eran destinados a las actividades *industriales* (minas, canteras, molinos y la construcción), siendo en gran medida víctimas y responsables de la escasa evolución tecnológica propia del mundo antiguo, en una característica pescadilla que se muerde la cola: la abundancia de mano de obra barata no favorecía el desarrollo de máquinas, y el escaso número e ineficacia general de éstas apoyaba el empleo de esclavos. El mantenimiento de los mismos se llevaba a sus límites; Catón especifica las raciones consumidas por un esclavo rústico: un litro diario de vino corriente, al mes de veinticinco a treinta kilos de pan y un *sextarius* –medio litro– de aceite, además de aceitunas e higos secos, un *modius* –nueve litros– de sal al año y una túnica, junto con un abrigo corto cada dos años. Aún así, no todos contaban con un abastecimiento tan ajustado pero suficiente o con un trato más o menos *profesional*; Apuleyo, en su obra *El asno de oro*, recoge un cuadro

desolador sobre el trabajo de los esclavos en un molino de trigo: "Gran Dios!, ¡qué hombres más raquíticos! Cubierta toda su piel de cardenales producidos por el látigo; la espalda llena de heridas, que sombreaban más que cubrían con unos harapos remendados; algunos se cubrían el pubis con un exiguo mandil; todos, sin embargo, estaban vestidos de modo que se les veía el cuerpo a través de los andrajos.

El mayor número de rebeliones tuvo lugar en el sur de Italia y en Sicilia

Llevaban la frente marcada con letras, semirrapado el pelo y con argollas en los pies; estaban horrorosos con su tez lívida; el humo de los hornos y el vapor del fuego les había ido enrojeciendo y consumiendo los párpados y veían con gran dificultad, como los púgiles que combaten espolvoreados con arena, tierra o polvo, iban ellos recubiertos sórdidamente con una ceniza harinosa".

El trato inhumano que recibían muchos esclavos llegó a ser tan opresivo que constituyó el motivo de diversas rebeliones, especialmente las que se originaron en el sur de Italia y Sicilia, donde los grandes latifundios concentraban buen número de siervos humillados en su trabajo y en su trato. La más conocida de estas rebeliones fue la que encabezó el gladiador profesional –y esclavo– Espartaco en el año 71 a.C. y que, como todas las demás, se desarrolló con gran violencia por parte de los sublevados hacia sus dueños y en la posterior represión, realizada con efectivos militares. Tras estas sublevaciones, el trato a los esclavos se suavizó algo, pero en todo caso, los siervos tan sólo podían aspirar a aquello que recogió bien Salustio en estas palabras tan realistas: "Son pocos los que esperan la libertad. Lo que desea la mayoría son dueños justos".

Los esclavos eran propiedad absoluta del *dominus*, el dueño, pero sus derechos fueron mejorando lentamente a través del tiempo. A lo largo del año, existían dos festividades en las que contaban con alguna relajación; durante los Saturnalia –fiestas del solsticio de invierno, entre el 17 y el 21 de diciembre, en honor de Saturno–, celebraban ruidosamente en las casas, podían jugar e incluso ser servidos por sus amos (Plinio el Joven tuvo que construirse una habitación insonorizada para poder huir del ruido de esos días). Con los trabajos efectuados en los ratos libres –tan sólo los siervos domésticos y, sobre todo, los artesanos disponían de él– podían adquirir su propio *peculium*, con el cual contar con unos ahorros que les permitieran comprar su libertad. Los libertos mantenían lazos de unión con su antiguo dueño y a su nombre propio le anteponían los nombres del amo, pasando a formar parte de la clientela del *dominus*.

El Cristianismo no acabó, ni mucho menos, con la esclavitud –y de hecho hubo un buen número de cristianos esclavos–; todo lo más, predicó la suavidad en el trato y el abandono de la crueldad por parte de los propietarios, así como resignación y virtud a los siervos. En varias de sus cartas, San Pablo exhorta a los esclavos hacia la aceptación de su condición: "Los siervos estén con todo temor sujetos a sus amos, no sólo a los bondadosos y afables, sino también a los rigurosos".

Los esclavos rurales se perpetuaron ligados a la tierra que trabajaban

Al final del Imperio romano, los esclavos domésticos seguían existiendo, con las mismas condiciones favorables que contaban durante la época anterior, y se convertirían, a lo largo de la Edad Media, en los servidores semilibres de las familias pudientes. En el caso de los esclavos rurales y su variante, los colonos, la servidumbre continuó a lo largo de los tiempos posteriores, esta vez ligados a la tierra donde trabajaban –servidumbre de la gleba– más que a la propiedad de un señor determinado. Las disposiciones jurídicas de la etapa bajoimperial insisten continuamente en esta sujeción del colono a la tierra, tal como recoge la ley de Constantino del año 332: "Cualquier persona a la que se encuentre un *colonus* perteneciente a otra persona, no sólo deberá devolverlo a su lugar de origen, sino que también estará sujeto a impuestos por el tiempo que lo tuviera. Más aún, será lo adecuado que los *coloni* que planeen huir sean cargados de cadenas como esclavos que puedan ser obligados por una ley propia de siervos a realizar los deberes que les son propios como hombres libres".

La servidumbre de la gleba pervivió a lo largo de la Edad Media y los tiempos modernos; tan sólo la llegada de la Revolución Francesa primero y las diversas revoluciones liberales del siglo XIX permitieron su abolición en buena parte de Europa, al igual que la del esclavismo (en España, existía aún en 1868, fecha en que se prohibió tener esclavos en las posesiones americanas). En Rusia, los *mujiks* o campesinos aún tuvieron que esperar al siglo XX para ver eliminada su condición de cuasi esclavos, cuando en 1917 se produjo la Revolución bolchevique. Todavía a lo largo del siglo XX se repitieron situaciones de esclavitud en los campos de concentración nazis y en Siberia y otros lugares, en los que perecieron millones de personas condenadas a trabajos forzados. Aún hoy, recién estrenado el tercer milenio, la esclavitud sigue viva en diversas zonas de África y Asia; no parece que se den las condiciones idóneas para su erradicación, al menos a corto plazo. En el diccionario queda aún otra acepción de esclavo: "Trabajar mucho y estar siempre aplicado a cuidar de su casa o hacienda, o a cumplir con las obligaciones de su empleo"; de esta condición sí que no parece que el ser humano se vaya a librar en muchísimo tiempo.

Para obtener la libertad

Cuando un ciudadano romano quería conceder la libertad a un esclavo, podía hacerlo de modo informal, despidiéndolo ante la presencia de unos amigos que hacían de testigos, o bien de una forma oficial. Ésta podía ser sencillamente inscribir al esclavo en la lista del censo de ciudadanos –siempre y cuando hubiese adquirido las propiedades suficientes–, disponiéndolo así en su testamento o bien, de un modo mucho más ritual, acudir al magistrado y efectuar en su presencia la manumisión, es decir, declaraba ante él su voluntad de que el esclavo fuera libre y, mediante un gesto con sus manos, le hacía darse la vuelta e irse (literalmente, *manu misit*). Esta emancipación formal permitía al liberto adquirir la ciudadanía romana, aunque no podía ser elegido para cargos políticos o –al menos durante el período republicano– participar en el ejército y disfrutar de sus ventajas a la hora de percibir una paga o adquirir un lote de tierra al final de su servicio militar.

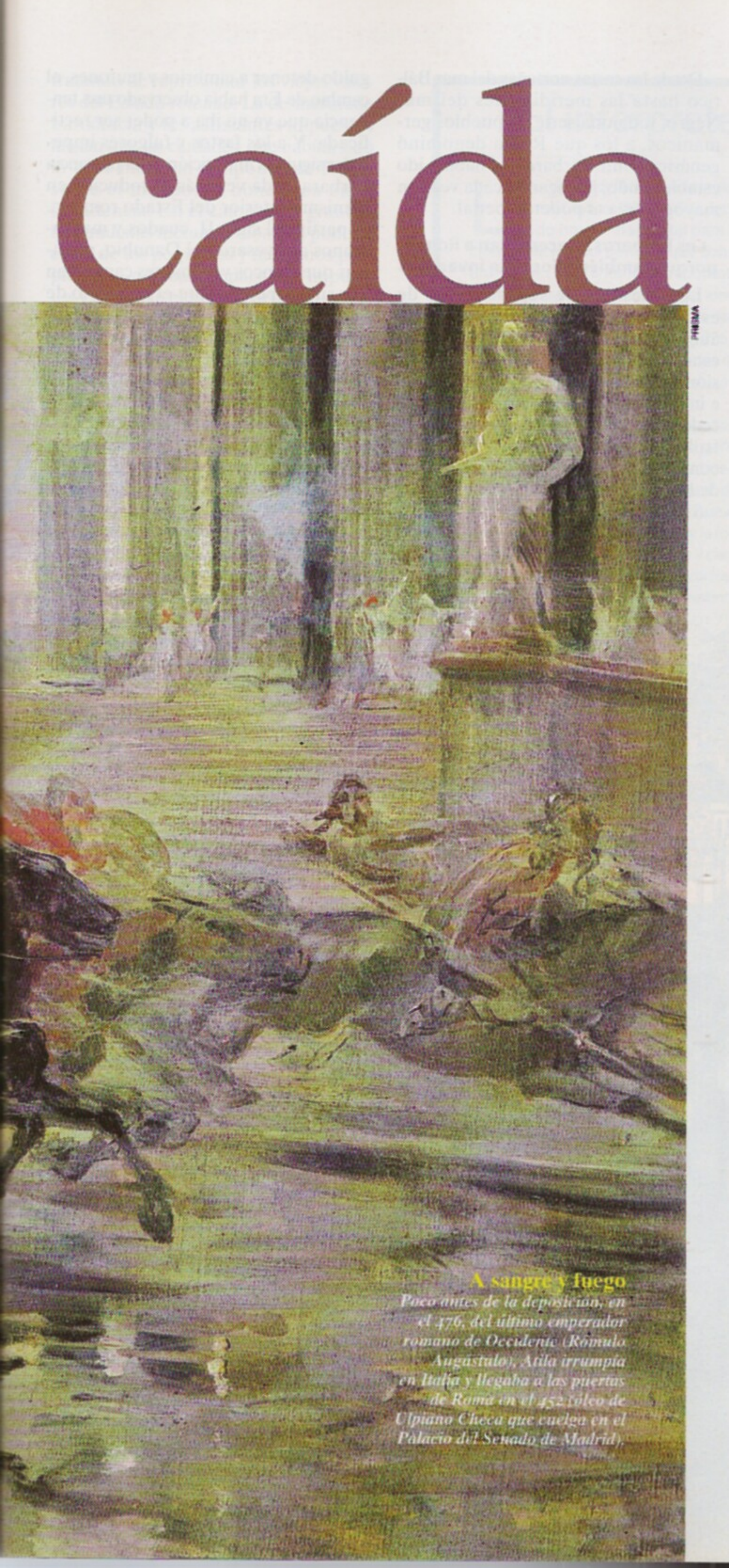
La lenta

Sumido en la ruina material, carente de estabilidad y con el Ejército en manos de generales bárbaros, el otrora incuestionable poder de Roma entraba hacia el siglo V en la fase final de su decadencia

Por Antonio Barrera



caída



PRISMA

A sangre y fuego
Poco antes de la deposición, en el 476, del último emperador romano de Occidente (Rómulo Augústulo), Atila irrumpía en Italia y llegaba a las puertas de Roma en el 452 (óleo de Ulpiano Checa que cuelga en el Palacio del Senado de Madrid).

Nunca habría podido imaginar el hispano Teodosio que iba a ser quien decidiera la quiebra y el fin del Imperio Romano. Cuando murió, en el año 395, el espacio imperial fue dividido, según su expresa voluntad, en dos partes. La oriental pasaba a su hijo mayor Arcadio; la occidental, al menor, Honorio, que debido a su corta edad quedó puesto bajo protección del bárbaro Estilicón, general en jefe de todos los ejércitos de Roma. El hecho de que fuese la parte oriental –la *Pars Orientis*– la destinada al mayor de los hermanos ya define la importancia cualitativa que presentaba con respecto a la *Pars Occidentis*, hundida en una postración que no haría más que profundizarse.

El tránsito de los siglos III a IV, ya plenamente dentro de la época denominada Bajo Imperio, había traído la recuperación a una situación general de decadencia interna que afectaba a todos los niveles. Hasta entonces, una anarquía generalizada se había unido a una persistente, larvada o abierta, guerra civil. En la cúpula del poder se sucedían efímeros emperadores, elevados a golpe de armas y derrocados por la más directa vía del asesinato. Un activo bandidaje en las tierras del interior y una piratería cada vez más osada en las litorales incrementaban la inseguridad general y la destrucción de la economía.

El poder alcanzado por la Iglesia rivalizaba con el del emperador

Gozando de la protección imperial desde su legalización, e introducido hasta los más altos niveles sociales y económicos, el Cristianismo se beneficiaba de tan negativa situación. Un panorama en incontenible deterioro, que la febril actividad publicística de los Padres de la Iglesia contribuía en gran medida a profundizar. Hilario de Poitiers, Ambrosio de Milán, Orosio de Braga y Agustín de Hipona eran los grandes protagonistas de la acción de acoso y derribo contra el poder imperial de Roma.

La Iglesia ya se alzaba como un victorioso poder rival del emperador. Instrumentando hábilmente la amenaza de la excomunión, controlaba a los máximos poderes a su voluntad y en su propio beneficio. En aquel inabarcable río revuelto, la Iglesia se aseguraba la supervivencia mientras se preparaba para pactar con los futuros nuevos amos de la situación. Frente a la inquietud e inestabilidad que producían las reiteradas invasiones de los bárbaros, el Cristianismo oficial predicaba unas formas de ▶

pacifismo que se enfrentaban a la misma esencia de la estructura imperial.

Convertidos en propietarios de tierras cada vez más opulentos –por prebendas oficiales y donaciones particulares–, la Santa Sede y los obispados no se mostraban preocupados por la anarquía general mientras no afectase a sus intereses. La jerarquía prefería predicar el perdón a los prisioneros de guerra y unas ideas de hermandad universal que venían a justificar ante la atemorizada población toda dejación y abandono. Entrado el siglo V, los enfrentamientos armados ya no se producían entre Roma y las hordas bárbaras. De hecho, se trataba de pugnas entre los germanos instalados en el interior del Imperio y aquellos que trataban de atravesar sus fronteras para sustituirles en tan beneficiosa situación.

Desde las costas norteñas del mar Báltico hasta las meridionales del mar Negro, toda una serie de pueblos germánicos, a los que Roma denominó genéricamente bárbaros, se habían ido estableciendo, hostigando cada vez con mayor fuerza al poder imperial.

Los bárbaros se acercaban a Roma porque también ellos eran invadidos

La necesidad de supervivencia de estos pueblos, incrementada por el aumento de sus poblaciones, se unía en esta marcha hacia el Occidente a la presión que sobre ellos ejercían sucesivas e imparables oleadas de invasores procedentes del corazón de Asia. Un incontrolable empuje que se correspondía con la también irreversible postración de la antaño todopoderosa Roma.

Si en el siglo I a.C. se había conseguido detener a cimbrios y teutones, el cambio de Era había observado una tendencia que ya no iba a poder ser rectificada. Y a los fastos y fulgores imperiales siguió la imposición de la presencia bárbara, cada vez más introducida en el mismo interior del Estado romano. A partir del siglo II, cuados y marcomanos atravesaron el Danubio, mientras que francos y alamanes campaban por sus respetos sobre el territorio de la Galia y, entrada la siguiente centuria, penetraban hasta Hispania y el Norte de Italia. Ostrogodos y visigodos pasaban ya a establecerse en el interior del Imperio; su estratégica conversión al arrianismo les hacía más aceptables y los propios emperadores les admitían como especiales colaboradores, los *foederati* (federados). Llegado el momento clave del final del siglo IV, los pocos que todavía se atrevían a dar señales de alarma sobre la situación ya proclamaban que "el veneno godo" se había incrustado en el corazón del Imperio.

La ruina material se unía a una absoluta carencia de estabilidad. El poder imperial, refugiado en una Ravena más fácil de defender, se había convertido una vez más en un frenético baile de efímeros titulares movidos por la voluntad o el capricho de los jefes militares bárbaros. En la abandonada Roma, un fantasmagórico e inútil Senado seguía



Opción decisiva
A su muerte en el 395, Teodosio (arriba) dejó el Imperio dividido en dos partes. Legó la oriental con capital en Constantinopla (arriba, derecha) a su hijo mayor, Arcadio. A Honorio, el menor, le dejó la occidental, donde Roma se desangraba frente a los invasores (derecha, escenas de batallas entre legionarios y bárbaros en los relieves del sarcófago Ludovisi).

La Iglesia utilizaba hábilment



tratando de representar los viejos valores del Estado romano. La desmesurada burocracia y los asfixiantes impuestos hacían que las ciudades, que habían sido la base material del poder de Roma sobre el mundo, se hundiesen en la decadencia. En el campo, los grandes latifundistas incrementaban su poder a costa de los pequeños y medianos propietarios, dejaban de pagar los impuestos y armaban ejércitos particulares que se enfrentaban entre sí. Las antaño invencibles y gloriosas legiones estaban mandadas por generales germánicos.

El ocaso de Occidente aseguraba la supervivencia de Constantinopla

Frente a este desolador panorama, el que presentaba la parte oriental era totalmente opuesto. En Constantinopla se veía al hundimiento de Occidente como el mayor seguro para la propia supervivencia. Se mostraban muy vivas allí una combativa conciencia nacional y una voluntad general de preservar el dominio sobre los territorios definidos por la vieja civilización griega y helenística. Base de ello eran una situación de prosperidad económica y la fortaleza de las estructuras estatales y sociales. El emperador se alzaba como la más respetada e incluso venerada culminación de todos los poderes. Tenía a su lado a la Iglesia, como principal y muy ▶

El intérprete más acertado

La aportación del historiador inglés Edward Gibbon (1737-1794) sigue siendo hoy fundamental para la interpretación del periodo que constituyó el fin de la antaño omnipotente Roma. Imbuido a un tiempo de las ideas de la Ilustración francesa y del pensamiento liberal burgués, entre 1776 y 1788 elaboró los ocho volúmenes de su magna *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*.

En su obra convierte la evolución de este periodo en verdadero paradigma histórico que sirve para interpretar cualquier otro proceso de declive. Observa ante todo a la nueva religión, comparando la pureza y la fortaleza del Cristianismo primitivo y clandestino con la degeneración y corrupción que mostró a partir del momento en que Constantino lo legalizó en 313 por el Edicto de Milán. Éste sería un elemento clave de todo aquel proceso, que estudia estableciendo las relaciones entre las fuerzas sociales y económicas que en él intervinieron.

Examina Gibbon las razones y las orientaciones acerca de aquel largo proceso junto a cuestiones fundamentales, como las ideas de transición y continuidad. Y con todo ello establece una escala de la evolución de los comportamientos sociales como ejecutores materiales de la evolución de la Historia, fundamentando una teorización que sigue siendo válida.



Edward Gibbon supo extrapolar las circunstancias que provocaron el fin de Roma a otros procesos similares.

la amenaza de la excomunión para controlar al emperador en su propio beneficio



Flagellum Dei

El poder imperial había tenido que integrar como aliados (federados) a algunos pueblos bárbaros, como los visigodos. En el año 451, los hunos, con su jefe Atila a la cabeza, llegaron con la pretensión de ocupar el lugar de los visigodos. Éstos se aliaron con los romanos y vencieron al "Azote de Dios" en los Campos Cataláunicos. Sin embargo, al año siguiente volvió a Roma y la sitió. Sólo la firme actitud del papa y futuro santo León I consiguió convencerlo para que retirara el cerco a la ciudad. Más de mil años después, Rafael Sanzio recogió el momento en este fresco que hoy se exhibe en El Vaticano.



Bajo presión bárbara

A partir del siglo II, una serie de pueblos germánicos se habían ido estableciendo sobre territorio romano, arrinconando poco a poco a las fuerzas imperiales. El crecimiento de su población unido a la presión que ejercían sobre ellos otros invasores que llegaban de Asia les impelía a internarse en suelo romano. Más adelante, avanzado el siglo V, las invasiones se hicieron ya incontenibles. Con el sitio de Roma por Alarico y el cerco de Atila, el poder de Roma resultó definitivamente vulnerado y desapareció con la deposición de Rómulo Augústulo, el último emperador.

▸ favorecido socio del poder político. Los mayores interesados se beneficiaban de esta situación y esa era la clave de la eficaz diplomacia bizantina. Comprobada la penosa situación del Imperio hermano y su más que evidente vulnerabilidad, los ministros de Arcadio y de sus sucesores propiciarían sistemáticamente el lanzamiento de todas las presiones exteriores sobre él.

Así, los visigodos dirigidos por Alarico atravesaron el suelo de Grecia hasta que, en el año 401, fueron vencidos por Estilicón, que poco después, en 406, volvió a vencer a los ostrogodos. Dos años más tarde, en 408, los visigodos llegaban a sitiar la ciudad de Roma, en la que entraron en 410, mandados por Alarico. Era éste un verdadero hito histórico: por vez primera en ocho siglos, el corazón del Imperio era hollado por ocupantes extranjeros. Alarico dirigió el saqueo de la ciudad, respetando los templos, pero llevándose como rehén a una pieza muy simbólica: Gala Placidia, la propia hermana del emperador. La conmoción que en todo el Imperio produjo este hecho alcanzó unas proporciones nunca vistas. Todos se preguntaban cómo había sido posible la humillante conquista, la profanación, del que hasta ese momento había sido indiscutible centro del mundo conocido.

Para entonces, ya alrededor del año 409, vándalos, suevos y alanos habían atravesado el Rin y roto las antiguas *limes*. Su arrollador avance les permitió atravesar y arrasar el territorio de la Galia y alcanzar la Península Ibérica, cuyo espacio se repartieron. Mientras los vándalos y alanos ocupaban el sur peninsular, pieza fundamental para la economía del Imperio, los suevos se adueñaban de su extremo noroeste, la Gallaecia. Fue entonces cuando hicie-

Causante y víctima a la vez

Nacido en el año 354, en Tagaste, opulenta ciudad romana del Norte de África, fue Agustín un joven entregado al estudio de los filósofos griegos hasta que se alzó como un verdadero arquetipo del converso a la nueva religión cristiana. Tras una juventud agitada, ya con más de treinta años se convirtió al Cristianismo –afirma la tradición, que por influencia de su madre, la posteriormente también canonizada Mónica– y fue bautizado en Milán por san Ambrosio. Era el inicio de una fulgurante carrera, que hizo de Agustín obispo de Hippo Regius en 396. En su sede, mientras sus escritos le convertían en el más influyente pensador del mundo occidental, actuó como maestro, predicador y juez civil. Cuando los bárbaros iban instalándose en el interior del Imperio y las instituciones romanas daban sus últimas boqueadas, en su principal obra, *La Ciudad de Dios*, apoyó la idea de la igualdad entre romanos y bárbaros, cuestionando la moralidad de las guerras defensivas y estableciendo el principio del perdón a los prisioneros en combate. Esa actitud de la Iglesia Católica, muy generalizada en aquellos violentos años, fue considerada por muchos como abandonismo y pusilanimidad; y, a la postre, acabó siendo decisiva para la destrucción del Imperio. Agustín, por cierto, murió en 430, durante el asedio vándalo a su sede episcopal.



San Agustín defendió la igualdad entre romanos y bárbaros. Paradójicamente, murió en un asedio vándalo a su sede.

como en el caso de los visigodos. La necesidad hizo nacer también las figuras legales de la *hospitalitas* y de la *tertio*, por las que los invasores pasaban a convertirse en *huéspedes* del Imperio, cediéndoseles además uno o dos tercios de las tierras que ocupasen.

Atila pretendía que su pueblo ocupara el lugar de los visigodos en Roma

Mediado el siglo V sonó todavía otro brutal toque de atención. En 451 irrumpieron los hunos en la Galia. Su rey Atila, que pasaría a la Historia con el sobrenombre de *Flagellum Dei*, el azote de Dios, quería sustituir el poder visigodo en la región. En su envalentonamiento llegó a plantear su matrimonio con Honoria, la hermana del emperador, pero las fuerzas unidas de romanos y visigodos consiguieron vencerle en los Campos Cataláunicos, en la que fue su primera derrota. Al año siguiente, volvió a lanzarse sobre Italia, muchas de cuyas ciudades ocupó, saqueó y arrasó, hasta llegar frente a la postrada Roma. En ese momento de extremo peligro fue la personal intervención del papa y futuro santo León I la que le persuadió para que retirase su cerco a la ciudad. La Iglesia era ya el único poder con cierto prestigio y autoridad moral en medio de la anarquía y el desconcierto reinantes. Al año siguiente, el huno moría durante su noche de bodas.

Desaparecido el peligro huno, ya en el Imperio de Occidente todo iba a ser decidido a los más altos niveles de la Corte de Ravena por medio de conjuras y asesinatos. Con el Ejército en manos de los generales bárbaros, tanto éstos como los ambiciosos senadores trataban una y otra vez de asaltar el poder, si no por medio de la violencia directa, a través de alianzas matrimoniales con mujeres de la familia imperial. La autoridad se arrastraba a su más bajo nivel, como demostraba el patético nombre de su último titular: Rómulo Augústulo. En 476, el general germano Odoacro le destituía, se proclamaba rey y enviaba a Constantinopla los objetos simbólicos del poder imperial. Era una forma de reconocer su jerarquía como depositaria de la vieja tradición romana. Mientras, Bizancio proseguía en solitario su propia andadura histórica, que tendría mil años de duración.

Entrado el siglo V, los enfrentamientos armados se producían entre los germanos instalados en el interior del Imperio y los que trataban de entrar

ron su entrada en escena los visigodos, federados del emperador romano para mantener el *statu quo* existente. Desigual fue el destino de estos pueblos en suelo ibérico. Mientras los suevos se mantendrían durante dos siglos en sus posiciones, los alanos fueron rápidamente barridos. Los vándalos fueron empujados al otro lado del Estrecho y, en 429, se establecieron, al mando de su rey Genserico, en el Norte de África.

El Senado se dedicaba a proteger sus intereses pactando con cualquiera

Eran oleadas que no cesaban y ya los acuerdos de Roma con algunos de estos pueblos no parecían capaces de contener el desbordamiento de la situación. Mientras alamanes y burgundios sustituían sobre el actual espacio de Alemania a quienes habían marchado hacia el Oeste, anglos y sajones pasaban a controlar la Britania y los francos lo hacían con la cuenca del Sena. Fue el reinado de Valentiniano III, que murió en el año 455 víctima de una conjura organizada por los miembros del Senado, el marco en que se desarrollaron los hechos más decisivos. En medio del profundo caos y la extrema inestabilidad reinantes, eran estos padres de la patria los más opulentos propietarios, siempre dispuestos a preservar sus intereses pactando con quien se los asegurase.

Estas invasiones seguidas por ocupaciones estables estaban dando origen a nuevos reinos, que iban a tener diferente continuidad y duración. Además del visigodo en España, aparecían los de ostrogodos y lombardos en Italia, los de burgundios y francos en la Galia, el vándalo en el Norte de África y los varios anglosajones en Britania. Hacía tiempo que el mismo poder imperial no había tenido más remedio que legalizar esta situación, convirtiendo en aliados –federados– a algunos de estos pueblos, con los que actuaba conjuntamente,

Una herencia

ARALDO DE LUCA/CORBIS/COVER

Para medir el tiempo y pasar el rato

Los romanos dejaron prácticamente listo nuestro calendario anual cuando en el que conocemos como "juliano" (derecha) introdujeron el año bisiesto. Sólo necesitó un pequeño ajuste en el siglo XVI. En el ámbito dramático, su legado más original fue la comedia, que se acercaba notablemente tanto en temas como en estructura a las actuales (abajo, el Teatro Romano de Mérida).

CORBIS/COVER



muy práctica

Los romanos eran muy utilitarios: siguieron el modelo de sociedad helénico y lo dotaron de aplicaciones prácticas en todos los ámbitos. Muchas de ellas han llegado hasta nosotros Por **José Ignacio Aguirre**

Roma dio forma política por primera vez a una unidad geográfica –la península Ibérica– a la que bautizó como Hispania. Fue el resultado de un concepto administrativo todavía vigente hoy: dividir el territorio para gobernar. No es de extrañar que los romanos acabaran buscando también un perfil diferenciador para los pobladores de cada una de sus provincias. ¿Cuál fue su punto de partida para trazar el de los hispanos? Nada menos que la astrología, la ciencia mayor del mundo romano y en torno a la cual se desarrollaron las restantes, de la geografía a la música. ¿Y qué destino nos habían reservado los astros? Según Claudio Ptolomeo, astrónomo, matemático y geógrafo de origen griego (100-170 de la era cristiana), Hispania estaba regida por el signo de Sagitario, que nos definía como conquistadores, aventureros o guías espirituales. Ptolomeo *dixit*...

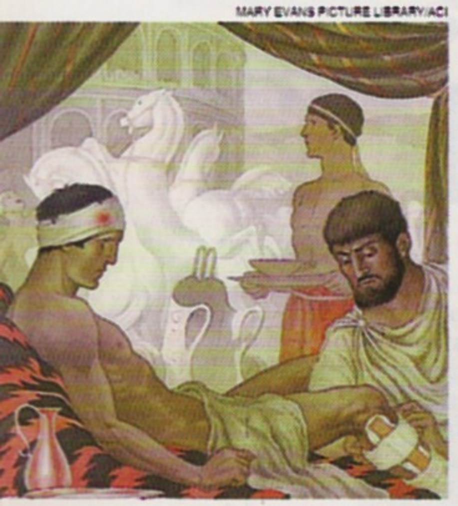
Roma fue, por encima de otras consideraciones, una sociedad utilitaria. Y los romanos encontraron su modelo en Grecia. Echando mano de los paradigmas helenos de pensamiento, científicos, sociales o jurídicos, hallaron las aplicaciones prácticas para el funcionamiento de una sociedad entera en todos sus campos. Si el sabio Ptolomeo perfeccionó la observación de los movimientos circulares de los astros de sus predecesores, lo hizo para conocer las condiciones climatológicas de cada provincia y su predicción. Y buscando astros ▶

MUG SHOTS/CORBIS/COVER



Hasta que el divorcio los separe
Nuestras ceremonias nupciales demuestran la vigencia de la antigua Roma. El ritual es prácticamente el mismo: un "sí, quiero" que se otorga en un santuario, la elección de testigos, un padrino y una madrina, los cortejos nupciales y musicales hasta la casa del novio y los anillos de compromiso (arriba).

MARY EVANS PICTURE LIBRARY/ACI



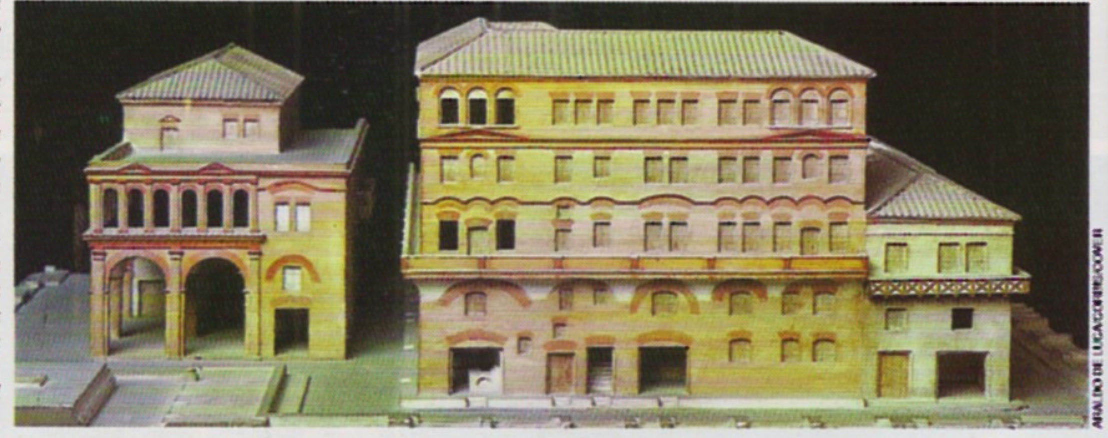


RUGGIERO VANNI/CORBIS/COVER

De primera necesidad

Claudio Galeno, que aprendió su oficio atendiendo a gladiadores en Pérgamo (arriba), fue un pionero en muchos conocimientos médicos que han llegado hasta nuestros días; como por ejemplo, la importancia de la columna vertebral o el pulso como indicador del diagnóstico. Las "insulae" o edificios de 5 o 6 pisos con varias viviendas por planta para familias de clase media o baja constituyeron también un claro precedente de nuestras viviendas urbanas actuales (derecha, maqueta de un complejo de apartamentos en Ostia). También debemos a los romanos que la semana conste de siete días (arriba, derecha, un mosaico del siglo III que los representa).

La especulación del suelo, como en nuestros días, impuso la moda del rascacielos en todo el Imperio



ARALDO DE LUCA/CORBIS/COVER

–hasta más de mil estrellas– acabó por dejarnos el funcionamiento del primer astrolabio.

Galeno, el gran médico de gladiadores e investigador, partió de Hipócrates y de la influencia de los astros sobre el cuerpo humano para dejarnos descubrimientos tan prácticos como la importancia de la columna vertebral, el pulso como indicador del diagnóstico, la identificación de músculos, la disección de animales o nuestra fisiología corporal. A los científicos que supieron escapar –dentro de un orden romano– a la superstición, les debemos el nacimiento de la teoría filosófica del organicismo para explicar el funcionamiento de la naturaleza y la sociedad (Lucrecio), las cartas geográficas (el general Marco Agripa) o el mayor empuje de la técnica en la Antigüedad, reunida en *Sobre la Arquitectura,* la obra de Lucio Vitrubio.

Arquitectura e ingeniería marcan dos de las cimas de la civilización romana. En arquitectura no vamos a pasar del umbral de la casa romana. Entre Roma y Nueva York, o cualquier otra gran capital contemporánea, el diseño arquitectónico externo es tan similar que el gran historiador de Roma, Jerôme Carcopino, en la década de 1930 concluía: "La reconstrucción en papel de los planos de las *insulae* mejor conservadas, efectuada por los especialistas más expertos, muestra tales analogías con los edificios en los que vivimos actualmente que, en principio, estamos tentados de desconfiar".

Roma tuvo rascacielos. Es más, era una Nueva York de papel. En la base, mandaba la madera. Por ello, tanto los rascacielos como sus edificios más habituales, de cinco o seis pisos, ardieron como una caja de cerillas. Los emperadores Augusto, Trajano y Adriano regularon la altura de las *insulae* en 21 metros, 20 y 18 respectivamente, pero la tentación de la especulación –idéntica a la de nuestros días– pudo más que el emperador. La moda del rascacielos se extendió de tal modo por todo el Imperio que Tertuliano, desde la región africana, compara el más famoso de los rascacielos, la Insula Felicles, con el intento hereje de acortar la distancia infinita que nos separa del Creador: "El Universo es una inmensa casa de alquiler amueblada", con tantos pisos hacia el cielo que podría decirse que "el dios de los romanos vivía en la Insula Felicles".

Pero, ¿qué es una *insula*? ¿Un rascacielos? No. Es uno de los dos grandes tipos de vivienda romana urbana: la



Precedentes nacionales
La primera vez que la península Ibérica devino en unidad política fue bajo la ocupación de Roma, cuando se convirtió en la provincia de Hispania. En Europa sucedió lo mismo con Francia (Galia) y Alemania (Germania), como se puede apreciar en este mapa muy posterior del siglo XVIII.

BETTMANN/CORBIS/COVER

domus, o chalet con jardín trasero o interior destinado a la clase alta; y la *insula*, o edificio de 30 metros, de cinco o seis pisos, con varias casas por cada piso, para familias de clase media o baja. Recuperemos a Carcopino: "Los paramentos que nosotros usamos mezclando madera con cascotes, son, sin embargo, en sus construcciones, de ladrillo sabiamente aparejado y dispuesto con un arte cuya perfección no se repite desde las casas normandas o el castillo de Luis XIII". El ladrillo o el mortero, con cantos rodados o piedras pequeñas, eran de una consistencia eterna cuando no se reducía la calidad en beneficio de la especulación.

Las viviendas de Roma parecían tan modernas como las del siglo XX

Estéticamente, esas viviendas podían competir en modernidad con las de la época de Carcopino, revistiendo los muros de mosaicos, colores vistosos, balcones, ventanas adornadas con macetas o fachadas revestidas de flores y verdor, sentando el precedente de la "ciudad-jardín, semejante en todo a las que ahora construyen para los obreros y los pequeño-burgueses" del siglo XX, añade el historiador francés.

Tanto las viviendas como las grandes obras públicas contaron con dos aportaciones romanas que dieron solidez constructiva y cuyos modelos para arquitectos e ingenieros estaban en Roma: la aplicación masiva del arco, como ocurre en el Coliseo; y la bóveda para cubrir los espacios amplios, como sucede en el Panteón. Ahí están el puente de Alcántara, en Extremadura, o los restos del Petursa sobre el río Alcanadre (Huesca), puentes de un solo ojo o arco, que han sido la garantía de desarrollo para unas comarcas que de otro modo estarían incomunicadas, como sucedió tras el derrumbamiento del Petursa. Ninguna otra etapa histórica hasta nuestros días ha podido levantar puentes semejantes, con grapas de plomo que fortalecían como hoy sus sillares.

El ingeniero de Caminos Isaac Moreno señala que, a pesar del asombro causado, "la capacidad técnica de los ingenieros romanos (...) ha sido infravalorada por demasiados investigadores hasta límites absurdos". Para empezar, aplicaron sistemáticamente los primeros instrumentos topográficos, como el odómetro, que calculaba cada milla de calzada como hoy nuestros mojones señalan los kilómetros. Su cartografía también fue la primera cartografía de precisión, con planimetría, toponimia y altimetría que les permitían levantar pendientes continuas de varios kilómetros de longitud con una alineación perfecta. Como explica Isaac Moreno, "la inteligente elección del corredor más adecuado, el muy cuidado perfil longitudinal, en ocasiones exquisito, las magníficas y costosas soluciones constructivas para el drenaje, con elevados y prolongados terraplenes, y los espectaculares atrincheramientos en la dura roca" se completan con un firme flexible similar al nuestro, basado en la zahorra natural (canto rodado o guijarro). ¿Empezamos a entender ahora por qué la calzada romana es eterna?

La romana fue una sociedad del ocio y los caprichos. También en esto fueron sofisticados y adelantados a su tiempo, pues nos mostraron ya entonces el disfrute de ventajas que parecen descubiertas en el presente. Fueron los primeros en envejecer el vino en tinajas y de clasificarlo por años de envejecimiento: 10 años (vino falerno), 15 años (albano) y 25 (sorrento). Aunque su calidad no aguantaría una comparación con el vino actual, abrieron las puertas para combinarlo con sustancias que mejoraron su conservación o sus características organolépticas. Con el legionario llegaron los primeros sarmientos de vid a la España interior, y los bares. "La antigua Roma tenía una gran cantidad de *thermopilia* (tabernas) y se puede considerar que la abundancia de bares y tabernas de la España actual tiene parte de sus orígenes en la romanización", afirma el catedrático de Bioquímica-Biofísica de la Complutense de Madrid, Antonio Villarino.

Roma también dejó diseñado el campo español. Durante el Bajo Imperio quedó definida la tipología de esos complejos de vivienda y explotación agrícola-ganadera que hoy conocemos por pazo en Galicia, cortijo en Andalucía y La Mancha, masía en Cataluña o torre en Aragón. Cuando los habitantes de la ciudad romana buscan, ante las incursiones bárbaras, el cobijo del campo y de los señores que habían transformado sus residencias campestres en núcleos autosuficientes de vivienda y explotación, se adaptan a las características del campo en cada región.

Famosos personajes romanos dan nombre a algunos meses

Hoy siguen vigentes. Como esa tríada mediterránea que se extendió por toda Hispania: olivo, trigo y vid. Además, con ellos aprendimos las ventajas de la agricultura intensiva y del regadío a gran escala, gracias a las redes de acequias y canales en los que vertían los acueductos y los primeros pantanos. El de Proserpina, cerca de Mérida, sigue abasteciéndonos hoy de agua.

Una sociedad tan práctica no podía dejar de intentar poner orden en el calendario y la organización de sus días y sus horas. El calendario anual también es heredero de los cálculos romanos, que con la introducción del año bisiesto en el llamado calendario juliano, lo deja prácticamente listo. Sólo necesitó un último ajuste en el siglo XVI. Al recitar la nomenclatura de los meses, también latina, estamos repasando la lista de las figuras destacadas del Imperio: julio por el emperador Julius, agosto por el emperador Augustus,... Y al cantar los días de la semana –que fijaron definitivamente en siete–, cantamos los dioses del panteón romano: Marte el martes, Júpiter el jueves,...

El calendario religioso católico se limitó prácticamente a darle la vuelta a las festividades paganas romanas. La ▶



CORBIS/COVER

Explotación agrícola y "recursos naturales"
Los romanos supieron adaptarse a las características del campo en cada región (izquierda, una escena de la columna de Trajano muestra a soldados romanos recolectando grano durante la campaña militar contra los dacios). Fueron, también, los primeros en almacenar el vino en tinajas, clasificarlo por años de envejecimiento y combinarlo con sustancias que lo mejoraran (abajo, pisando uva en un relieve).



VITTORIANO RASTELLI/CORBIS/COVER

Roma extendió por Hispania la tríada del cultivo mediterráneo: olivo, trigo y vid



HANS GEORG ROTH/CORBIS/COVER

Retención de líquidos
La notable capacidad técnica de los ingenieros romanos posibilitó que las grandes obras públicas disfrutaran de gran solidez constructiva. De hecho, la mayoría de sus acueductos y pantanos han permanecido en pie hasta hoy. El de Proserpina (derecha), cerca de Mérida, continúa abasteciendo de agua las poblaciones cercanas.

▶ Navidad coincide con las Saturnalias romanas, también de una semana y dedicadas al solsticio de invierno y el nacimiento de la luz. La Pascua de Resurrección sustituye a la celebración del equinoccio de primavera y la Anunciación con la del inicio de esta misma estación.

Pero no les recomiendo preguntarles la hora a los antiguos romanos: podían obtener una respuesta distinta por cada interlocutor. Y aunque los cálculos horarios sólo fueron aproximativos, además del reloj solar o la clepsidra, al ciudadano romano también le debemos el primer *peluco*, los primeros relojes de bolsillo: los *solaria*, de poco más de tres centímetros y con unos mecanismos sucesivamente más perfeccionados.

No hay duda de que contaban muy bien. Los juegos de tablero y apuestas causaban furor y en particular un juego de azar tan sencillo que es la base de todos los juegos de azar posteriores: los dados o *teserae*. Y no sólo les debemos los dados. Gracias a las numerosas bancarrotas personales, nuestro pagaré tiene su antecedente en Roma. Se restringió severamente el juego por dinero. Los ludópatas de la época reemplazaron el dinero, como ahora en Las Vegas, por fichas con cifras, marcas y rótulos con un "yo con gusto pagaré", que eran reembolsadas en los clubes privados. Como los anglosajones, los romanos jugaban apostando. Entre los juegos que han llegado a nuestros días están las tabas, los palillos, las damas (*calculi*), el backgammon o, como todavía se hace en varias provincias castellano-leonesas, incluso el "cara o cruz" de una moneda. Porque también la fórmula "cara o cruz" es deudora de la romana "cabezas o naves", porque en el reverso de las monedas había una nave. Al comienzo de otros juegos, los de pelota por ejemplo, los equipos también elegían a "cabezas o naves".

Con la pelota, nos ha llegado la pelota a mano o pelota vasca, que se jugaba sobre cualquier muro o en canchas de un tamaño parecido al de las actuales. En estas canchas polivalentes también se podía practicar un primitivo *baseball*,

el *trigon*, bautizado popularmente como "juego de la pelota de vidrio", en honor a Ursus, que jugaba con una pelota de vidrio y nunca caía al suelo.

Entre las costumbres, nuestras bodas constituyen el más fidedigno testimonio de la vigencia romana. Recuperando a Carcopino, el ceremonial fijado en el Imperio, "sigue regulando la ceremonia de la mayoría de los matrimonios contemporáneos". El refrendo de los contrayentes –nuestro "sí, quiero"– en un santuario, la elección de testigos, un padrino de honor (*pronubus*) y una madrina de honor (*pronuba*), los cortejos nupciales y musicales hasta la casa del novio, los anillos de compromiso...

También les debemos el primer matrimonio igualitario, unas nupcias que, según el jurisconsulto Salvio Juliano, debían contar con "el consentimiento de ambos esposos y la libre conformidad de la mujer".

El Derecho occidental nació con las Doce Tablas, en el año 450 a.C.

Aunque para poner coto a los numerosos adulterios con los esclavos, hombres y mujeres se separaron legalmente, y el divorcio acabó blindando los bienes personales de la mujer. Amparada por el derecho, la moralidad y una sociedad que aceptó su protagonismo hasta por prescripción médica –los *galenos* consideraban que debía desarrollar alguna actividad–, "la mujer romana vivió como una americana de la Quinta Avenida, que impone a su esposo la tiranía de los dólares", aclara Carcopino.

No esperemos del romano demostraciones de filosofía platónica. Sólo una sociedad como la suya podía legarnos una regulación concisa de las relaciones entre sus miembros: el derecho. El año 450 a.C., cuando las Doce Tablas recogieron por escrito las normas consuetudinarias, es la fecha de nacimiento del derecho occidental, que hoy mueve el mundo. Primero tuvo un carácter sacro, pero cuando los pontífices pierden el monopolio, se inicia la jurisprudencia pública. En la cima del poder judicial se situaron los pretores, que designaban a los jueces. El proceso civil se iniciaba cuando un querellante invitaba al demandado a presentarse ante el pretor, que daba curso o rechazaba la instancia y la derivaba al juez. Las causas penales eran más sencillas, al limitarse a actos menores como el incendio doloso, el asesinato o la destrucción de las cosechas. Durante el Imperio, el derecho alcanzó cualquier recoveco de las relaciones sociales y sus fuentes fundamentales nacían de las leyes dictadas por el emperador y los decretos del Senado. Era tan vasto el sistema legal, que los juristas se hicieron cada vez más necesarios para la interpretación. El *ius civile* estaba tan perfectamente detallado que, por ejemplo, el derecho mercantil se encontraba diluido en él. Por supuesto, las actividades económicas, financieras y mercantiles impulsaron el nacimiento de nuestras primeras sociedades, según el tipo de socios, y del intermediario comercial.

Alfabeto griego y abecedario latino; ésta es la base de nuestras lenguas latinas: gallego, catalán y castellano. Y el alfabeto es griego porque vino a través de Roma. Como el latín vulgar que trajeron los legionarios con su primer ejército profesional y dio origen a esas lenguas, también nos llegó la letra mayúscula. Para introducir la escritura imperial en las provincias, Roma obligaba en todos los escritos a poner la primera letra en latín. Por eso, hoy escribimos con mayúscula –así era la escritura romana– la primera letra de cada escrito y los nombres propios. Las evoluciones gramaticales más complejas también tienen su origen en el latín: las preposiciones son las herederas simplificadas de las declinaciones de la lengua latina. Si el latín vulgar es la base, el latín culto ha ido poniendo a lo largo de los siglos la guinda con su erudición a las raíces del vocabulario técnico, científico o artístico. Una guinda de la que, desde hace medio siglo, se ha apropiado el inglés. Pero como hemos visto, los anglosajones, aunque estén justo en nuestras antípodas, tampoco serían lo mismo sin Roma. *Alea jacta est.*

De fiesta con los romanos

En las últimas décadas, diversas localidades españolas han convertido sus fiestas en testimonios vivos de la colonización romana. Éstas son las principales.

Cartagineses y romanos: en septiembre de 1990, las calles de Cartagena se llenaron por primera vez de tropas cartaginesas y legiones romanas que se paseaban uniformadas por la villa. Entre 223 a.C. y 209 a.C., durante la Segunda Guerra Púnica, los cartagineses, que habían bautizado la ciudad como Qart-Hadast, tuvieron que desalojarla ante el empuje del general Publio Cornelio Escipión, que la bautizó con el nombre de Cartago Nova, antecedente del actual. El peso de estas fiestas, que se celebran durante diez días de la segunda quincena de septiembre, recae sobre los más de 4.000 *festeros* que, agrupados en 25 tropas cartaginesas y 25 legiones romanas, recrean aquellas hazañas.

Sodales romanos: estas fiestas que tienen lugar en Fortuna, Murcia, reviven el periodo histórico del que toma nombre la población, la diosa Fortuna Balnearis, que protegía el balneario romano del siglo I. Junto con el santuario de la Cueva Negra, lugar de culto de íberos y luego de romanos, la población se convirtió en el centro curativo y religioso de la comarca. Sus habitantes se reúnen al pie de la Cueva Negra el último domingo antes del 1 de mayo, coincidiendo con las *kalendas* romanas de mayo. Y, después, a mediados de agosto, las peñas vuelven a exhibir sus mejores galas de época.

Festa do Esquecenmento de Xinzo de Limia: todos los 25 de agosto celebran que en el año 135 a.C., el comandante Décimo Xunio Bruto llegó con sus soldados a la margen izquierda del río Limia (Lugo). Por su belleza, le confundieron con el legendario río Lethes, que borraba la memoria de quien lo atravesara. El comandante no se arredró y, empuñando el estandarte de Roma, cruzó el río con sus soldados.



J. ALBALADEJO/AYUNTAMIENTO DE CARTAGENA

Desde septiembre de 1990, la ciudad murciana de Cartagena recrea las batallas entre el general romano Escipión el Africano y los cartagineses, durante la Segunda Guerra Púnica.

ARTE ROMANO

El discreto encanto de lo bonito

Tan bellas como conservadoras, las manifestaciones artísticas de los romanos están impregnadas de un originalísimo hedonismo burgués

Por **Laura Castaño**



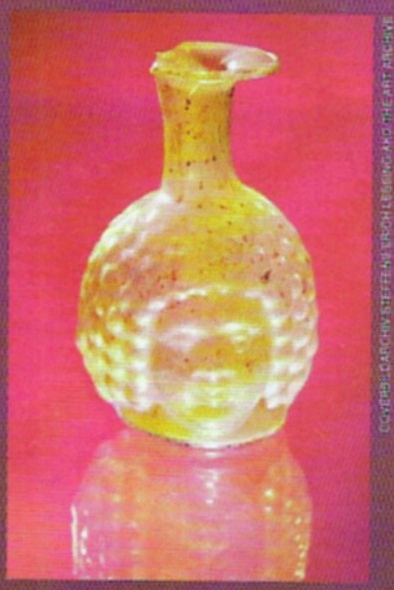
Durante mucho tiempo, los historiadores de la cultura negaron a los romanos el don de la inspiración artística: se les reprochaba un seguimiento excesivo, cuando no la copia descarada, de los grandes patrones helenísticos, como en el caso de la famosa "Loba capitolina" (derecha), símbolo de la fundación de Roma, un trabajo en bronce de procedencia etrusca que data del 500 a.C. Sin embargo, los orfebres romanos también eran capaces de realizar objetos tan bellos como este brazalete de oro en forma de serpiente que perteneció a una rica matrona pompeyana.



Dioses









Igual que sucede en la religión católica, los fieles romanos invocaban la protección de sus dioses representando su efigie. El gesto adoptado por la imagen del dios y su puesta en escena desvelaban en qué consistía su función: así Mercurio –el Hermes griego– no sólo era el dios de los viajeros, los ladrones y los comerciantes, sino también un acompañante en el mundo de ultratumba; como en esta escultura (foto grande, a la izquierda), que parece indicar el camino hacia el infierno. A Jano (arriba, su cabeza en una botellita de vidrio para perfume del siglo III) no se le honraba sólo como dios bifronte –con dos rostros opuestos– de las puertas y los portones, sino también como auspiciador del principio de las cosas. Abajo, a la izquierda, la punta de un estandarte de bronce con una representación de Júpiter Dolicheno –en el centro figura el dios cabalgando un toro, con su esposa Juno, a su derecha, sobre una cierva–. Las legiones confiaban en que si portaban este objeto de bronce en la batalla, obtendrían más fácilmente la victoria. Las lámparas votivas de aceite, como ésta de oro del siglo I, encontrada en Pompeya (izquierda), también se encendían para agradecer el apoyo de los dioses.



Mitos



Las Nereidas, que suelen representarse cabalgando sobre una serpiente marina (foto grande a la izquierda y abajo, como decoración de la tapa de un espejo), pertenecen a la categoría de aquellos seres mitológicos que, dado su carácter amistoso, los romanos gustaban de contemplar en los objetos artísticos que les rodeaban.

Lo mismo ocurría en el caso de los amorcillos alados o putti (arriba, en la parte superior de un anillo de oro) de la "corte" de Venus.





Sin embargo, siempre había quien, como el emperador Augusto, podía permitirse crear su propio mito. En el camafeo de sardónice de 19 x 23 cms. conocido como la "Gemma Augustea" (arriba, del siglo I), el primer emperador se hizo representar con fines propagandísticos en forma de dios Júpiter sentado junto a la diosa Roma. Bajando del carruaje se reconoce a su sucesor Tiberio, mientras en la parte inferior de la joya, sus legionarios levantan un poste con los trofeos arrebatados al enemigo vencido.

COVER (3)/ERICH LESSING/ART RESOURCE



La persona

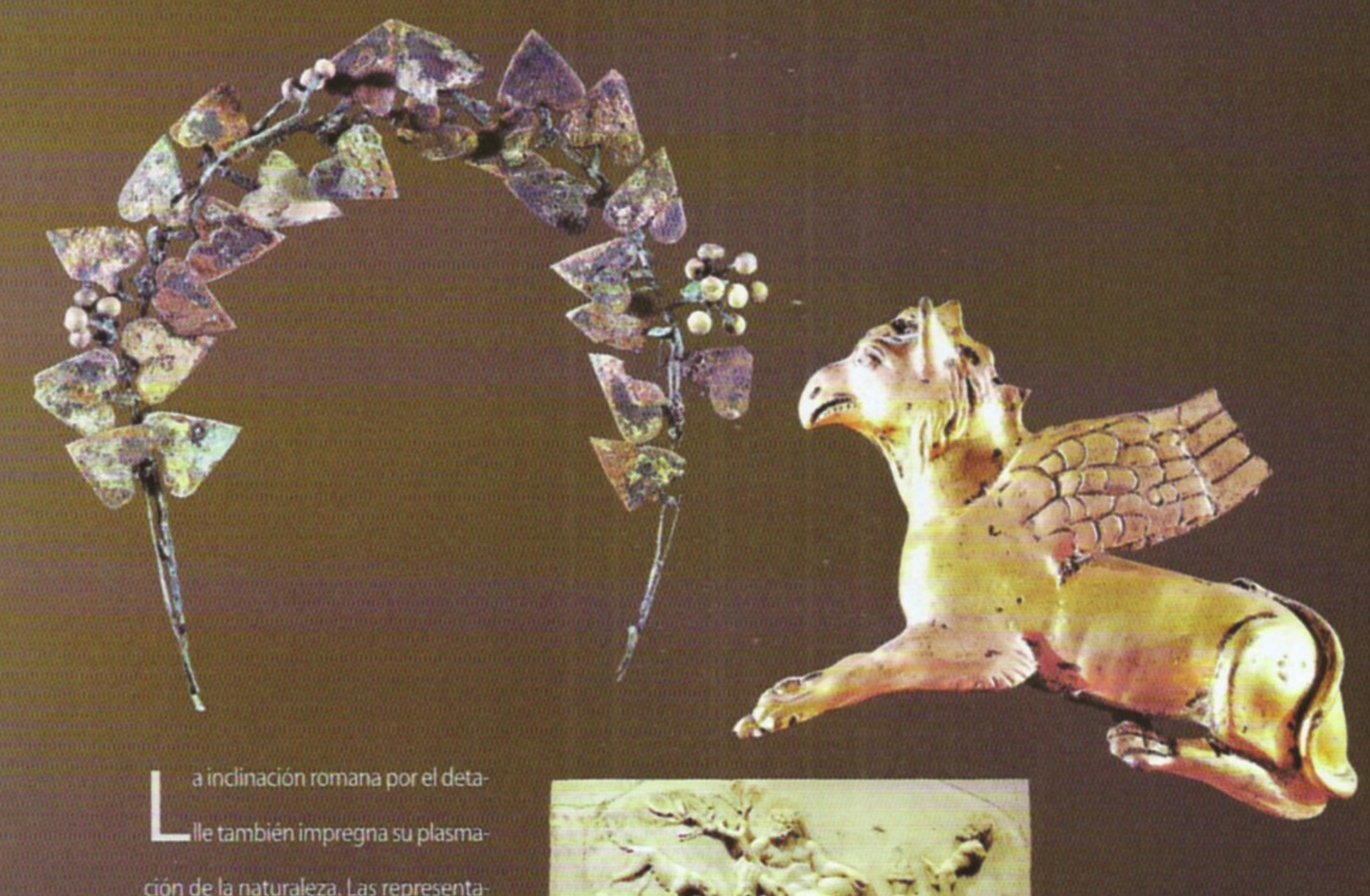
Mientras los griegos buscaban representar el canon ideal del ser humano, las esculturas romanas querían resaltar su individualidad. Así, frente a la estatua de bronce conocida como El luchador (a la izquierda, foto grande), hallada en la Villa de los Papiros de Herculano, que es una copia de un original griego, la cabeza del busto de hombre que sobresale en altorrelieve en un plato de plata (a la izquierda, en el centro) perteneciente al Tesoro Boscoreal, del siglo I, tiene su propia personalidad y parece que está vivo.

Los griegos tampoco se hubieran atrevido a representar una escena tan grotesca como la que encontramos en este recipiente para beber (arriba, a la izquierda): los esqueletos de los filósofos Zenón y Epicuro se pelean por un pastel en un vaso de plata perteneciente también al Tesoro Boscoreal, hallado cerca de Pompeya.

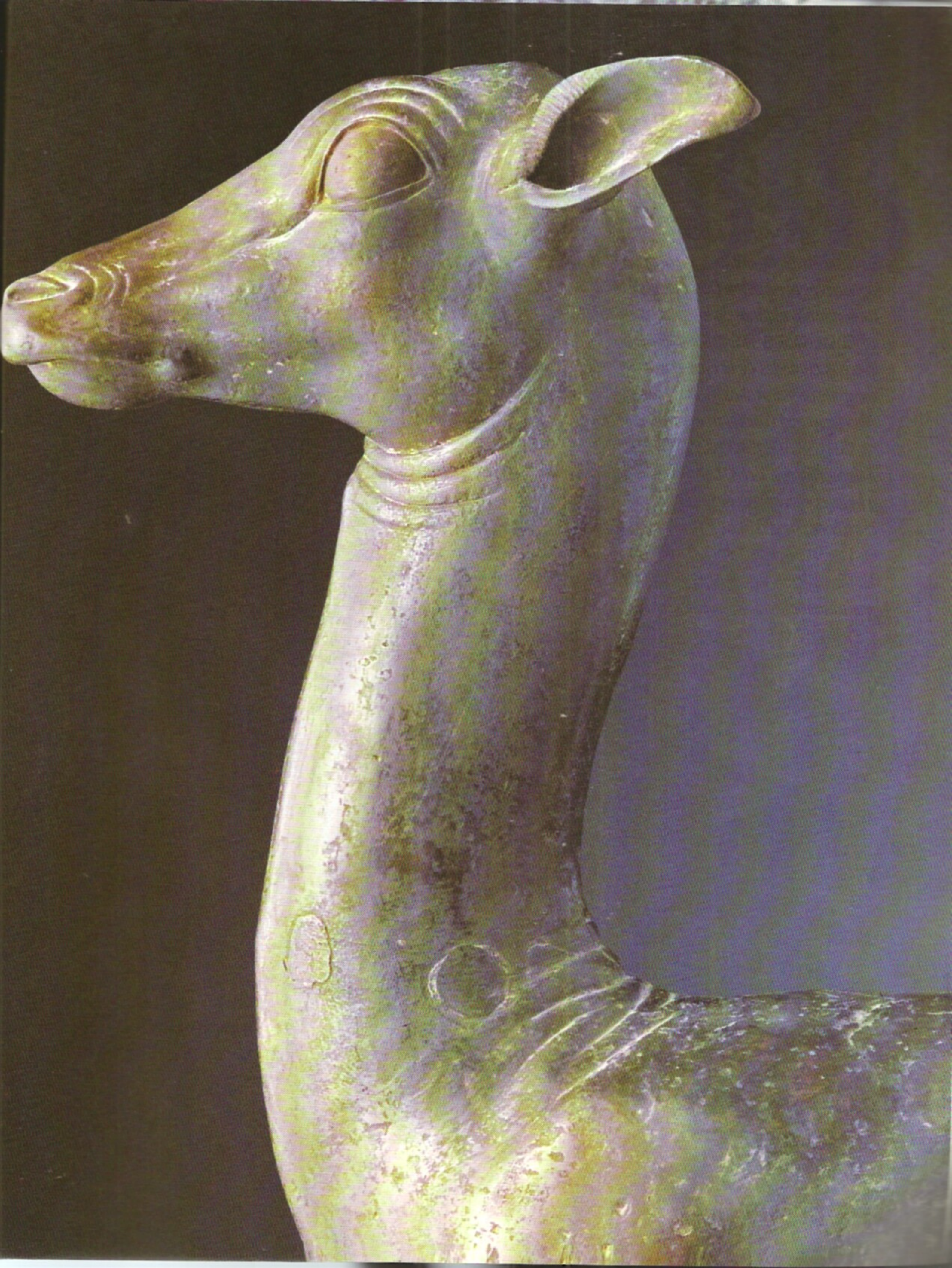
Sin embargo, los romanos no parecían sentir ninguna contradicción entre su inclinación por el realismo y el gusto por las supersticiones, como demuestra esta bulla (abajo, a la izquierda) de lámina de oro decorada con filigrana hallada también en Pompeya. Los romanos llamaban "bulla" a los objetos de forma esférica. En este caso, se trataba de un amuleto para proteger a los niños de los espíritus malvados.

FOTOS: FE/MAURO GIRAUDON/THE ART ARCHIVE

Naturaleza



La inclinación romana por el detalle también impregna su plasmación de la naturaleza. Las representaciones de animales y plantas solían estar libres de referencias míticas y sólo tenían vocación decorativa. Como por ejemplo, el ciervo broncíneo que decoraba el jardín de una villa napolitana en el siglo I (figura grande), el relieve que reproduce una escena bucólico-pastoril (a la derecha), también del siglo I, y el meticuloso trabajo de artesanía con que están reproducidos los frutos en la corona de hiedra situada sobre estas líneas. El león alado con cabeza de águila o grifo (arriba, a la derecha), que mide unos 16 centímetros de alto y está realizado en bronce sobredorado, se encontró en Xanten, en el bajo Rin (Alemania) y se cinceló con toda probabilidad en el siglo II. Pudo adornar un carruaje o el yelmo de la estatua de un guerrero.



EN EL SIGUIENTE muy ESPECIAL

Mito y realidad de la Reconquista

- **HÉROES Y VILLANOS**

La Edad Media española es un periodo histórico apasionante, lleno de notables personajes: Don Pelayo, Almanzor, El Cid, Averroes... Presentamos algunos de los más representativos.

- **CIUDADES MEDIEVALES**

Muchas ciudades de la época poseían una población heterogénea compuesta por árabes, judíos, castellanos, francos y mozárabes. ¿Es cierto que convivían en armonía?

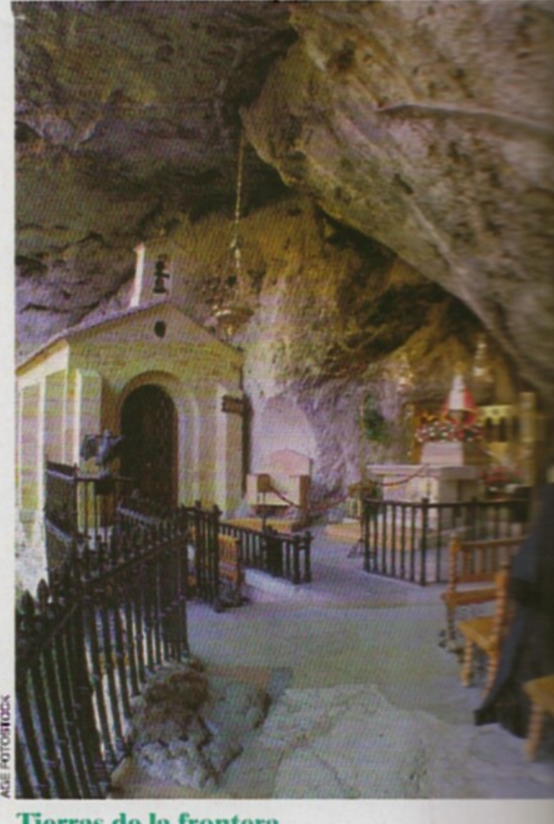
- **GRANDES BATALLAS DE LA RECONQUISTA**

Zalaca, Alarcos, Uclés, Las Navas de Tolosa, Alcoraz... Nombres míticos y lugares evocadores de los principales enfrentamientos entre moros y cristianos por el dominio de la península Ibérica.

- **LA VIDA EN LA FRONTERA**

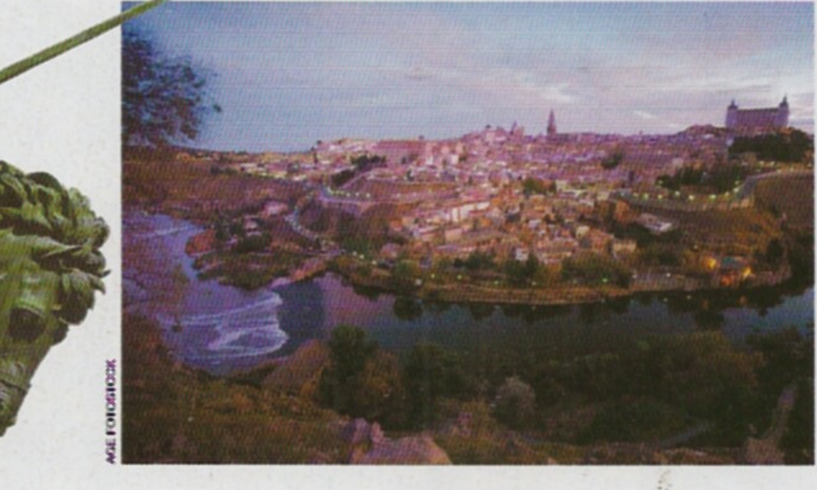
La fluctuación y permeabilidad de las marcas fronterizas afectaba profundamente a los pueblos limítrofes. Así se vivía en ellos.

En el quiosco a partir del 7 de abril de 2004



AGE FOTOSTOCK

Tierras de la frontera
Las tierras que se iban arrebatando al dominio musulmán se colonizaban en general de forma rápida y planificada, repoblándolas y asegurando su permanencia en manos cristianas. Uno de los primeros núcleos de resistencia se localizó cerca de Covadonga (arriba).



AGE FOTOSTOCK

Toledo, núcleo multicultural
A pesar de su carácter de avanzadilla de la Reconquista y de su permanente estado de guerra, en la ciudad de Toledo convivían razonablemente las tres religiones (judía, cristiana y musulmana), en un ambiente tolerante y cultural.

El héroe campeador
Entre los personajes más representativos de la historia de la Reconquista brilla con luz propia la figura de El Cid, protagonista del primer poema conocido en lengua castellana, el "Cantar de Mio Cid", y autor de grandes gestas en el campo de batalla.

AGE FOTOSTOCK



Derrota del infiel
La Reconquista estuvo trufada de grandes batallas con victoria de uno y otro signo. En la de las Navas de Tolosa (1212), en Jaén, tuvo lugar la derrota de las fuerzas almohades (al lado, un grabado del siglo XIX ilustra la contienda).